

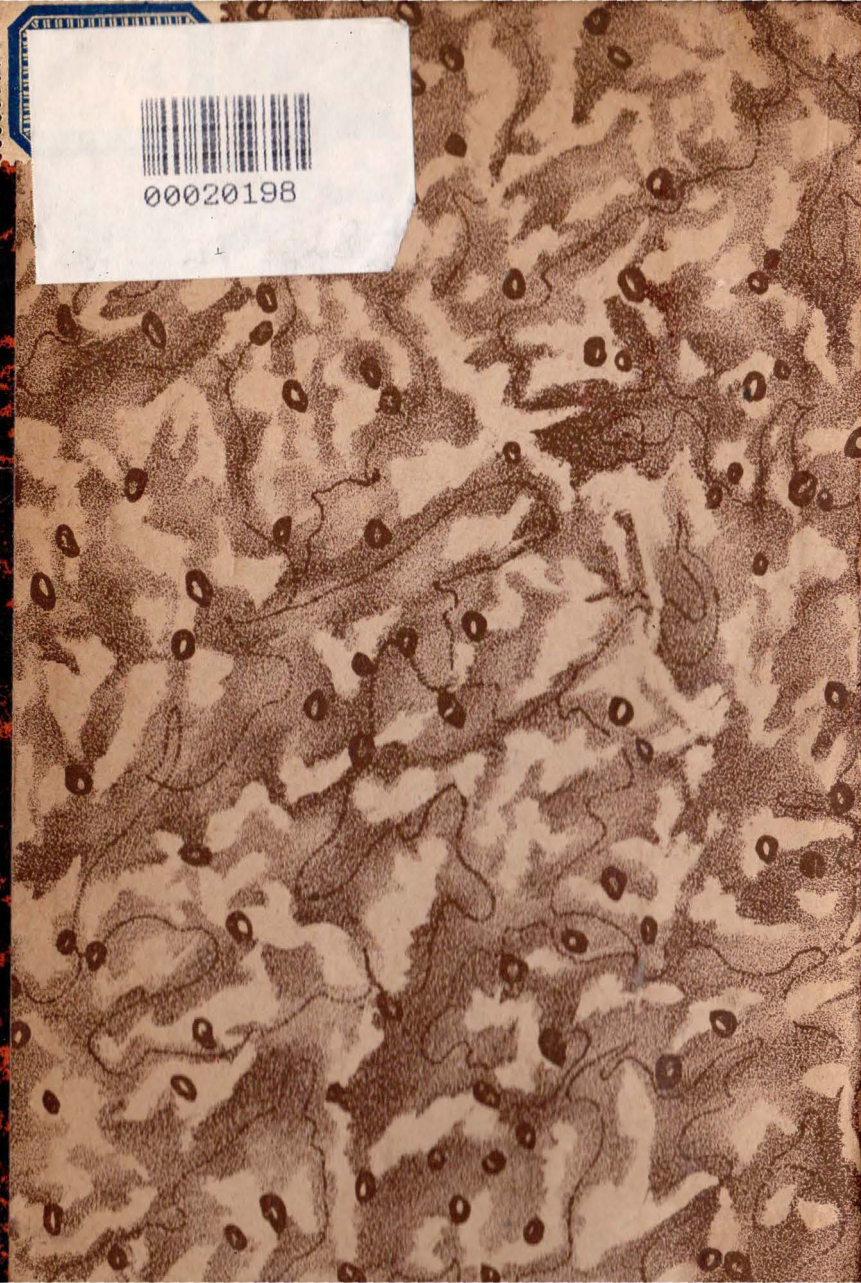
2

C. MIZ LI

FOR LA SALUD
DE LA RAZA



00020198



Por la salud de la raza

América

8/10 1.50

17814

Carolina Muzilli

Por la salud de la raza

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

"VIRIS"

FLORIDA 32
BUENOS AIRES
MCMXIX

113x170

CAROLINA MUZILLI

Datos biográficos

Nació en Buenos Aires, el 17 de Noviembre de 1889. De temperamento autodidacta, educó su espíritu, apasionado por el bien, en el estudio de los problemas sociales, a través de los libros, y directamente, en el campo experimental, según aconseja Alfredo Nicéforo, el autor de «Fuerza y Riqueza. Su vehemente sinceridad la llevó al ejercicio práctico del bien. Fundó el periódico «Tribuna Femenina», que sostuvo con sacrificios, defendiendo desde él la causa de la justicia y en especial de la mujer obrera.

En 1910 concurrió al Congreso de las Universitarias Argentinas, donde se destacó por los elevados principios que sostuvo.

Colaboró con eficacia en la organización de los dos Congresos del Niño. Al primero, realizado en 1913, presentó tres trabajos, cuya soía enunciación revela su importancia: «La madre y el menor obreros»; «El trabajo de las mujeres y de los niños»; «Alcoholismo», todos ellos acompañados de diagramas y fotografías. El Comité Ejecutivo de ese Congreso otorgó por ello un diploma de honor. El mismo año presentó a la exposición de Gante (Bélgica) un estudio intitulado «El trabajo femenino», que fué premiado con diploma y medalla de plata por la sección de economía social. Otro estudio, «El trabajo de las mujeres y de los niños en nuestro país», con documentaciones, estadísticas y diagramas, fué premiado con diploma y medalla de plata en la exposición de San Francisco de California.

En el segundo Congreso del Niño, realizado en 1916, su obra fué de señalada significación. Presentó tres trabajos de índole eminentemente social, cuyas conclusiones humanitarias y patrióticas deberían aplicarse en bien de la República: «Alimentación deficiente, fatiga, mal alojamiento, ambiente de la fábrica»; «Por qué el trabajo de los niños no beneficia a la sociedad ni económica ni moralmente»; «La morta-

lidad infantil como un elemento de bancarrota social».

Colaboró en diarios, periódicos y revistas.

La generosa pensadora que nos ocupa, venerable por sus virtudes, que la llevaron a inmolar su físico en la acción de sus nobles ideas, y caracterizada por sus talentos y temple varonil para la lucha, en la cual vivió siempre, falleció en Bialeto Massé (Córdoba), el 23 de Marzo de 1917.

Por la salud de la raza

La estadística social

Fatalidad. Es un término por demás gastado y de aplicación infinita. Para el abúlico entendimiento de nuestro pueblo, que por algo ha recibido una herencia de enervamiento, todo se debe a la fatalidad, todo está escrito. Es un recurso extraordinariamente cómodo y que permite al cerebro permanecer inactivo. Así, si una profunda crisis perturba la vida económica de la nación, si el alcoholismo flagela la raza, si el analfabetismo continúa esparciendo sus sombras embrutecedoras, todo se deberá a la fatalidad. Está escrito.

Por eso en nuestro país no se conocen los beneficios incalculables de la estadística en cuanto tiene carácter social. La estadística social es un análisis preciso que permite certificar el diagnóstico para la curación de la enfermedad. De manera que el concepto arcaico de la fatalidad sería suplantado, merced a aquélla, por el concepto moderno, racional y científico.

del determinismo. Todo obedece a causas, ya sea económicas o morales. Son los hombres los que hacen la historia; y si ella hasta hoy nos revela muchos errores, comprueba la inexperiencia e ignorancia de aquéllos para guiar sus propios destinos.

Necesario es entonces hacer lo que llamaríamos una *táctica de la historia*: conocer a fondo todos los instrumentos de que nos valemos para realizarla y adiestrarnos en su aplicación inteligente. ¿Y cómo sin el empleo de la estadística social?

La estadística social debe llenar tres funciones: económica, antropológica y moral. La económica sería evidentemente la esencial, por cuanto es un hecho comprobado que las dos restantes están estrechamente ligadas a ella. Saber cuánto gana una familia es generalmente saberlo todo. Y debieran convencerse de esto con preferencia los legisladores, cuya función, lejos de ser retórica, debiera ser hecha a base de estadística, para ser eficaz. Es indudable que no se puede realizar obra de elevación social en las tinieblas. Es necesario conocer los factores que determinan la degeneración de la raza.

La obra de los escritores que se dedican a cuestiones sociales ha de ser, entonces, de pre-

cisión, para ser seria y conducente. Bien sabemos que conspira contra ello el carácter tradicionalista de muchos pensadores que, pudiendo ser útiles a sus semejantes, se dedican a especulaciones puramente superficiales y sacrifican las más de las veces las ideas a las flores de trapo de la retórica.

Sólo en esa forma sería posible establecer el principio de la previsión sobre la curación o represión, principio reclamado por Ensich para establecer lo que él ha llamado tan atinadamente medicina social. Sólo en esa forma y en el orden moral, se podría evitar los fallos absurdos de algunos jueces que castigan porque deben castigar, sin investigar previamente los antecedentes del reo, que llegarían con seguridad a atenuar mucho la culpa personal. Por eso es una profunda verdad la paradoja de Rafael Barret: «Cuando pienso en la justicia, surge por contradicción la idea de juez». Además, conociendo con precisión las causas de los males y pudiendo medir su alcance, sería dable crear un cuerpo de legislación social, sintético y eficaz, sin inútil hojarasca, eminentemente práctico, que atacara esos males de raíz.

Si los hombres han creado una táctica de la guerra, es decir, para la muerte, ¿por qué no

han de crearla también para la vida? Si el mundo se asombra ante el talento de grandes estrategas que consultando mapas, espionando al adversario, auscultando las cosas y los acontecimientos, dan por tierra en unas horas con millares de vidas humanas que podrían ser útiles en los campos y en las oficinas, ¿por qué no se ha de admirar también a los hombres que sean estrategas en el campo de acción de la vida, para combatir la miseria, el analfabetismo, el alcoholismo, la tuberculosis, la larga y horrible secuela de males que mina el organismo social? Es indudable que falta a estos hombres el atributo clásico del heroísmo tradicional para ser admirados. Pero creo que con el tiempo ha de crearse, por una educación moral más inteligente, un nuevo concepto del heroísmo. Será el heroísmo de los que trabajen en el campo, en el laboratorio y en la oficina, por la felicidad de sus semejantes. Y creo también que ha de nacer otro Carlyle para glorificarlos.

Necesitaremos nosotros hombres que, como Alfredo Nicéforo, el admirado maestro, desciendan al terreno experimental, a fin de comprobar las condiciones en que vive el pueblo que trabaja y sufre. No es desde un cómodo gabinete y a través de los libros como hemos

de remediar la situación precaria en que se desenvuelve ese pueblo y como hemos de impedir sobre todo la bárbara explotación de las mujeres y de los niños, en quienes reside el porvenir de la nación.

¿Estamos seguros de tener nosotros estadísticas de mortalidad infantil basadas en los hechos? ¿Sabemos cuántas madres trabajan en las oficinas y a domicilio? ¿Sabemos cuántas de ellas están sometidas al bárbaro sistema de «hacer sudar»? ¿Sabemos qué enfermedades profesionales producen las industrias del país, para tratar de evitarlas? Y en otro orden, ¿sabemos que porcentaje de tuberculosos hay sobre la población total, pues existe la triste sospecha de que gran parte de la población esté atacada por el terrible mal? ¿Sabemos en cuánto excede el número de tabernas al de escuelas? ¿Y sabemos cuántos analfabetos hay en la República?

Nada de todo ello sabemos, por lo menos en forma segura, pues la poca estadística nuestra ha sido siempre defectuosa. Por lo menos, no ha sido estadística social.

Cuando las funciones del gobierno dejen de ser un juego de ajedrez electoral y haya verdadero espíritu de bien en quienes lo desem-

peñen, es posible que sepamos algo de eso, y que sepamos por lo tanto a qué atenernos.

Y cuando un gobierno es incapaz de realizar la tarea de previsión que le incumbe, es la parte sana del pueblo la que debe suplantarlo con su iniciativa.

En tal sentido, invito a los estudiantes a organizar *legiones juveniles* para realizar esa tarea de estadística social, aunque sea en parte, pues principio requieren las cosas. Esas *legiones juveniles*, armadas de útiles que ha usado Nicéfaro para hacer sus estadísticas, constituiría un nuevo ejército: el Ejército de la Vida.

Las *legiones juveniles*, de vuelta de sus humanitarias excursiones, traerían proficuos datos objetivos para una acción legislativa eficaz, vale decir, estadísticas honradas sobre la miseria económica, física y moral.

¿No hay, acaso, estudiantes que quieran a sus semejantes? Que organicen, pues, el Ejército de Vida, utilizando las armas de la Ciencia y la Razón, y que con ellas bajen valientemente al campo del trabajo y el dolor, donde se amasa con sudor y sangre el porvenir humano.

Y para el que caiga en la tarea, habrá un gajo de laurel y el recuerdo de sus semejantes, más glorioso que el laurel.

La mujer y la guerra

No hablaré de los triunfos femeninos que esta guerra ha impuesto al egoísmo del yarrón, egoísmo que lo ha llevado a la más grande perturbación que registra la historia, ni me detendré mayormente a comentar los usos y las leyes que el momento ha impuesto, usos y leyes por los que venían clamando sin cesar y en vano los partidos de ideas en Europa. Deseo sólo emitir mi protesta por el menosprecio que sienten hacia la vida humana los que tienen como mira, guía y norte, la especulación en sus más bajas formas.

La guerra actual, de la que podemos deducir profundas enseñanzas en el orden sociológico y moral, ha impuesto prácticas y procedimientos que poco antes de estallar serían considerados como verdaderas utopías. El reconocimiento de los matrimonios no «legalizados» por el Estado vino a consecuencia de ser aquellos más que los «legales», al votar el parla-

mento francés una suma destinada a las familias de los soldados que pelean. La socialización de las fábricas en Inglaterra se produjo para impedir el afán de lucro de los industriales privados y el estudio de la ayuda por parte del Estado, en la misma Inglaterra, a las madres solteras, cuyo porcentaje se ha elevado considerablemente desde el comienzo de la guerra y se acentúa en especial en los pueblos que alojaran soldados, se han impuesto, según se dice, porque la guerra ha hecho tales medidas necesarias y no porque sean útiles en la vida normal.

El egoísmo del varón—egoísmo innato que lo lleva a la conquista más o menos brutal de la mujer—ha sufrido con esta guerra muchos descalabros. El hombre, so pretexto de inferioridad y de debilidad, ha pretendido alejar siempre de los diversos campos de la actividad humana a la mujer, y ha mirado hosco y desconfiado el despertar femenino, no viendo en ésto el gesto noble de la elevación de la «máspreciada mitad del género humano»—según su propia expresión—sino una guerra entre uno y otro sexo.

La mujer, al invadir campos en que hasta entonces sólo había actuado el hombre—dijo éste—destruye y aniquila su misión especí-

fila: la maternidad. No es exacto. El, el hombre, es quien ha destruido lo que más nos cuesta y lo que más queremos en la vida: nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros esposos, combatientes en la más espantosa hecatombe humana. En el gran laboratorio de la vida no se gestará por mucho tiempo un ser porque la juventud ha caído bajo el peso agobiante de la muerte.

La guerra, pues, ha incorporado a la mujer a todas las actividades de la vida pública en los países beligerantes y ella cumple su misión en forma meritoria. Y no hablemos del ejemplo admirable que nos ofrecen las mujeres de todas las clases sociales de Europa. La abnegación de la mujer, que la lleva siempre a realizar una tarea constructiva, la ha guiado hasta los hospitales de sangre o hasta las mismas líneas de fuego. Allí están unidas las aristócratas, las reinas—en sentido más elevado que el político, reinas de amor y bondad—y las mujeres del pueblo, cuyo espíritu de sacrificio jamás se desmiente; y allí están unidas las ateas, las socialistas, las creyentes y las místicas monjitas, todas solícitas, unidas por un solo formidable vínculo de maternidad!

Y como si todos los horrores de la guerra, sufridos por la mujer en carne propia y en

carne de su carne, fueran leves, he ahí que un sindicato de plotócratas, productor de nitroglicerina, ha tenido la peregrina idea de reclamar de los gobiernos beligerantes la entrega de cadáveres humanos para su aprovechamiento en la industria que explota... ¿No es esto indigno? ¿No es una afrenta hecha directamente al amor y a la maternidad?

Ya no será solamente el cuerpo humano, que ha cantado con unción religiosa más de un poeta, la víctima de las diabólicas maquinaciones de los hombres, será él mismo el que, después de sacrificado, rinda las materias necesarias para seguir destruyendo las fuentes de la vida.

No sé si la industria de que hablaban los telegramas habrá prosperado. Es muy posible que después de la proposición infame realizada con el objeto de lucrar, en lo cual el capital es perfectamente internacionalista, se hayan resentido las recónditas reservas de sentimiento que hay en los más, para impedir semejante industria. La lección, sin embargo, vale la pena, pues demuestra que en realidad el hombre tiene un concepto antihumano de su propia existencia, no sólo en cuanto la destruye, sino también en cuanto busca en ella los elementos de destrucción necesarios a tal propósito. ¡Los

cuerpos horriblemente destrozados por la nitroglicerina sirviendo, en definitiva, para fabricar más nitroglicerina!

La aberración es tan evidente que hace pensar en la necesidad de que se oponga ciertas reservas a la pródiga creación de vidas. Las mujeres del pueblo no han de criar hijos para que sean ellos mutilados o muertos en los campos de batalla y para que sirvan de materia prima en una industria provechosa. Esto me induce a pensar que muchas veces no es sincero el deseo de algunos hombres de Estado en el sentido del incremento de la población por la natalidad, pues en definitiva no se busca al «buen animal» que ha de superarse a sí mismo, según el deseo de Nietzsche, sino al elemento dócil y obsecuente que sirva a los fines del privilegio y de la explotación.

He proclamado muchas veces, como un estribillo persistente, que la función de la mujer es la maternidad, y lo ratifico de nuevo. Pero, ante la realidad espantosa de la destrucción de jóvenes vidas sustraídas al manejo del arado y a la labor del laboratorio y la oficina, cabe pensar que la mujer se niegue alguna vez, mientras no cesen tales acontecimientos, y por noble egoísmo que es bien entendida generosidad, a seguir realizando esa tarea santa

que le incumbe. Porque si antes de haber sido madres las que lo son de los soldados mutilados o muertos por la guerra hubieran tenido la visión clara del horrible futuro de sus hijos, tengo la plena seguridad que se hubieran negado a crearlos!

Toda creación supone, desde luego, su conservación por parte del creador. La conservación de lo creado es la ley de la vida, en cuanto se le asegura desenvolverse hasta los límites fijados por la naturaleza. Y para esa conservación, lógica y necesaria, hay un factor preponderante: el amor, en sus diversas fases, en cuanto propende a la simpatía de los dos sexos, en cuanto es creador, y, por fin, en cuanto es conservador de lo creado. Y esta última fase encierra la más grande de las virtudes instintivas femeninas; virtud que no se amengua siquiera en las especies salvajes e indomesticables: el amor maternal.

¡Sería de ver a la tigre defendiendo a sus hijos de un ataque de los hombres! En tal sentido, ofrece un bello ejemplo de sacrificio a las mismas mujeres que las más de las veces limitan sus protestas contra los atentados a la vida, simplemente al lloro. ¿No sería acaso conveniente que empezaran a pensar en la manera de evitarlos en una forma eficaz?

Si las mujeres no limitaran sólo a lo instintivo su tarea de madres, y se prepararan para ello con anterioridad, abandonando inútiles frivolidades y aprendiendo a ser ante todo educadoras, es posible que los hombres no llegarán al fin a despedazarse entre sí. Porque no hay educación más eficaz y perdurable que la que el hijo pueda recibir de la madre, máxime si ella sabe poner en esa tarea dulzura, mucha dulzura.

La paz eterna, la que jamás pueda ser interrumpida por la codicia o la manía de los poderosos, sólo podrá prepararse desde la cuna. ¿Pero será posible mientras las madres inculquen en el alma de sus hijos, suave y dócil a las sugerencias como la cera, ideas y sentimientos de odio y de venganza? ¿Será posible mientras les den el ejemplo de esta misma venganza, castigándolos brutalmente? ¿Será posible mientras el niño vea en su hogar las continuas reyertas de sus padres? ¿Será posible mientras éstos pongan en sus manos juguetes que les recuerdan la guerra, sables, cascos, corazas, cañones, todo muy divertido, pero contraproducente a su educación moral? No. Además, esta educación absurda que los niños reciben en su hogar se prolonga en la escuela con la inoculación de un patriotismo mal en-

tendido, coreográfico y militar por excelencia. Efectivamente, se hace en ella de la historia un catálogo de hechos militares y se pone a su servicio una poesía cursi y bullanguera. Pocas veces se pondera las virtudes civiles. Se sabe cuántas cargas dió el general X, cómo era el traje del general T y hasta cuántos botones tenía la casaca. Y claro, los educandos abren tamaños ojos ante estas cosas y se ríen si se les llega a decir que Sarmiento introdujo el alambre para delimitar los campos. Eso les parece una cosa demasiado vulgar.

Estas inyecciones de militarismo producen al fin el efecto lógico: la preparación para la guerra. Y, si bien se ve, la misión de la escuela es otra: la preparación para la vida civil, para la vida de trabajo en los campos y en las oficinas, vale decir, para la paz. Alberdi reclamaba para estas democracias republicanas hombres de trabajo manual que no por eso dejaran de pensar y de ser conscientes, directores técnicos de oficinas, y pocos «doctores» y militares. No se equivocaba Alberdi, pues podríamos asegurar que la mayoría de nuestra infancia y de nuestra juventud que se educa en las escuelas, desprecia la alta misión del trabajo manual, trabajo vital en nuestro país a semiconstruir, y ansía la borla doctoral

o el sable militarista, ideales que, de no realizarse, se traducen en el socorrido empleo administrativo. Sería conveniente hacer una encuesta a tal respecto.

Es indudable que influye directamente en esta falsa concepción de los valores morales y de trabajo la orientación general de la vida humana.

A eso se debe que la mentalidad simple de ciertas mujeres pueda ser deslumbrada por el esplendor coreográfico del militarismo. La ignorancia y especialmente el salvajismo, se caracterizan por la opulencia de las formas externas. De ahí que la mujer generalmente se entusiasme ante los galones de un militar con la misma facilidad con que los indios lo hacían de los chirimbolos chillones que adquirían de los conquistadores a cambio de plata.

Y es lógico, pues, que dada esa orientación general, haya sido atraída por cierto género de heroísmo que estriba en el desprecio inútil de la vida.

Este concepto bárbaro del heroísmo es uno de los factores que mantienen latente el prestigio de la guerra.

Desde la cuna solamente podrá prepararse la sociedad de paz y de armonía del futuro, la inmensa colmena social donde cada uno apor-

te en su labor la miel de la benevolencia. Si se sobreentiende que ésta es un atarea colectiva, sujeta a la ley de evolución, no es menos cierto que necesita asentarse en la educación moral del individuo. Si los individuos forman la colectividad, es evidente que una gran cantidad de individuos sujetos a toda suerte de prejuicios, formará una colectividad inferior.

Hay que preparar al individuo, entonces, para preparar la colectividad. La escuela representa en esta emergencia un papel extraordinario. A ella están confiados los destinos de la humanidad.

Pero cuando hablamos de escuela, no entendemos decir únicamente el edificio donde la maestra imparte instrucción a sus pequeños alumnos. Nos referimos a una *escuela integral* que debe comenzar lógicamente desde el nacimiento del niño y que debe ser impartida con especialidad por la madre. La madre ha de ser la educadora de sus hijos, en la seguridad de que, de saber hacerlo, lo hará con más eficacia que la maestra profesional. Lo lamentable es que la mujer no esté preparada para esa función indispensable al noble desarrollo del alma del niño.

Ya he dicho, contestando a una encuesta, que la misión de la mujer debía ser la de ma-

dre y educadora, dos términos que, si bien se ve, se confunden indisolublemente. ¿Están preparadas las mujeres de hoy para ello? Podemos afirmar decididamente que no. El egoísmo del varón ha hecho de ella un objeto de placer, un objeto de coquetería, frágil, y en cierto modo fútil como un cigarrillo turco que se apura y después se arroja indolentemente.

Esperemos que el ejemplo de algunas mujeres valientes que se han aventurado en la espesura para abatir las primeras retamas del prejuicio, sirva para llevar el convencimiento a la mayoría de que la obra de su redención tendrán que realizarla por su propio esfuerzo.

Así, algún día comprobarán el florecimiento de sus sacrificios en la paz perdurable y propicia, a cuyo amparo el fruto de sus amores labrará la tierra, dirigirá la oficina o inclinará la frente pensadora sobre las páginas del libro, que educa y ennoblece.

Por la riqueza física y mental del pueblo

(Discurso pronunciado en un acto público)

Nos hallamos reunidos en este grandioso mitin por una cuestión fundamental que afecta directamente los intereses de la población obrera y que constituye un atentado a los derechos elementales del individuo, y que el gobierno, de preocuparse en realidad de la suerte del país, debe tratar de resolver de inmediato, si no desea que adquiera proyecciones graves.

La cuestión que provoca este acto estriba en lo esencial a la vida del hombre. En efecto, se trata nada menos que de su alimentación y de su vivienda. «Primum vivere, deinde philosophare»,—dice la sentencia latina con profunda elocuencia idealista,—porque un cerebro mal alimentado, en el que no se produce el proceso necesario a su perfecto funcionamiento, tendrá que producir ideas precarias o enfermizas. No se trata, por supuesto, del bajo

ideal de «vivir para comer», ideal sanchesco y despreciable, sino de un alto ideal que pretende asegurar a todos los seres su perfecto desenvolvimiento orgánico para que sus ideas sean cada vez más perfectas. Y este ideal de perfección no puede ser sustentado en el vacío ni puede remitirse a un más allá, al reino de los cielos, sino que debe realizarse en la tierra, aquí, donde el hombre trabaja y sufre. Así como el árbol que asentando fuertemente sus raíces en el suelo nutricio, eleva, alta y bella, la gloriosa floración de su copa, esperemos que los hombres sepan, por una educación moral más inteligente, armonizar en el futuro sus funciones orgánicas de conservación de la vida con las funciones más elevadas del intelecto, por las cuales llegan a parecerse a los dioses. Esto sólo podrá alcanzarse por medio del estudio, de la divulgación racional y científica de la vida. Los sentimientos de secta, por lo tanto, como realizan un ideal negativo, no pueden contribuir a esta magna tarea de desbrozar de prejuicios el camino de la vida para que el hombre vea claro en su presente y en el horizonte de sus destinos.

Se trata precisamente de crear el «buen animal» de que tantas veces hemos hablado, sin que este término llegue a herir la susceptibili-

dad de muchos que por no aceptar tal denominación, biológicamente exacta, prefieren serlo malos.

«Haceos ricos»—nos dijo el gran tribuno Jaurés en una de las magistrales conferencias que pronunció en Buenos Aires. Yo veo en ello, más que la insinuación de la riqueza vulgar y metálica, la exhortación a crear riqueza efectiva en el pueblo argentino: riqueza física, riqueza espiritual y riqueza moral. Porque un pueblo de miserables, hambrientos y desarropados no podrá crear, por lógica consecuencia, una historia mejor que él mismo. Será sólo instrumento dócil, y si indócil, rendido por la astucia y el engaño de quienes se valen de la ignorancia de los más para llevar a cabo sus ambiciones.

Si la técnica puede demostrar el estado de adelanto, de progreso, de un pueblo, no es menos cierto que la alimentación, el vestido y la vivienda pueden dar la medida de su progreso efectivo, no sólo en cuanto lo crean, sino sobre todo en cuanto lo disfrutan, que es lo que interesa, porque si el progreso se realiza por los hombres, ha de ser para los hombres y no para las estrellas, que tan lejos están de nosotros. Estamos en cuanto se re-

fiere a técnica al corriente de los adelantos de Europa y Norte América, mas en lo que se refiere a progreso efectivo, a bienestar de los habitantes que viven en este suelo, nos hallamos sensiblemente atrasados, y esto es doloroso no sólo a los sentimientos de humanidad, sino al sano patriotismo que propagaron hombres como Echeverría, Rivadavia y Alberdi. No hemos de culpar al territorio de la República, pues encierra en su seno todos los elementos necesarios para hacer físicamente felices a sus pocos habitantes y a muchos más. La culpa es de los hombres y especialmente de la barbarie de los hombres que no saben administrar su propia casa. ¿No es en realidad inconcebible que en un territorio tan vasto, de suelo tan rico, exista el problema de la alimentación, del vestido y de la vivienda? ¿No es ilógico que la tierra de promisión soñada por tantos hombres en sus viejas aldeas miserables se convierta al fin en una madrastra porque sus gobernantes no saben aprovechar ni administrar sus bienes? ¿No es ilógico que un país de más de tres millones de kilómetros cuadrados tenga que atiborrar su capital de inmigrantes aptos para labrar la tierra, cuando el latifundio se extiende en la inmensidad de la pampa

esperando la caricia promisoras del arado y la siembra del trigo, que se ha de convertir en pan para todos los hombres de buena voluntad que vengan a habitar en este suelo? El problema se presta a infinidad de comentarios desfavorables a la política que se ha seguido en este país, política hecha a base de ambiciones personales, mas no de ambiciones altas y respetables, sino de ambiciones subalternas, y por lo tanto, despreciables, que han engendrado el caudillismo, esa enfermedad social de nuestra república que culmina como símbolo en Facundo, porque era gaucho aún en su vestido, y que se prolonga en forma solapada en otros porque visten a la moda. No ha sido, pues, la felicidad del pueblo la preocupación de nuestra política. Las turbas, que no pueden en manera alguna ser llamadas pueblo, seguían y servían intereses personales, y llegaban para ello hasta su propia inmolación. Alguien dijo que la pampa ha creado al caudillo. Igualmente se podría decir que el caudillo ha creado la pampa, porque sin él y merced a la política agraria de Rivadavia se hubiera poblado de centros de trabajo y cultura. ¿Quién si no el caudillo es el culpable de este estado de cosas contra el cual protestan con justicia los trabajadores?

Podemos asegurar, entonces, que el problema de la tierra es el problema esencial de este país, toda vez que de él dimanar directamente la despoblación, la desocupación, la miseria, el alcoholismo, la mala vivienda, etc.

Política de caudillos, tenía que ser fatalmente política en beneficio del interés sórdido de unos pocos, a costa de la miseria sórdida de los más. Sarmiento, en su inmortal libro, nos demuestra cómo el primordial interés de Facundo era su interés privado y cómo se valía de la tierra para ello. La tierra ha servido en nuestra República para ser dilapidada, para ser entregada en retribución de servicios electorales, para quedar en definitiva inculta y salvaje. Por eso veo en el grito de Sarmiento: —Alambren, no sean bárbaros!—más que una exhortación a constituir la propiedad privada del suelo, la necesidad de fraccionar el latifundio para civilizar nuestro suelo. Ese grito se prolonga aún y continuará prolongándose mientras no se solucione valientemente el problema, sin tener en cuenta el interés privado, porque ante el sagrado interés de la mayoría, ante el interés del pueblo, que alguna vez tendrá que ser soberano de verdad, deben inmolarsen sin miramiento alguno los pequeños intereses individuales, por respetables que sean. ¡Pero

era posible realizar tan magna obra, si los mismos encargados de administrar al país dilapidaban la tierra, si ellos se encargaban de crear obstáculos, lejos de allanar el camino? Sabemos cómo ha caído el gobierno rivadaviano, que por medio de la ley de enfiteusis, deseaba atacar certeramente el mal: por los intereses sordidos de los caudillos locales que veían en la barbarie de la tierra, en el latifundio inmenso y despoblado, la fortaleza de su señorío cuasi feudal. De ahí que es una profunda verdad la paradoja de que el caudillo ha creado la pampa. Sí, la ha creado en cuanto ella es símbolo de barbarie, en cuanto nuestra República, según Sarmiento, «se liga por la Pampa a los bárbaros y por el Atlántico a la civilización». De ahí que se le tuviera miedo a la delimitación, por afán anárquico de permanecer nómadas, sin ley civil, sin responsabilidad ante la historia. Alguien ha querido ver en ello el sentimiento instintivo de libertad en los gauchos, pero se puede afirmar que no ha existido tal sentimiento instintivo de libertad, pues ellos han servido a todos los señores de chiripá y se han hecho matar en los entreveros peleando contra la libertad, que venía con la civilización por el Atlántico. Podrá servir a la inspiración lírica de algunos poetas ese sentimiento in-

instintivo de libertad de que se habla con respecto al gaucha, mas lo cierto es que generalmente ellos no sabían por qué se destrozaban en los campos de batalla. De haber sabido ellos que defendían los intereses de unos cuantos caudillos en desmedro propio y del futuro del país, tengo la plena seguridad que hubieran utilizado la fuerza de sus brazos para labrar la tierra y contribuir así a hacer adelantar la historia sensiblemente. Pero es posible que ni los mismos gauchos de Güemes, esos gauchos heroicos, sabían por qué peleaban, con servir un noble ideal, porque luego fueron sometidos al régimen de los conchavos, que era una verdadera esclavitud, y que se prolonga, según parece, en los obrajes del Chaco y en la industria yerbatera. De todas maneras, nadie podrá asegurar que formaban una sociedad, sino un conjunto más o menos relacionado de gente nómada mandada por diferentes caudillos de horca y cuchillo. No había ni los principios rudimentarios de solidaridad, de educación social, y en definitiva, el facón servía de código y ejecutor de justicia. No había, repito, instintivo sentimiento de libertad, sino instintivo sentimiento de barbarie. La palabra libertad no puede existir en el léxico de la gente no civilizada. La libertad es un pro-

ducto de la civilización y fuera de ella no existe, pues ese estado de libertad en los gauchos, sólo es aparente.

He hecho esa digresión para demostrar que nosotros somos los infortunados herederos de ese estado social y del estado de cosas que aquél ha preparado para el presente. Si somos partidarios del determinismo y no del fatalismo, debemos buscar la causa de los males a que me refería, en nuestro pasado sombrío y doloroso. Es verdad que Caseros ha sido como una aurora para nuestro país. En él rompió los instrumentos de la tiranía y la batió para siempre.

Pero las revoluciones sólo pueden ser eficaces inmediatamente cuando hay un pueblo educado, consciente, capaz de secundar inmediatamente los propósitos perseguidos. ¿Estaba educado ese pueblo de trifulca para secundar los propósitos por los cuales se abatió la tiranía en Caseros? Podemos decir abiertamente que no. Por tal motivo, la tiranía, si bien fué abatida políticamente, continuó en los hechos, por predisposición del pueblo a ese género de gobierno soportado hasta entonces. Un pueblo inconsciente, analfabeto y semibárbaro, no está preparado para realizar ninguna clase de ideales, como no sea para servir de instrumento dócil. La política continuó, pues,

siendo bárbara. Lo que habían hecho las multitudes en los campos de batalla lo continuaron en los comicios. Si antes servían para la montonera, ahora servirían para formar el rebaño dócil y obsecuente de las *oligarquías*, que, como sus antecesores los cuasi señores feudales del campo, los caudillos gauchos, tenían en la tierra su mejor aliada para el predominio efectivo que ejercían sobre los más. La tierra, como dijera anteriormente, fué en esta época utilizada para pagar con ella los servicios electorales de los caudillos menores. Continuó siendo bárbara entonces. Continuó inculta por obra del latifundio, cuyas desastrosas consecuencias nunca se pondrán de relieve lo bastante para que surja clara la inmensa responsabilidad de los que, para apuntalar intereses creados, la han prolongado hasta hoy. Si no fuera porque hay en nuestra república inmensas reservas de energía, diríamos que como el latifundio perdió a Roma, nos perderá a nosotros.

Pero afortunadamente ya no hay una parte sana de pueblo que se preocupa de estas cosas que se relacionan con su felicidad y con el porvenir del país, y ello significa que ya entraremos en una corriente política saludable, ajena a todo personalismo, a toda camarilla. Esa

corriente política nueva se llama política social.

Muchos son los que han abandonado el campo de la política por el atraso en que ella se hallaba, pero creo que ningún ciudadano puede negarse a colaborar en esta obra de política social a que me refiero, porque ella implica el trabajo en los diversos campos de la acción manual e intelectual. En tal sentido, el médico en su laboratorio y el pensador por la eficacia de sus estudios, que han de ser siempre trozos reales de vida, pueden colaborar en esta obra de política social. ¿No realiza una acción política, acaso, el médico que busca la manera de combatir la tuberculosis o de impedir las enfermedades profesionales? Vamos por el camino de la política social que en Inglaterra ha producido la más grande revolución de la historia. ¿Quién iba a creer que se atacarían los intereses sagrados de los lores para defender los intereses de los «pobrecitos» que constituyen la mayoría? Esa política social es la misma que en Australia asegura a los trabajadores del suelo una remuneración espléndida y una vivienda digna, humana, donde no falta el higiénico baño, mientras nuestros trabajadores de la tierra viven como parias, a veces en la intemperie y

teniendo que robar sebo con que hacer toscas velas para alumbrarse de noche.

La sana corriente de opinión que se viene formando, tendrá que sostener una acción intensa para que se fraccione la tierra y para que se reforme el sistema fiscal, que es de privilegio y atenta a los elementos indispensables a la vida del pueblo. El régimen de la tierra y el régimen fiscal: he ahí los dos factores que mantienen al pueblo en la miseria física y moral. La tierra y el fisco: he ahí los dos factores que hemos de civilizar, sacar de la barbarie en que hasta ahora los han tenido sumidos el caudillismo y las oligarquías.

Debemos tener presente al respecto el hermoso pensamiento de Ruskin, según el cual el pueblo más rico de la tierra es el que prohija mayor cantidad de seres sanos y felices. No se trata, pues, de ser ricos en el sentido vulgar y metálico de la palabra. Lo que necesitamos es riqueza social, riqueza de todos los argentinos y de todos los extranjeros que participen de la faena común: riqueza física, fortaleza corporal; riqueza moral, elevación de miras, ideales, desprendimiento; riqueza espiritual, ideas sanas y vigorosas para guiar la acción, que ha de ser en definitiva el corolario de nuestros afanes.



Feminismo

Mi feminismo puede sintetizarse en dos pensamientos de dos de los más grandes pensadores argentinos. Con Alberdi, sostengo que debe otorgarse a la mujer todos los derechos que le corresponden como criatura humana, al formar parte integrante de la sociedad.

Que los hombres quiten de su código civil la afrenta que con toda «galantería» infligen a la mujer, equiparándola al menor, al idiota, al irresponsable...

Reclamo para la mujer la misión a que tiene derecho y a la que legítimamente aspira: la de ser madre y educadora.

Con Alberdi, pienso que «el hombre es como la estatua de bronce; toma los caracteres del molde en que se funde a la mujer», y con Sarmiento, al pedir la movilización del ejército del bien, vale decir, de maestros, pienso «que no se gobierna con las armas, con la represión, sino con la inteligencia y la dulzura».

¿Se asusta el hombre de estas aspiraciones feministas? ¿Será posible que él aspire a ser moldeado en un troquel inferior?

Si así fuera, nos explicamos perfectamente por qué excluye de la acción pública a la mujer; quiere tener el monopolio del estado actual de cosas, llámense leyes, costumbres, etc.

Y si no quiere decirlo fuerte, porque el amor propio se lo impide, que diga muy, quedo, muy, bajito, casi en su interior, que la mayor parte de las veces estas leyes y costumbres no hacen más que revelar sus instintos ancestrales de dominación y barbarie. Y estos instintos se exteriorizan por medio de «códigos», «leyes» y «guerras».

¡Triste prerrogativa; no se la disputamos!

II

Feminismo. ¿Es esta la palabra que define el movimiento femenino consciente, que determina a la mujer a tomar participación activa en la incesante lucha por el mejoramiento social, o es la definición de la concurrencia de ella a todos los campos de actividad humana, fenómeno explicable y perfectamente natural, al que se pretende dar visos de guerra abierta entre uno y otro sexo?

Interprétese en una u otra forma la definición, es justa, por cuanto el movimiento femenino consciente es consecuencia lógica de la concurrencia de la mujer a todos los campos de la actividad humana.

Desde tiempos remotos, dice Bebel, cuando los hombres jamás escucharan la palabra feminismo, la mujer compartía las más rudas tareas y las más pesadas cargas con ellos, y la mayor parte de las veces las ejecutaba exclusivamente.

Comenzó para ella en esta forma la esclavitud. Era considerada objeto de compraventa, se la disputaban como precioso botín de guerra, y para colmo se la equiparó a las bestias de carga, unciéndosela al arado. No es de extrañarnos que esto sucediera entonces, cuando hasta hace pocos años en algunas poblaciones de la antigua metrópoli, la mujer seguía siendo uncida al arado al lado de un asno...

Como se ve, la tradición se ha venido perpetuando.

Remontándonos a tiempos pasados, y sin detenernos demasiado en la historia, encontramos frases de grandes hombres que nos revelan las tristes condiciones en que se hallaba la mujer. En Grecia, decía Demóstenes, «nos casamos la-

ra tener hijos legítimos y una fiel guardadora de la casa, poseemos compañeras de tálamo para servirnos y cuidarnos, y hetairas para los goces del amor». Por esta frase podemos deducir la situación de la mujer en aquella época: sierva, procreadora en el sentido más absoluto de la palabra, e instrumento de placer.

En Roma se concretaba a ser madre de guerreros y de esclavos, poniéndose especial cuidado en esto último, por cuanto la riqueza de los patricios dependía en su mayor parte del número y calidad de esclavos que poseyeran.

Definida así a grandes rasgos con estas dos frases el papel que desempeñaba la mujer en Grecia y en Roma (dos civilizaciones), nos explicamos perfectamente la tara de prejuicios que pesan sobre ella. Sin embargo, no podemos negar que su situación ha mejorado sensiblemente, no poque ella haya puesto mucho empeño en ello, por cierto, ni tampoco por voluntad del hombre, sino porque el momento histórico así lo exige.

Es evidente que si la mujer ha ido invadiendo, poco a poco, campos en que sólo el hombre había actuado, ello se debe a sus buenas cualidades, tan buenas como las del hombre, y en algunos casos más ventajosas.

¿Interviene la mujer en las diversas actividades humanas por merced especial del hombre o porque sus cualidades la hacen acreedora a ello?

Si fué admitida en el comercio, lo fué porque sus excelentes condiciones de administradora — adquiridas en la administración incipiente del hogar — la colocaron en un terreno de conveniencia para la sociedad. Si es admitida y hasta solicitada con codicia por la industria, ello se debe a sus condiciones de laboriosidad especiales que hicieron que una vez adoptada la máquina, que requiere menor empleo de fuerza muscular, fuera desalojando a los hombres de fábricas y talleres. Hoy, las diversas industrias buscan con especial empeño a la mujer, que ha convertido una de sus más bellas características en sumisión y exceso de resistencia que perjudica a los trabajadores, puesto que la falta de espíritu de asociación en ella, paraliza o dificulta toda acción de mejoramiento económico en que estén empeñados los hombres.

En el magisterio comparte la mujer con el hombre la tarea noble de educar y modelar el alma de las nuevas generaciones. Claro está que en ello pone gran parte de su sentimiento innato: la maternidad, sentimiento que le da

cierta superioridad sobre los educadores varones.

En las ciencias y en las artes se destaca como apta para ejercer las funciones que de ellas derivan.

Es, pues, el momento histórico, y no el afán de hacer la guerra al hombre, lo que la induce a obrar así. Por otra parte, el anhelo justo de contribuir con sus energías al progreso social, la alienta a proseguir con fe en la lucha empeñada.

Dice Novicow que si las costumbres sociales no aseguran gran suma de felicidad, es porque no están conformes con la naturaleza de las cosas, y agrega que la verdad engendra el goce, así como el error engendra el dolor.

Debemos, entonces, luchar por asegurar la mayor suma de felicidad al género humano. La mujer está grandemente interesada en que así sea, correspondiendo a las que ocupan un puesto de avanzada la tarea de difundir los nuevos ideales humanos.

Hasta hoy—«venganza» noble—contribuyó, a pesar de su sometimiento, a afianzar los nuevos ideales de paz y de justicia. Hoy, que la Europa toda se halla entregada a una horrible convulsión, es menester recordar que la mujer, «el ente de cabello largo y entendimien-

to corto», que no interviene para nada en la confección de las leyes, ni en la determinación de estos verdaderos cataclismos, es la que ha dado, haciendo honor a sus sentimientos, el primer grito de paz. Fué la baronesa Berta Sutner, la que en su libro «¡Abajo las armas!» (escrito mucho antes de estallar la guerra), eleva en nombre de todas las mujeres, su enérgica protesta contra el crimen colectivo, que nos arrebató lo que más queremos y arrasa lo que la voluntad y la tenacidad de los hombres ha hecho surgir maravillosamente: las ciudades, las obras de arte y todo lo que produce la gran colmena humana.

La campaña antialcohólica encuentra en la mujer su más entusiasta defensora, y gracias a ella se ha conseguido en muchos países notables resultados, que disminuyen sensiblemente el horrible flagelo. En algunos estados de la América del Norte, es el pueblo el que otorga los permisos o licencias para establecer tabernas, y, observando las estadísticas, se nota que allí donde las mujeres tienen derecho al voto, no se establece tabernas en la población.

Y allí donde existen leyes contra la trata de blancas, son las asociaciones femeninas, las mujeres en especial, las que se dedican a una verdadera tarea de profilaxis social.

Como se ve, la mujer tiene acción concurrente en todo lo noble y elevado del género humano.

Hoy, en la desangrada Europa, ella, siempre recordando sus grandes sentimientos, y en nombre de la maternidad, esparce a manos llenas su ternura y su bondad en medio de tanta ruina y desolación. Su abnegación, que la lleva siempre hacia una tarea constructiva, la ha guiado hasta los hospitales de sangre o hasta las mismas líneas de fuego, para dedicarse a la cura de aquéllos que la perfidia humana ha llevado al matadero.

¡Cuántas pensarán en el hijo adorado a quien tal vez otra mujer, tan buena como la madre misma, allá, en el campo enemigo, prodigará curas y palabras afectuosas, y cuántas curarán heridos amorosamente pensando en el hijo que no tendrán jamás!

Vemos, pues, que ella interviene en todas las manifestaciones de la vida. El trabajo, como función necesaria, la absorbe, y en realidad tiene excelentes condiciones para hacer algo más que lo que hasta hoy fisiológicamente se le ha asignado. El arreglo de la casa y el cuidado de la misma ya no satisfacen su afán de trabajo.

No entraremos a discutir el argumento—por-

que se destruye a sí mismo—de la inferioridad femenina basándose en el menor volumen o peso de determinados órganos de la mujer. Alguien hace notar, con justicia, al hablar de la inferioridad femenina basada en el menor volumen del cráneo y en el menor peso de la masa encefálica que, partiendo de este principio, ciertos individuos anormales cuyo cráneo y cuyo cerebro adquieren un desarrollo fenomenal, debieran ser los más aptos, los más inteligentes. ¡No! Los asilos, hospitales y manicomios están poblados de ellos: son los diontas, los imbéciles.

Resultan estos los eternos argumentos inconsistentes de los que ven un peligro en que la mujer deje de ser vana y frívola, tal cual ellos la quisieron y la quieren.

Y que no se oponga a las legítimas aspiraciones femeninas el argumento de que la mujer gobernaría tiranizando... Ojalá lo hiciera por una buena causa, poniendo al servicio de ésta su talento y su corazón!

De todas maneras, sin preparación alguna, todos lo sabemos, con frivolidades, en ciertas clases sociales impone y manda. Cuántas carreras de ministros, de diputados, de «altos personajes», son ganadas por sus respectivas

esposas... Esto cuando no se inmiscuyen en asuntos de Estado, y entonces...

El peligro, pues, está no en su ilustración, sino en su ignorancia.

¿Por qué habrían de malograrse verdaderos talentos femeninos, so pretexto de que el puesto de la mujer está en la cocina, si es de las clases populares, y en los salones donde triunfan las frivolidades, si es de la clase rica?

¿Acaso no concurren indebidamente a escuelas secundarias y universidades, varones que llegan a médicos y abogados, sin vocación alguna y con inteligencia escasa?

Es precisamente motivo de crítica el hecho de que la mujer, sin abandonar las tareas que le incumben, dedique algún tiempo a su ilustración. Sin embargo, nada se dice respecto al tiempo malgastado por las mujeres que concurren a la moda, que pierden tiempo en corrillos donde se habla de trapos, cintas y de la amiga íntima...

Bienvenido el afán de ilustración y mejoramiento en la mujer. Por él nos es dado conocer a mujeres admirables como Mme. Curie, cuyos descubrimientos científicos asombraron al mundo, esposa, amante y compañera de un gran sabio como ella; como Ellen Key, la notable pedagoga sueca; como Alejandrina Ra-

vizza, la «santa laica» de Milán; escritoras como Matilde Serao y Emilia Pardo Bazán, feministas a pesar de su antifeminismo.

No es menester detenernos a enumerar las mujeres descollantes en nuestro medio, distinguidas profesionales y estudiosas; las obras de ellas se imponen.

Cada nueva conquista que la mujer realiza en el consorcio humano es para mí motivo de satisfacción íntima, porque se acredita como sér pensante capaz de aportar su concurso al incesante devenir social.

Estamos, por fortuna, un poco lejos de aquellos tiempos en que se consideraba a la mujer como únicamente apta para el cuidado—entiéndase bien, no para la educación—de los hijos, y por consiguiente, estaba relegada a los quehaceres de la casa. Y a fe que era en extremo injusto este olvido, por cuanto ella ha tenido siempre un sentimiento generoso que la ha llevado a abrazar las grandes causas de la humanidad.

El cristianismo, ese movimiento de rebelión de los humildes contra los señores poderosos y tiránicos, tuvo en la mujer su propulsor más ardiente y eficaz. Ella se cuenta en gran número entre los mártires cristianos, así como hoy sostiene un dogma cuyos principios la de-

finen como causa principal de la corrupción y de la degeneración humana.

¡Ella, que es generadora y conservadora de la especie, sostiene por aberración un dogma cuyos compiladores definen como pecado su misión específica: la maternidad!

Por eso cada nuevo triunfo que obtiene en el campo del trabajo, de la ciencia, de las artes, de la industria, se me antoja un nuevo desgarrón a esa atadura de prejuicios económicos, religiosos y sociales que pesan sobre la mujer.

Las mujeres médicas, las abogadas, las que abrazan las distintas profesiones por las que sienten predilección, ya no asombran a las buenas y sencillas gentes que otrora esperaban para sus hijas un buen premio a la lotería de un marido. Y si este premio no se presentaba, la pobre mujer representaba una carga más para la casa y una decepción muy grave y muy honda sobre los destinos de la misma. Hoy ya nos hemos acostumbrado a que la mujer tenga una profesión lucrativa.

Cuán equivocados están aquellos que piensan que el afán de ilustración desvía a la mujer de su verdadera tarea, destruyéndose en consecuencia el hogar, tanto en las clases altas como en las humildes!



¿Existe hogar, acaso, allí donde se realiza vida social intensa, es decir, vida de relumbrón, que hace de la mujer un perfecto maniquí, y de los hombres los encargados de exhibirlo? ¿Acaso hay preocupación por la familia? No, porque las tareas sociales absorben casi todo el tiempo...

¿Existe hogar allí donde es menester romper los lazos más sagrados del cariño para enviar el hijo a la fábrica, al taller, donde dejan girones de carne y de alma y de donde han de traer unos míseros centavos que ayuden malamente a subvenir a las necesidades apremiantes de la casa?

¿Existe hogar allí donde la madre, donde la hermana están ausentes durante todo el día de la casa para dar vida a la fábrica, al taller y a la oficina?

Es necesario que se difunda el principio de que la mujer no declara la guerra al hombre. Ella ha de ser su buena, su leal compañera, capaz de comprenderle y de ayudarle a trabajar por el mejoramiento humano. Ella ha de ser en realidad la educadora de sus hijos, no ha de representar una carga para nadie, no ha de ser tenida en el concepto de un menor, de un idiota, a quienes «galantemente» la equipara el código. Es menester que desarrolle sus

aptitudes como mejor convenga a sus aspiraciones.

Las palabras de José Mazzini, alma ferviente de la revolución italiana, han de hacerse carne en el pueblo para que pueda comprender que la mujer, al trabajo por sus derechos, no lo hace por exhibicionismo, sino porque en realidad los necesita y le corresponden. «No existe desigualdad entre el hombre y la mujer, sino sólo diversidad de tendencias y de vocaciones especiales. Son dos notas de una misma armonía musical y de naturaleza diversa. El hombre y la mujer son las dos ruedas sin las cuales la armonía humana es imposible. El hombre, que borre de su imaginación toda idea de superioridad sobre la mujer. No tiene ninguna. Como dos ramas que parten de idéntico tronco, el hombre y la mujer parten de una base común: la Humanidad».

La emancipación económica es la base de toda emancipación. Algunas mujeres bien intencionadas, por cierto, recordando ésto, aconsejan a aquellas que desean obtener una relativa independencia, se aseguren una profesión que pueda darles libertad económica y, por lo tanto, libertad de acción.

Son éstas, ideas un tanto egoístas. Y las

mujeres obreras, ¿cómo asegurarán su independencia?

Crean algunas personas que para obtener la emancipación de la mujer es necesario que se conviertan en médicas, abogadas, etc. ¿Acaso para que los trabajadores obtengan su emancipación es menester que se conviertan en profesionales? No, absolutamente. Para ello es menester esgrimir inteligentemente las armas que la acción pone al alcance del proletariado: organización política, cooperativa y sindical.

He ahí una obra de verdadero feminismo. ¿Por qué las asociaciones feministas existentes no se han preocupado de desarrollar en las obreras el espíritu de asociación y de lucha en pro de su mejoramiento?

Por la sencilla razón de que este movimiento no ha podido sustraerse a la influencia de la lucha de clases, que se realiza a pesar nuestro, puesto que es la mala organización social la que lo determina.

Estoy firmemente convencida de que la emancipación femenina no depende exclusivamente de ella. Hay personas que adelantan el juicio de que el término de la lucha de clases implica la continuación de una lucha de sexos, puesto que la mujer ocupará el puesto

que legítimamente le corresponde en la sociedad.

El núcleo de mujeres que luchan en nuestro país por el advenimiento de sus ideales, es bastante reducido, pero ello no obsta para que la obra que realiza sea encomiable.

Hace poco, una joven mujer recibía en nuestro país su diploma de aviadora. Ya no sólo surcarán nuestro cielo azul y blanco los grandes pájaros mecánicos hábilmente dirigidos por el hombre. Una mujer, una representante del sexo que se ha dado en llamar débil, conoce ya los secretos de esas aves mecánicas.

Es de desear que la mujer no sólo vuele por una ley de gravitación física que la lleva a disputar su puesto en las alturas a los cóndores. Su pensamiento ha de crear alas para que pueda hacer flamear bien alto el pabellón nacional, no en las conquistas guerreras—prerogativas que no deseamos disputar a los hombres—sino en los campos del trabajo fecundo que eleva y engrandece a los pueblos.

No queremos a la mujer esclava de prejuicios, no la deseamos presa codiciable para la explotación del taller. Queremos que obtenga los derechos que le corresponden como sér humano y que pueda tomar parte en el elevado banquete del espíritu. Ojalá no esté

lejano el día en que adquiriera ese derecho. Lo adquirirá cuando sea alejada del taller y de la fábrica, donde hoy marchita su juventud y su lozanía.

Y como corolario de perfección, deseo en la mujer la virtud de ser madre *en toda ocasión de la vida*. Madres moralmente, las que hoy sólo lo son físicamente (la mayoría) y madres de todos los niños las que se imponen la sagrada misión de velar por la infancia.

Que toda mujer, en su casa, en la escuela, en el periodismo, en la tribuna pública, dicte una cátedra del bien con su palabra y con sus ejemplos. Que tenga en esta forma la oportunidad de ser la mujer fuerte: la soñada, capaz de aportar su concurso a la obra de mejoramiento humano.

Aspectos del trabajo femenino

I

EL DÍA DE LA NIÑA OBRERA

Para describir la situación de las obreras explotadas por la religión y en nombre de ella, sólo nos basta con mencionar un día: «El día de la niña obrera».

La mujer obrera tampoco escapa a la piadosa imaginación de las damas ricas. Han creado para ella un día especial de regocijo...

Hermosas damas y elegantes niñas, con una sonrisa estudiada quizás cuántos días ante el espejo, invocan de los pasantes una «limosna» que ha de aliviar al situación de las obreras explotadas en los talleres de cuanto monasterio existe.

Y a fe que no hacen mal, por cuanto es tan mísero el salario de estas pobres mujeres que trabajan en los talleres—en donde hasta hoy no ha podido penetrar la inspección oficial—que si no tienen algún santo especial que las proteja contra los salarios de hambre, a que

las hermanitas de tal o cual orden las tienen sujetas en nombre de la religión, ahí están en cambio las damas que, en pago de la baratura con que fuera confeccionado el ajuar de alguna niña en vísperas matrimoniales, han ideado «el día de la niña obrera».

¡Cuánto contraste entre las mujeres ricas que inventan colectas para distraer sus ocios y éstas pobres obreras, doblemente explotadas, las que antes de trabajar para sí, en cada minuto que pasa, apuntalan y enriquecen a las congregaciones, que en virtud de la excención de impuestos y en especial por las causas arriba señaladas, establecen una competencia ruinosa en la industria y en el comercio, competencias que escuda la ambición del patrón de rebajar constantemente el salario de sus obreras!

Ellas, las ricas damas, consumiendo en fiestas y en la ociosidad cuanto producen sus protegidas, por así decir. Y no sólo consumen sus salarios, sino que estrujan y destruyen la vida de estas pobres obreras.

Sé de una de estas escuelas-talleres en donde, para confeccionar el ajuar de la esposa de un alto magistrado del país, se empleó a muchas mujeres durante un año, pues cada una de ellas tenía a su cargo un trozo del bor-

dado, que resultó una verdadera filigrana. Y como si esto fuera poco, muchas de estas mujeres quedaron inutilizadas para el trabajo, por cuanto algunas se debilitaron la vista.

Así como hay víctimas indispensables para las cosas trascendentales, ha sido menester que las hubiera para esta piadosa dama que para engalanarse no ha hesitado en sacrificar a pobres e indefensas mujeres.

¡Gajes de la tan decantada civilización! Me resulta más civilizado un indígena que ésta civilizada dama que ha menester para su embellecimiento del sacrificio de tiernas niñas, de jóvenes mujeres, de madres de numerosa prole.

Y en el día de la niña obrera, aparece cuestando en primera fila la piadosa dama a que me refiero. Si las cosas tuvieran cerebro y por lo tanto les fuera dado pensar, y si por casualidad la dama endosara en ese día alguna de las piezas del ajuar, de indignación y de ironía habrían de rajarse las sedas que tantas víctimas requirieran...

II

TRABAJO A DOMICILIO

No es novedad afirmar que no existe explotación más inicua que la del «sweating sis-

tem» (sistema de hacer sudar) empleado por todas las grandes y pequeñas tiendas de la metrópoli.

En el estudio que he realizado sobre el trabajo a domicilio, llegó a conclusiones como ésta: la mayoría de las tiendas y registros paga corrientemente por la confección de cada blusa 20, 25, 30 y 50 centavos.

Difícilmente una hábil operaria podrá hacer en una jornada excesiva y extenuante más de cuatro blusas de las de 0.20, 0.25 y 0.30, y de las de 0.50, sólo conseguirá hacer tres.

Si descontamos el gasto de hilo, etc., ¿qué ganancia queda a estas pobres obreras?

Urge reglamentar las condiciones del trabajo a domicilio, fijar un salario mínimo legal.

Preocupémonos de mejorar la suerte de esta falange de mujeres trabajadoras, pues son realmente desventajosas las condiciones en que realizan su labor.

Esta sería una obra altamente patriótica, humana y civilizadora. Patriótica, por cuanto daría a la nación juventud y vida.

No es posible que esa cantidad de mujeres sumetidas a un régimen desesperante se conserve en perfecto estado de salud, y de ahí que, por triste herencia, legan a sus hijos tuberculosis, escrófula y otros males.

La nación necesita, en cambio, niños sanos, sanos de mente y de espíritu, que le aseguren un porvenir fecundo. Necesitamos una generación de hombres capaces de llenar de agua cristalina el cántaro vacío de que nos habla Lugones en su «Prometeo».

Y ello sólo lo obtendremos cuando las clases que dirigen los destinos del país se ocupen en esa infinidad de mujeres trabajadoras, cuando se aplique remedios eficaces a las enfermedades sociales, cuando, en una palabra, los hijos de este pueblo sean más fuertes, más sanos y más buenos.

Entristece saber las condiciones en que se desarrolla el trabajo a domicilio. Agreguemos la desocupación con su consiguiente merma de salario, e imagénense los que no la conozcan, cuál ha de ser la situación de tantas pobres familias...

En mi gira de inspección a estos pobres talleres ubicados en la única habitación que sirve de dormitorio, comedor, y todo, he visto miserias espantosas. He visto enteras familias en las cuales el jefe hace ya varios meses que no trabaja y la labor de la madre y de la hermana escasea, mermando así las únicas entradas de la casa.

Es un conventillo ubicado en la circunscrip-

ción 12, me vi asaltada, se puede decir, al entrar, por una cantidad de niños que imploraban como jamás lo habían hecho, unos centavitos que aliviaran la situación de la casa...

Las pobres mujeres, creyendo que yo pudiera influir, en alguna manera, en el alivio de su situación, me narraban penas indecibles. El padre, buscando trabajo que no encuentra. La madre, llorando porque en el registro no había costura para ella... Y me dijeron las buenas mujeres, con un gesto de indecible angustia, que van viviendo de las hojas que se tiran en los mercados y de otras sobras. ¿Para qué seguir? Ya hace tiempo que, como en una cinta triste de cinematógrafo, estas escenas las voy presenciando todos los días.

De cien mujeres empleadas en la industria a domicilio, sólo veinte trabajan, habiendo mermado el salario en un 50 por ciento. Nos encontramos, pues, con un 80 por ciento de mujeres desocupadas en la industria a domicilio, trabajando el restante 20 por ciento en condiciones desventajosas por la irregularidad y por la merma del salario.

En medio de tanta tristeza, confundiéndose con los gritos de los pequeños en el patio, una voz escuché en mi interior, honda voz de esperanza que acude a mis oídos con la insistencia

de un retornelo: «¡Ah los niños, el mar; esta eterna lucha como me enferma! Dadme un poquito de paz y una casita blanca...»

¿Entenderemos nosotros esta voz de esperanza que el poeta ha puesto en los labios de estas infelices? Es de esperarlo.

III

EMPLEADAS

No se limita la actividad femenina únicamente a la producción industrial. La mujer invadió también las oficinas y las diversas ramas del comercio.

De las mujeres empleadas, las que se hallan, sin duda alguna, en mejores condiciones, son las de escritorio, por el horario y por la remuneración.

Naturalmente, las empleadas que dependen del Estado están aún en mejores condiciones que éstas; se hallan en iguales condiciones que los empleados: unos y otros se distinguen por... trabajar muy poco o nada. Por algo son recomendadas «especiales» de diputados y caudillos electorales.

De las empleadas merecen capítulo aparte las vendedoras.

No es menos digno de atención el trabajo de las telefonistas.

¿Cómo es posible pretender paciencia y buen trato para con el público de esas pobre mujeres condenas durante 7 horas, con apenas 10 minutos de intervalo, a mantener sobre su cabeza el pesado aparato y teniendo constantemente ante sus ojos una danza interminable de números?

El sistema nervioso, más delicado en la mujer, forzosamente ha de resentirse.

Y entre ellas son legión las anémicas, las tuberculosas.

En tanto, el número de aparatos aumenta y se recarga aún más la labor de cada una de ellas.

Es inhumano que cada telefonista atienda de 80 a 85 aparatos. Toda la atención, todo el esfuerzo de una telefonista, ha de reconcentrarse en el cerebro. Podemos imaginarnos cuán triste es la situación de ellas al terminar la jornada de trabajo.

Y por toda esta labor extenuante, perciben irrisorios salarios.

No me fué posible obtener las cifras de los dividendos de cada accionista de las dos compañías telefónicas de la capital federal, para que así el contraste fuera más evidente.

IV

VENDEDORAS

Quien las observa detrás del mostrador, ataviadas con el clásico traje negro—librea que las distingue,—con sus complicados peinados que hacen semejar esas cabecitas a torres de confituras o a pequeñas obras de arte, creería que ellas son, en realidad, las obreras que están en mejores condiciones.

Es que el lujo y la vanidad de las mismas las hace maniqués que maneja el jefe de la sección correspondiente; y no hay cuidado de que una queja brote de sus labios cuando se las maltrata.

¿Qué piensan en realidad esas cabecitas primorosamente cubiertas de bucles? Unica preocupación, vano empeño, es hacerse la ilusión de que no son obreras.

¿Pero qué son, sino, en realidad, obreras? Pueden llamarse, ya que distinguirse quieren, empleadas, si están sometidas también a trabajos manuales? Comienzan a la mañana, al reanudar su labor interrumpida el anterior día, por sacudir, arreglar y bajar mercaderías de los estantes; otras se ocupan en marcar y otras en subir y bajar el repuesto de mercaderías.

desde el último piso, sin que puedan hacer uso del ascensor.

Es realmente triste observar que delicados cuerpecitos tengan que bajar y subir con excesivos pesos de mercaderías, pues tampoco a este respecto su observa la ley 5291.

Y no hay cuidado de que exista un ascensor para el uso de empleados.

Presurosas y jadeantes han de bajar y subir las escaleras, azuzadas por los inspectores diseminados en los diversos pisos, y cuando por exceso de cansancio se retarda alguna de ellas en el camino, ahí está el jefe de la sección para amonestarla con palabras más o menos groseras, pues en las grandes tiendas se pierde toda noción de bien hablar y de galantería.

Hasta hace poco era más triste aún la condición de la vendedora: estaba obligada a mantenerse en pie durante 9 o 10 horas de trabajo.

Están las vendedoras sometidas a las brutalidades y a las prepotencias de gerentes, inspectores, jefes, subjefes y primeras vendedoras, pues el mayor afán de todos es poder mandar... distinguiéndose en groserías.

En todas las casas se infringe la ley 5291, que reglamenta el trabajo de las mujeres y de los niños. Faltan los cuartos de vestir, y sólo

tres minutos antes de la salida se les entrega los sombreros, cuando la ley determina «un cuarto de hora antes de la salida para el arreglo de las obreras».

Hay aún una tarea más terrible: los sábados se sacude las mercaderías que han permanecido en exposición durante la semana. Se elige para este trabajo las más nuevas entre las últimas de cada sección (es decir, las que tienen menor estada), y allá en el más alto piso, entre nubes densas de polvo que se levanta en el aire, las mujeres, a pesar de la ley 5291, aspiran cúmulos de microbios.

Cuando hay que marcar mercaderías, se espera las horas en que está cerrada la casa, o de lo contrario, a despecho de la ley del descanso dominical, los domingos.

Innumerables veces han terminado esta labor a las 12 p. m. o a la 1 a. m.

Un inspector «ad honorem», sorprendió en plena labor a las vendedoras de una de las grandes tiendas que, infringiendo la ley del descanso dominical, se ocupaban en marcar mercaderías. La policía comprobó la denuncia. La casa fué multada, pero las vendedoras siguen trabajando algunos días domingo.

Es lógico que en las casas donde haya numerosos obreros empleados, exista un botiquín

para poder prestar los primeros auxilios en casos de accidentes. A excepción de una de las grandes tiendas, las demás no tienen botiquín.

No ha mucho, en una de ellas, le dió a una vendedora un ataque de epilepsia. En un patio, tendida en el suelo ante la curiosa mirada de empleados y los cuidados inútiles de sus compañeras, estuvo casi media hora! Fué llamada la Asistencia Pública, ante la insistencia de las vendedoras, y al ser transportada a la ambulancia, así, como si se tratara de un objeto cualquiera, la bajaron por el montacarga.

Estas y muchas otras injusticias, que no se detallan por no hacer más extenso este informe, se comete con las vendedoras. Pocas, muy pocas, son las que tienen la valentía de pensar y exigir que se las respete.

Están obligadas también a deshacer y a hacer escaparates.

Luego, las vendedoras de la sección confección se encargan en subir y bajar por las escaleras los pesados maniqués. En una de las grandes tiendas, dos vendedoras bajaban uno de estos maniqués; por el exceso de peso que llevaban, cayeron en mal modo, lastimándose ellas y haciéndose pedazos el maniquí. La casa

les descontó de su pobre sueldo 30 pesos mensuales. hasta tanto completaron la suma de 300 pesos, valor adjudicado al maniquí!

De noche están obligadas a poner las enormes cortinas y a pasar las cadenas a los mostradores y estantes. Si el arreglo de mercaderías no ha terminado aún a las 9 horas de labor estipuladas, es necesario arreglarlas a puertas cerradas. En cambio, los gerentes y jefes ponen buen cuidado en marcharse a hora temprana.

Todo este ambiente malo en que pasan la mayor parte del día contribuye a desmoralizarlas.

Es realmente horrible oír las conversaciones que sostienen entre ellas. Puede decirse que al ingresar una niña a uno de estos establecimientos, llega a una escuela que degrada y corrompe. Muchas de ellas buscan un suplemento al miserable sueldo en el vicio. Es doloroso, pero es realidad.

Jamás les ha de preocupar la lectura—fuera de los novelones de Invernizio o Braemé—o algo que contribuya a su elevación moral.

¿No vemos con dolor todos los domingos la numerosa procesión de obreras (gran contingente de vendedoras) que se dirigen a las «matinés» dadas por las llamadas «sociedades re-

creativas», que no resultan ser sino antesalas de vicio y corrupción?

¿No es éste el concepto de una moral mal entendida?

Se prohíbe a las mujeres concurrir a una reunión de dignificación, so pretexto de que hay hombres, y se les permite en cambio ir a esas «matinés» frecuentadas por malos individuos.

Es necesario que todos contribuyamos a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de estas mujeres.

Es necesario enseñarlas a ser fuertes en sus derechos y dignas obreras.

No es posible esperar que sean mejores de lo que son, moviéndose en un ambiente de miseria moral y física.

Contribuyamos a mejorar ese ambiente, seguros de que ellas serán luego buenas y conscientes obreras.

V.

RESOLUCIONES DE CONGRESOS EN FAVOR DE LAS MUJERES OBRERAS

(Congreso femenino internacional reunido en Buenos Aires, en celebración del centenario de la libertad argentina, los días 18, 19, 20,

21 y 23 de mayo de 1910, a iniciativa de la Asociación «Universitarias Argentinas»).

El congreso femenino internacional hace votos por que se reglamente el trabajo de las obreras en general y el de los niños, en esta forma: 8 horas de trabajo para adultos y 6 para niños hasta la edad de 16 años, con descanso continuo de 36 horas.

El congreso femenino internacional aboga porque se dé asiento (ley de silla) a las vendedoras de tiendas y empleadas de talleres y fábricas.

El congreso femenino internacional aboga porque se conceda a la mujer empleada y obrera 30 y 40 días de descanso antes y después del parto, con el goce de sueldo completo, como medio de proteger la maternidad.

El X congreso nacional del Partido Socialista, celebrado en Buenos Aires en enero de 1912, vota por unanimidad la siguiente moción de la que escribe: (1).

(1) "Se pasa a tratar la proposición núm. 13 del Centro Socialista Obrero, referente a la organización gremial y política de las mujeres obreras, que transcribimos.

El miembro del Comité Ejecutivo, doctor Nicolás Repetto, manifiesta que es esta una de las proposiciones más importantes presentadas al Congreso, y es lamentable, dice, de que se haya perdido el tiempo en tonterías sin utilidad y se deje para las dos de la mañana cosas de tan alto interés. Hace moción, por eso, para que la proposición sea aprobada por aclamación y pasada al nuevo Comité Ejecutivo para que le dedique atención preferente. Y propone, también, un voto de aplauso para el Centro Socialista Obrero que ha presentado la moción.

Comprobando que las necesidades siempre crecientes de la vida de familia han arrancado de su verdadero centro—la familia misma—a la mujer, haciendo de ella un importante factor de la producción y de la riqueza;

Que la participación siempre en aumento de la mano de obra femenina en todos los campos de la actividad industrial; y

Que la competencia hecha por el bajo salario femenino es la principal causa de la depresión de los salarios masculinos;

Que sin la participación activa en el movimiento de elevación de la clase obrera de este factor importante de la producción industrial, las mujeres trabajadoras, la acción del proletariado masculino se torna más difícil y es paralizada por la desorganización de las obreras, el Partido Socialista reconoce como deber principal:

1.º Organizar a las mujeres trabajadoras en «sindicatos mixtos» en las industrias que em-

El delegado del Centro Socialista Obrero se expresa en igual orden de ideas, agregando que la verdadera organización de grupos femeninos se hace no con las declaraciones líricas de las feministas agrupadas en círculo de clase, ni con las manifestaciones bullangueras de las sufragistas, sino con el criterio práctico y el espíritu de clase de la mujer proletaria. Manifiesta que la proposición fué presentada por la señorita Carolina Muzilli, y expresa que recoge el voto de aplauso en nombre de la agrupación que representa.

“La Vanguardia”, 17 de Enero de 1912.
Crónica del X Congreso socialista”.

pleen obreros de ambos sexos y en «sindicatos femeninos» donde sólo haya empleadas;

2.º Promover una encuesta sobre el trabajo a domicilio y reglamentar las condiciones del mismo;

3.º Establecer la jornada máxima de 8 horas;

4.º Fijar un salario mínimo legal.

Además, iniciará una agitación por medio de conferencias y folletos, dedicados a la mujer obreras, ilustrándola e instándola a ejercer sus deberes y derechos, contraídos al dar sus energías, su vida, el porvenir de la raza, en beneficio del trabajo y de la industria.

VI

LA OBRERA MADRE

Mi predilección por esta clase de estudios me permite ver, tal como si fuera en una interminable danza lúgubre, las miserias a que están sometidas las personas del medio obrero. Y claro está que quienes pagan mayor tributo a esta miseria son las mujeres y los niños, doblemente esclavos: esclava aquélla de la tiranía del capital y de la prepotencia del varón; esclavos los niños también del capital y

propiedad absoluta de los adultos, a cualquier clase social éstos pertenezcan.

¿Cómo no explicarnos, pues, la deformación del organismo de las mujeres obreras, sometidas a un régimen de vida poco menos que imposible, agotadas por una jornada excesiva de trabajo, mal alimentadas, viviendo en habitaciones cuya capacidad obliga a la más espantosa promiscuidad imaginable?

¿Cómo no explicarnos el estallido de todas las predisposiciones morbosas, que luego han de constituir el único legado que ella haga a sus hijos, si todo, medio ambiente y régimen, han contribuido a aumentar el caudal de ese legado?

¿Es tal la herencia que soñáramos para los hijos de esta tierra?

Y en verdad que constituye éste el «más grave problema nacional», por cuanto la grandeza de un país se cimenta en el mayor grado de bienestar moral y material de sus hijos.

Las necesidades siempre crecientes de la vida de familia, han arrebatado a la mujer de su verdadero medio y la han llevado (conjuntamente con otros factores poderosos) en procura de un salario que ayude a subvenir a las necesidades de la familia misma.

Desde la más temprana edad la fábrica y el

taller la hacen presa y ni aún por la más excelsa de sus funciones ella puede sustraerse al ambiente mefítico industrial. Ni aún en la época en que debe ser atendida por los más solícitos cuidados, gracias a su conformación biológica especial, le es concedido el reposo.

El trabajo de la mujer constituye un factor especialísimo—repito—de riqueza nacional. Por consiguiente, el Estado está obligado a velar por aquéllas que pagan al país un doble tributo: riqueza e hijos.

En mi visita a esas lamentables «casas» que alguien calificara, con justicia, de lacra nacional, y que comúnmente denominamos conventillos, cuántas escenas de dolor he presenciado!

Mujeres que sólo hacía dos días habían dado a luz un sér, las encontré lavando en las bateas o moviendo el pedal de la máquina. Mujeres en el estado más álgido de gravidez, faltándoles pocos días, u horas, acaso, para dar a luz, efectuando los más pesados trabajos!

La industria a domicilio da un 80 % de mujeres anémicas y un 50 % de mujeres artríticas y reumáticas.

Están en condiciones estas mujeres para ejercer su más alta función: la maternidad?

Una consecuencia lógica de esto es lo ocu-

rrido en un llamamiento a la conscripción y que la prensa en general—exceptuando uno o dos diarios—por un mal entendido patriotismo, ha callado. Pocos dieron la voz de alarma y el cuerpo médico, en su mayoría, también ha callado.

Me refiero a la cantidad alarmante de jóvenes conscriptos rechazados por inútiles, inhabilitados, por consiguiente, para el servicio militar.

Conste que me refiero no a los de las clases privilegiadas que se exceptúan siempre «por inútiles», sino a los conscriptos de la clase trabajadora, al contingente que da a la nación el mayor número de soldados.

Estos jóvenes fueron rechazados porque no llenaban los requisitos de capacidad física que la ley militar marca como *mínimum*.

¿No deriva esta invalidez física de un cúmulo de circunstancias malas que comienzan durante la gestación del individuo, continúan con el nacimiento y lo acompañan durante su desarrollo?

La mala alimentación, el exceso de trabajo, la falta de comodidades y de higiene en la vivienda, conducen fatalmente a la degeneración de la raza.

Para tener hijos sanos y fuertes es menes-

ter que las madres estén en buenas condiciones de salud. Nunca con más justicia la célebre frase de nuestro grande Alberdi: «Gobernar es poblar», podría aplicarse.

Si en nuestro país existieran estadísticas sobre las condiciones en que se hallan las personas del medio obrero, es decir, su clasificación según el trabajo a que se dedican, atendiendo a la alimentación, a la vivienda, al método de vida en general, habríamos de llegar—estoy segura—a conclusiones bastante tristes.

No es posible obtener un porcentaje elevado de hombres sanos de cuerpo y espíritu si el molde en que se fundieron es inferior. Obtendremos un promedio de superioridad en este sentido cuando hayan mejorado las condiciones de vida y de trabajo de esa infinidad de mujeres cuya contribución a la patria es doble.

Recordemos que mientras las mujeres de las clases altas dan un término medio de, poco más o menos, un hijo cada una—que la mayor parte de las veces no crían—las obreras dan un término medio de cinco hijos cada una.

Para colocar a estas obreras en buenas condiciones para la maternidad, es necesario tomar una serie de medidas tendientes a mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

Ante todo, con el objeto de evitar el «surmenage», que tanto mal hace a la estirpe, se impone establecer la jornada máxima de ocho horas y reglamentar el trabajo a domicilio.

Debe prohibirse terminantemente el trabajo de las mujeres en las industrias en que peligre la maternidad, obligándoselas a un descanso completo de 30 días antes y 40 días después del parto. Distinguidos obstétricos confirman la necesidad imperiosa de una seria reglamentación.

VII

LAS SALAS-CUNAS ANEXAS A FÁBRICAS Y TALLERES

Hablemos ahora brevemente de las salas-cunas, porque ¿cómo no dedicar nuestra atención a aquellos niños a quienes el taller y la fábrica quita bruscamente lo que la naturaleza les da?

La madre obrera forzosamente ha de dejar a su hijo lactante al cuidado de otras personas; de ahí que siendo en la infancia la de la alimentación la principal función fisiológica y no pudiendo amamantarse con lo que «es insustituible: la leche de la madre», los niños obreros, la estadística arroje un porcentaje alarmante de fallecimientos infantiles, porcentaje

cuya curva se eleva a medida que se eleva el índice del trabajo femenino en fábricas y talleres.

Si hoy no podemos devolver a la mujer a su hogar, por lo menos cuando se debe a él—porque el industrialismo la absorbe prefiriéndola a los operarios por sus buenas y sus malas condiciones—¿por qué no reparar en lo posible este trabajo?

¿Por qué no instalar las salas-cunas, donde la madre obrera pueda dejar a su hijo y vaya a amamantarlo cada dos horas?

Un diputado, al presentar su proyecto de ley en 1905 sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, incluyó el establecimiento de las salas-cunas. Pero ya vemos qué suerte le cupo entonces...

Hay antecedentes honrosos pidiendo el establecimiento de las salas-cunas.

¿Quién no recuerda cuánto trabajó al respecto Gabriela L. de Coni?

¿Quién no recuerda—porque los diarios se han hecho eco de ello—de la petición de casi mil obreras a dos diputados populares?

Estas obreras regalaron a dichos diputados un álbum, lleno de firmas, en el que, entre otras peticiones, se consignaba el establecimiento

to de las salas-cunas anexas a las fábricas y a los talleres.

La talentosa profesora Raquel Camaña, que tan alto mantuviera el prestigio argentino en congresos científicos europeos, en su conferencia sobre «Educación sexual» se pronunció de acuerdo con las salas-cunas.

No es menester detenernos mayormente en este asunto por cuanto está en el ánimo de todos que, siendo inferiores las condiciones en que desarrollan su labor las mujeres obreras, cuanto se haga por mejorar su suerte no será más que un acto de justicia.

Elevemos a la mujer obrera, empleada, maestra, en nombre de lo más santo: la maternidad.

VIII

MEJORAS QUE SE DESEA OBTENER

Jornada máxima: 8 horas.

Reglamentación del trabajo a domicilio.

Salario mínimo.

Legislar en favor de las mujeres embarazadas en esta forma: las mujeres empleadas y obreras quedan obligadas a un descanso completo de 30 días antes y 40 días después del parto, durante los cuales tendrán derecho a recibir su jornal diario.

Necesidad de que, dadas las condiciones fisiológicas de la mujer, se conceda a las obreras tres días de inasistencia al trabajo por mes, con goce de sueldo, sin obligación de justificar la inasistencia.

Higienización de fábricas y talleres.

Obligación de que se establezca botiquines en las fábricas, talleres y oficinas.

Creación de nuevas escuelas profesionales.

Fomento de las asociaciones femeninas a base múltiple.

Fomento en las obreras de la instrucción: cursos de puericultura, higiene, profilaxis de las enfermedades, etc.

Necesidad de combatir las llamadas «matinés», bailes dados los domingos de tarde por individuos de malos antecedentes y a los cuales concurre gran número de obreras. Sería conveniente oponer a estos bailes, antesala de vicio y corrupción, reuniones como las ideadas por el autor de «Louise», Charpentier: pequeños conciertos en diversos puntos de la ciudad, absolutamente gratuitos, intercalando en los intervalos conferencias sobre distintos tópicos de sano recreo mental.

La infancia abandonada

Visitando escuelas y asilos, no había encontrado yo ninguno que me satisficiera. Deseaba encontrar algo así como los reformatorios italianos, y por fin he hallado una institución digna, aunque particular, pues debiera ser del Estado.

Es una institución cuyos métodos de enseñanza y regeneración merecen ser calificados de racionales. Esta casa ha dado en la práctica admirables resultados. Delincuentes algunos, los hay completamente regenerados mediante lo que hace buenos a los hombres: la solidaridad y el cariño. Esto no es asilo ni es cárcel. Los niños hacen vida de hogar y han incorporado a su vocabulario, espurgado de las bajezas de la jerga, la palabra más dulce que hay en el idioma: madre.

Ellos necesitan, como todos los niños, una madre buena y dulce, como son todas las madres. Ellos necesitan afectos en lugar de los empe-

llones del guardián desalmado. Y afectos han encontrado en la «Casa del Niño».

En primer lugar, los chicos de esta casa no están uniformados con la librea característica que degrada y humilla a los asilados. Visten como en las casas de familia. Los comprendidos en edad escolar salen para ir a las escuelas del Estado. Los mayores van a las oficinas, donde trabajan, y frecuentan las escuelas nocturnas.

¿No podría crearse análogas «Casas del Niño» para alojar a los pobres chicos que están en el depósito de contraventores, donde, lejos de regenerarse, se tornan más hábiles en las artes infames del delito? En realidad no hay motivo para tenerlos presos en ese depósito; toda su culpa estriba en ser huérfanos y abandonados.

En cierta ocasión visité el citado «reformatorio» del Estado, que se ubica en la calle Azcuénaga. Imposible es describir la forma en que se hallaban las inocentes criaturas: en promiscuidad espantosa, semidesnudas, enfermas... El viento entraba por todas partes en el desmantelado pabellón. Los chicos yacían en la desnuda y húmeda piedra del pavimento.

Acostumbrada a ver cuadros de dolor y mi-

seria, confieso que jamás había visto algo semejante.

Allí estaba un pequeñito español a quien se le encarcelara por haber perdido a su padre al desembarcar. ¡El Estado, pues, lejos de ser el protector y regenerador de la infancia abandonada, se erige virtualmente en su corruptor!

Luego supe que, debido a las encomiables gestiones del Comité Ejecutivo del Congreso del Niño, el ministro de justicia mandó alojar a los niños en lugares más decentes. Pero lo que urge no son paliativos, sino eficaces reformas de índole económica y educacional. La civilización hemos de realizarla mejorando la vida del pueblo y creando muchas escuelas.

Es en verdad grande la cantidad de niños que no reciben instrucción en la capital por falta de escuelas. ¡Qué decir, entonces, de las provincias?

He visto muchos niños en las calles, niños que el conventillo arroja a las aceras, maestras acabadas de delito y degeneración, niños pequeños, mustios ya, con el alma prematuramente envejecida por los padecimientos. Y es entonces cuando ha aparecido ante mí más grande y generoso el deseo gigantesco de Sar-

miento: hacer de toda la República una Escuela.

Yo rogaría a tantos cómodos funcionarios como hay, que abandonaran por un momento siquiera el atildado gabinete de trabajo para descender al campo experimental y comprobar en su fuente misma el mal que mina el organismo y el alma de nuestra infancia.

¿Y qué decir de las deficiencias de nuestra escuela? ¿No es, acaso, una ficción la llamada instrucción gratuita? ¿Se provee, acaso, de libros y útiles a los escolares que los solicitan?

El defecto originario estriba en que se quiere hacer de los alumnos pequeñas enciclopedias vivientes, para lo cual se necesita muchos libros, que han de comprar los padres. Y si en una familia más o menos acomodada se experimenta la molestia de esos gastos, ¿qué decir de los graves trastornos que sufre por ellos el pobre presupuesto de la familia obrera? Como muy bien lo observara en cierta ocasión el médico Delio Aguilar, se recarga la mente de los alumnos con estudios prematuros, verbi-gracia, conocer el nombre de cada hueso humano, pero no se les enseña lo indispensable a la salud general del individuo.

Sebastián Faure ha dicho: «El niño de hoy es el adolescente, el joven de mañana; será

a su vez el hombre que formará un hogar y tendrá hijos a su vez. No olvidemos que en la escuela su cerebro se puebla de imágenes, de dolores, de recuerdos, de impresiones, de ideas de las cuales surgirá toda su vida pensante; no olvidemos que la escuela es la preparación para la vida y que cuando el niño se haya vuelto adulto y entre en la gran circulación social, llevará a ella los sentimientos, las prácticas, los métodos con los cuales se habrá familiarizado en la escuela. No olvidemos que el que tiene la infancia tiene la humanidad entera».

Sabias y hondas palabras las de Faure que debieran grabarse en las salas oficiales del Gobierno, para que a los mandatarios argentinos jamás se les olvidara el contingente delicado en el cual reside la fuerza del futuro: la niñez:

La solidaridad social

“En el mes de febrero de 1915, en el país de la riqueza, de extensas e incultivadas tierras, de millones de cabezas de ganados, de millones de hectolitros de trigo, una pobre mujer enloqueció de pena al serle imposible alimentar a sus seis niños”.

Profundamente conmovida por la suerte que cupo a un hogar proletario donde la madre enloqueció por la miseria, dejando aún más abandonados a sus pobres seis niños, que han de constituir una protesta viviente contra el régimen actual de la sociedad, que permite—o más bien necesita—que se inmolen vidas en holocausto del dios capital, escribo estas líneas para demostrar la piedad de que están poseídas las damas de linaje que ostentan un «limpio abolengo» pasado por el tamiz de los convencionalismos sociales para brillo de sus poseedoras.

Lejos estoy de inculpar a ellas, pura y exclusivamente, como autoras de tales anomalías.

Estos son los resultados del actual desequilibrado régimen, que ha menester de sacrificios proletarios para su desenvolvimiento; pero es necesario protestar una vez más de la caridad acaparada por las damas linajudas que, como pasatiempo y deporte, la practican, humillando más aún a aquellos que la desgracia ha llevado bajo su dominio.

He tenido oportunidad, en estos últimos tiempos, de conocer un poco más a fondo a la Sociedad de Beneficencia, que se mantiene en gran parte con dineros del Estado y que necesita del visto bueno de la Iglesia para practicar esa caridad de que tanto alardean sus componentes. En cierta ocasión vi a las puertas de la Sociedad de Beneficencia, en la calle Reconquista, una aglomeración de personas que rodeaban a una pobre mujer de color, roída por los terribles dolores de un cáncer. Esa mujer necesitaba de inmediato ser hospitalizada. No había en los hospitales municipales camas disponibles, y se la envió a munirse del certificado a la Sociedad de Beneficencia para internarla en el Hospital Rivadavia. Pero, la pobre mujer llevaba en sí un gran pecado, un escándalo social, no estaba reconciliada, en lo que se refiere al matrimonio, ni con el Estado, ni con la Iglesia...

Y a esa pobre mujer, que se retorció en los atroces dolores de un cáncer, se le exigía la libreta del registro civil y el visto bueno de la Iglesia!

Y cuando la señora secretaria salía de las oficinas y se arrellanaba en su lujoso auto, cansada de la labor del día, para dirigirse, tal vez, a recibir el homenaje debido a las poseedoras de tantas virtudes, la pobre enferma se retiraba acompañada de unos buenos señores que la llevaron a la Asistencia Pública, y una mujer de los «bajos fondos sociales»—a pesar del lujo que la equiparaba a la gran dama,—a la manera de la heroína de Zola, acompañó su dádiva, su ayuda, con un apóstrofe bastante fuerte dirigido a aquellas que poseen «tesoros de ternura y de bondad».

En el Hospital de Niños, en una reunión donde forzosamente tuve que intervenir, he oído los conceptos asaz triviales de la señora de un «gran estadista argentino»—el pueblo sabe hasta donde llega su grandeza—sobre la caridad.

Conversaba yo con uno de los médicos internos del establecimiento sobre los institutos de protección a la primera infancia, y daba mi opinión de que el arcaico concepto de la caridad es suplantado, poco a poco, por la

solidaridad, cuando bruscamente y de mal modo, la mujer de referencia replicó de que «nunca sucedería eso, puesto que no puede haber solidaridad entre la aristocracia y la chusma».

Le contesté en forma merecida, recordándole que, en efecto, no puede haber ningún vínculo de solidaridad entre la clase social a que ella pertenece y la clase social que fomentaba su riqueza, y que su pensamiento estaba corroborado por la acción de su esposo, el estadista de marras, que muchas veces atentó contra el bienestar del pueblo.

Así, día a día, podemos presenciar nuevos casos que corroboran los efectos de la caridad, a la que contribuimos todos con nuestro dinero.

Es necesario que el pueblo estreche filas, que se dé cuenta de que nada debe esperar de aquellos que viven de su miseria, y que tienen para pasatiempo y solaz de sus caritativas esposas, perros y gatos de raza, para los que está reservada una vida que envidiarían los niños que pululan por nuestras calles, sin pan y sin hogar.

¡Qué diferencia va de la bondad del pueblo, al cálculo de la gente de la aristocracia, que no da siquiera parte de lo que despoja, sino a base de egoísmo y de humillaciones!

El menor obrero (1)

I

CONSIDERACIONES GENERALES

En la infancia, cuando mi inexperiencia hacía que todo lo viera fácil y allanable, al contemplar a los pequeños que soñolientos y abatidos, reflejando la amargura en el semblante, mal cubiertos por harapos, llevando las huellas de la miseria, se dirigían a los talleres, o regresaban a sus casas sin la alegría característica de la niñez, creí que con un poco de protección terminaría tanto dolor.

La ley protectora, después de muchos esfuerzos, fué sancionada, pero los niños siguen trabajando, poco menos que en las mismas condiciones.

La ley no tiene carácter general, vale decir, no rige para toda la República, sino para la capital federal y territorios nacionales.

(1) Trabajo presentado a la sección Derecho del 1er. Congreso Nacional del Niño, y aprobado por unanimidad.

Veamos ahora, para volver a hablar luego de la ley que los protege, qué participación tienen los menores en la industria, en qué forma trabajan y cuáles son los trastornos que ocasionan a sus organismos, la jornada excesiva de trabajo y las malas condiciones en que éste se desarrolla.

El adelanto de la técnica y el fácil manejo de las máquinas, que requieren un menor empleo de fuerza muscular, hacen que las mujeres y los niños vayan desalojando a los hombres de las fábricas y de los talleres.

Este menor despliegue de fuerza muscular, que sólo se traduce hoy en beneficios para el capital, hace que se establezca una competencia ruinosa en los salarios, puesto que a las mujeres y a los niños, con un rendimiento de producción mayor en su jornada de labor, se les paga un salario en mucho inferior al de los hombres.

La desorganización completa del trabajo de las mujeres y de los niños produce en el mercado del trabajo la depreciación de los salarios masculinos. Necesitando el capital de brazos que adquiere como mercancía y siendo aquéllos como ésta cotizables, se busca los ofrecidos en mejores condiciones para la industria, es

decir, a más bajo precio, y se emplea a las mujeres y a los niños.

El menor se halla obligado a trabajar porque las necesidades de la familia han menester de la ayuda de todos sus miembros. La máquina ha hecho que él se incorporara al ejército de asalariados, colocándolo en las mismas condiciones de labor y de horario de los hombres, con el agravante de que para su capacidad física, tan distinta a la del hombre adulto, esto acarrea graves perjuicios a la salud.

«La máquina acrecienta el poder económico del capital sobre los operarios entregándoles los miembros más indefensos del proletariado: las mujeres y los niños, que no sólo son incapaces de toda resistencia sino que, al entrar en el mercado del trabajo, contribuyen a reprimir toda tentativa de resistencia por parte de los obreros adultos». (Kautsky).

El menor, desde que la mecánica empezó a aplicarse a la industria (y aún mucho antes) ha sido empleado en los más distintos trabajos, desde el más sencillo y rutinario hasta el más complicado y peligroso.

Vemos que en 1839, en Inglaterra, para citar a una sola nación, de los 419.560 operarios, sólo 96.562 eran hombres de más de 18 años;

los obreros menores de 18 años alcanzaban a 192.887.

Los obreros adultos no llegaban, con respecto a los menores, a un término medio de un 25 por ciento, con el caso agravante de que la mayor parte de los obreros adultos pertenecían al sexo femenino en número de 242.296!

Y dice Kautsky que era tal el cariño de los industriales hacia los pequeños, que los sacaban de las casas de expósitos para emplearlos en sus fábricas!

Aquiles Loria, al hablar de las terribles consecuencias que, en una sociedad de desiguales, reporta la libertad económica—válvula del capitalismo—nos narra que en holocausto a ella y «con el fin de obtener obreros dóciles y poco retribuídos, el ardor diabólico de los capitalistas dedicóse al reclutamiento de niños». Entonces era corriente ver trabajar a niños de seis y siete años.

Cómo habrían de asombrarse ellos, si visitando a cualquiera de las fábricas de vidrios y botellas en Avellaneda, encontrasen a operarios, más o menos de la misma edad, trabajando a altas temperaturas y soplando la masa informe para terminar las botellas!

Mi imaginación, al contemplar a aquellos pequeños—cuyo patrón tuvo la deferencia de

hacerme ver la labor torquemadesca a que los somete—se dirige a los otros niños empleados, en otras partes de la tierra, en faenas igualmente terribles, que pesan sobre ellos como graves condenas.

Recuerdo a los «carusi», a los desgraciados niños de Sicilia, que trabajaban en los azufrales; recuerdo a los pequeños mineros semidesnudos arrastrando las vagonetas en las negras entrañas de la tierra.

Recuerdo a los menores empleados en los verbales paraguayos y argentinos, y todos parecen llevar un sello de amargura infinita.

¡Pobres niños para quienes no existen los inocentes juegos propios de la infancia; predestinados a perpetuar la degeneración de la raza!

Las estadísticas militares—no me refiero a nuestro país porque aquí no las hay—nos demuestran los graves trastornos físicos ocasionados por el abuso de trabajo durante la infancia.

Dice Mosso que en Caltanissetta (Sicilia) en los años 1881 a 1883, de 3.672 obreros que trabajaban en los azufrales desde muy temprana edad y que se presentaron al servicio militar, sólo 203 fueron considerados como aptos.

Vuelvo a llamar la atención referente a lo

que dije en mi anterior capítulo y que tan íntimamente está ligado a esta cuestión: en una de nuestras conscripciones fué rechazada una cantidad alarmante de jóvenes porque no llenaban los requisitos indispensables de capacidad física.

Son las estadísticas llevadas a cabo por los fisiólogos, por los médicos militares y los estudiosos en general, las que nos demuestran que el trabajo de los menores, excesivo y en malas condiciones, constituye un factor especial de degeneración de la raza.

Según se deduce de la obra del doctor Li-vi (Alfredo Nicéforo, «Forza e Ricchezza») referente a la talla, la estatura de los estudiantes que pertenecen a las clases acomodadas es muy superior a la estatura de los obreros de las clases pobres. Y esta inferioridad física se acentúa en aquellos que desde pequeños han sido sometidos a trabajos en locales cerrados.

Una estadística del profesor Oloriz, de la Universidad de Madrid, así lo demuestra, haciendo observar la talla algo superior de los que han trabajado desde niños al aire libre, de aquellos que han trabajado en locales cerrados: Estatura media en las profesiones li-

berales 163,0

Estatura media de los estudiantes ...	164,0
Estatura media en las otras profesio- nes	161,1
Estatura media de los obreros que tra- bajan desde pequeños al aire libre. ...	160,0
Estatura media de los obreros que tra- bajan desde pequeños en locales ce- rrados	158,8

Dan la estatura más baja aquellos gremios en que los obreros desde pequeños permanecen sentados: zapateros, sastres, sombrereros.

La talla de los sombrereros, según la misma estadística, es de 1,59 y la de los zapateros es de 1,589.

II

PESO, CAPACIDAD, TALLA, ETC., DEL NIÑO OBRERO COMPARADA CON LA DE LOS OTROS NIÑOS DE LAS CLASES ACOMODADAS

Como carecemos en nuestro país de estadísticas y estudios apropiados, es necesario acudir a la documentación de otros países. Voy, pues, a referirme a las estadísticas de Nicéforo, que ha hecho en el estudio de las clases pobres grandes observaciones.

Los datos del sabio italiano son aplicables a todos los países

Como en el nuestro y en especial en la Capital Federal, es considerable la cantidad de menores que trabajan en malas condiciones, a pesar de la ley, es bueno que las cifras y los datos de otros países nos recuerden nuestro deber de preocuparnos por los menores que trabajan y que tan dolorosamente contribuyen a la riqueza nacional.

En los datos de Nicéforo se toma en cuenta también las herencias, la exigua alimentación, mala vivienda, etc., datos todos aplicables al niño obrero de nuestro país.

ESTATURA

Edad	NIÑOS		NIÑAS	
	Acomodados	Pobres	Acomodadas	Pobres
7	120'0	116'1	—	—
8	126'2	122'6	123'3	119'5
9	129'9	123'6	128'6	124'8
10	134'2	128'9	135'2	129'7
11	125'2	134'2	137'4	134'1
12	140'5	138'8	142'9	140'1
13	144'4	140'5	148'2	146'5
14	151'1	146'2	152'6	146'4

PESO

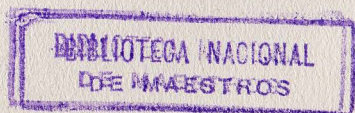
Edad	NIÑOS		NIÑAS	
	Acomodados	Pobres	Acomodadas	Pobres
7	23'0	21'0	—	—
8	24'2	23'0	24'0	22'5
9	26'5	24'7	26'1	24'1
10	28'5	26'9	28'7	22'3
11	29'6	29'4	30'8	29'1
12	32'3	32'3	35'8	33'6
13	35'3	33'5	38'1	37'5
14	40'3	37'8	44'9	41'7

Estos datos concuerdan con los anteriores, en proclamar una notable diferencia en favor de los niños de las clases acomodadas y que no trabajan.

Examinemos ahora la circunferencia torácica de los mismos niños.

CAPACIDAD TORÁXICA

Edad	NIÑOS	
	Acomodados	Pobres
7	56'4	55'4
8	57'1	57'0
9	58'7	58'1
10	60'4	59'6
11	60'9	62'9
12	64'6	63'6
13	65'7	64'5
14	69'6	66'6



Podría continuar con la dilatación torácica, fuerza, circunferencia de la cabeza, altura de la frente, que concuerdan con los datos anteriores en poner de manifiesto la inferioridad física del niño obrero.

III

MORTALIDAD DE MENORES POR EXCESO DE TRABAJO

Desgraciadamente, la estadística que se refiere a la mortalidad de menores por exceso de trabajo, también nos falta. Y sin embargo, nada hay de mayor interés que el conocer el estado de nuestros niños.

En las poblaciones industriales de los países que tienen estadísticas al respecto, se observa que la mortalidad de los niños que trabajan es superior a la de los niños de las clases acomodadas.

Vemos, entonces, que por las causas señaladas, la mortalidad infantil está mucho más desarrollada en los barrios obreros de Boca, Barracas y San Cristóbal que en los barrios aristocráticos del norte.

Los cuadros demográficos de nuestra ciudad nos dan un porcentaje elevado de mortalidad infantil.

¿Y qué decir de lo que ocurre en el interior de la República, donde el trabajo de los menores se desarrolla sin contralor de ninguna especie?

En otro lugar se expresa lo que dice el doctor Biolet Massé en el informe presentado al ministro González, sobre el estado de las clases obreras en el interior, refiriéndose al trabajo de los menores en Tucumán.

IV

EXCESO DE TRABAJO, «SURMENAGE», HORAS DE LABOR

Desde que científicamente se ha abordado el estudio sistemático del trabajo, considerándolo como función social, ni un solo momento cabe dudar de la bondad de la limitación de la jornada de trabajo para evitar el «surmenage». Comprobado que una jornada de trabajo, excesiva, agota las fuerzas del obrero en detrimento de su salud y, por consiguiente, de la producción, los trabajadores han reclamado constantemente las 8 horas de trabajo con dos de descanso al mediodía.

Muchos estados previsores y más adelantados que el nuestro, han incorporado a sus leyes la que establece la jornada de 8 horas.

Si reclamamos las 8 horas para el obrero

adulto, es menester exigir para los menores una jornada racional de trabajo.

Los menores que trabajan en los establecimientos de la capital y a los que la ley obliga a trabajar 8 horas, con las dos de descanso al mediodía, están también colocados en una situación desventajosa, puesto que se les acuerdan las horas de trabajo en relación con las necesidades de los adultos.

¿Cómo es posible pretender que 8 horas de trabajo no hayan de influir en el organismo de los niños que necesitan aire libre, luz y juegos?

Para el niño que tiene la desgracia de ir a la fábrica en lugar de ir a la escuela y dedicarse a los juegos propios de su edad, es necesario obtener, con el objeto de evitar el «surmenage», una jornada de seis horas de trabajo.

Mas, si consideramos que los menores que trabajan concurren a las escuelas nocturnas por espacio de dos horas, se impone la jornada de seis horas. De lo contrario, no damos lugar a descanso, ni tiempo a que se dediquen a los juegos propios de la edad y que tanto influyen en el desarrollo del niño.

V

TRABAJO DE LOS MENORES EN NUESTRO PAIS

Los menores contribuyen a cuanto trabajo se

desarrolla en la República, comenzando por las faenas agrícolas, hasta la fabricación, tan nociva, de vidrios y botellas.

Veamos ahora a qué industrias se dedica y en qué condiciones trabaja.

Del censo agropecuario de 1909 extracto las siguientes cifras referentes a los menores que trabajan en faenas agropecuarias.

Trabajan en las faenas agrícolas 119.058 niños. Se ocupa durante todo el año en las faenas agrícolas 147.005 niños. Son empleados durante la época de la cosecha (tres meses) 72.053 niños.

En las explotaciones ganaderas trabajan 170.858 niños. En la época de la esquila se emplea 13.853 niños y se ocupa durante este tiempo en otros quehaceres a 10.853 niños.

Imaginémonos cómo trabajan estos niños sin contralor alguno y con una jornada de sol a sol.

En los yerbales de Misiones, en las comarcas correntinas, en los cañaverales tucumanos, en cualquier rincón de la República, el niño es materia codiciable para los patrones, que lo emplean, con bastante lucro por cierto, en sus industrias.

El doctor Bialeto Massé, refiriéndose a Tucumán, manifiesta que vió en un taller mecánico

niños que trabajan de sol a sol. Hablando de los operarios, dice: «Los otros son: un niño de doce años analfabeto; dos de trece que saben leer, uno de quince y otro de diez y seis años analfabetos, trabajan de sol a sol, sin intervalos, con una hora para comer al mediodía, los domingos hasta las once, y ganan 10 pesos por mes!». Y agrega: «Uno de ellos no da sino 14,7 (14 kilográmetros) a la presión y 56 a la tracción. ¿Esto es humano? Ni en apariencia!».

Hablando de los ingenios de Tucumán, dice que se comete un abuso, o mejor dicho, un crimen, que no se puede silenciar. En los establecimientos que tienen maquinaria vieja, la carga de las cañas se hace por un ascensor en plano inclinado, y como no tiene bordes que lo mantengan, sobresale al llegar a la cumbre. Para ponerla derecha se colocan tres niños a cada lado. Dice que los ha visto: son chiquilines de diez a doce años, algunos de ocho, y hay personas que aseguran que es ahora como antes. Estos niños, al menor descuido, caen y se rompen las extremidades, o se mueren, lo mismo da. El hospital da cuenta de ellos, si alguna curandera no se encarga de acelerar el viaje del chiquillo al otro mundo. Trabajan 12

horas y se les paga de seis a doce pesos con ración!

En la provincia de Corrientes se explota el trabajo de los menores en igual forma que en Tucumán. Se les emplea en la carga de maní. Son muchachos de 12 a 19 años, que suben por las escaleras pulidas y metálicas del vapor. Algunos se caen por el peso de las bolsas. Sólo perciben un salario de 40 centavos por changa. Niños de 14 a 19 años cargan bolsas de 50 a 84 kilos!

Calculemos los graves trastornos que ocasionan estos trabajos excesivamente nocivos.

¡Quién no ha leído la sentimental y real página de Edmundo De Amicis sobre los niños que trabajan?

Cada vez que me encuentro con los pequeños obreros, la elocuente página acude a mi memoria.

Ha poco asistí al desfile de los pequeños que todas las noches se dirigen a la estación Constitución (he ahí una forma de burlar la ley 5.291) cuando los niños felices están entregados al sueño reparador, a tomar el tren que los ha de conducir a ocupar su puesto nocturno de trabajo en una industria turbadora como es la de cristales y botellas. Trabajan en las cristalerías Rigolleau.

Se oprime el corazón sólo al verlos. Mustios, pequeñitos, ateridos de frío, resignados a su triste destino...

¡Y pensar que estos sacrificios de niños nos dejan poco menos que impasibles!

¿Qué decir de los niños que trabajan en las fábricas de botellas de Avellaneda y en las distintas fábricas de la Capital?

Asistí hace unos meses, en una de las principales cristalerías de Avellaneda, a la fabricación de botellas. La «amabilidad» del propietario, que me permitiera visitar su establecimiento, me obligó a callar, por lo menos en ese momento, las palabras de indignación que en tropel acudían a mis labios.

En el taller, donde se fabrica las botellas, con una temperatura elevadísima, al lado mismo de los hornos de cocimiento, he visto a los niños trabajando semidesnudos — el calor y la miseria los obligan—y soplando con todas las fuerzas que sus pulmones dan. Jamás se podrán describir las muecas de estos infelices niños al efectuar esta operación. Tienen el cuello estirado y los carrillos deformes de repetirla tantas veces.

Trabajan en este establecimiento 300 niños, distribuidos en tres turnos, pues el patrón—inteligente en cuanto se relaciona con sus in-

tereses—no paraliza la fuerza productiva de su fábrica. Pero, en cambio, la ha convertido en un tragadero de pobres vidas, que no llegarán a los veinte años.

Uno de los más tristes espectáculos—en lo que al trabajo de los menores se refiere—nos lo daba la municipalidad de Mendoza, uno de cuyos intendentes, para el barrido de las calles tiene empleados menores de 8 a 14 años. La nota gráfica al respecto, de «Fray Mocho», tuvo el poder de irritar al intendente, haciéndole concebir la idea de retirarlos del centro para mandarlos a desempeñar su tarea en las afueras de la ciudad.

Y todo esto, por razones de economía, dicen. Economizar sacrificando a los niños, cuando todos los días se derrocha tanto dinero en cosas inútiles!

Según datos del Departamento Nacional del Trabajo, en 1910 había empleados en las fábricas y talleres de la capital, 13.380 menores de 16 años, de los cuales 7.052 varones y 5.728 mujeres.

En las industrias alimenticias hay ocupados 2.360 menores de 16 años, de los cuales 1.300 son varones y 1.300 mujeres.

En las construcciones, alfarerías, aserraderos, asfalto, cal, polvo de ladrillo, yeserías, car-

pinterías, cemento armado, hornos de ladrillos, marmolerías, empresas de construcciones, hay empleados 1.159 varones de 16 años.

En las fábricas y talleres que corresponden a la industria del tocador, acolchados e impermeables, almidón, planchado, alpargatas, botones, calzados, zuecos, camisas, medias, gorras, plegados, boquillas, bastones, corsets, pasamanería, bordados, lavaderos, lencería y ropa blanca, modas, confecciones, peluquería, perfume, jabones, satrerías, hay empleados 3.118 menores, de los cuales 744 varones y 2.374 mujeres.

En la madera, muebles y anexos—fábricas o talleres de artículos rurales, billares, baúles, cajones fúnebres y envases, camas, catres, carros, carruajes, cortinas, canastas, cuadros, jaulas, varillas, moldes, escobas, cepillos, estuches, escaleras, instrumentos de música (cuerda), muebles, sillas, tallistas, ebanistas, tapicería, estopa, tapones, maniqués, toneles, empajadores de damajuanas—hay empleados 46 mujeres y 838 varones menores de 16 años.

En la industria de metales y anexos—fábricas y talleres de afilador y gasista, baúles, cajas y muebles de hierro, bicicletas y urnas metálicas, broncerías, cinguerías y balanzas, cápsulas para botellas y sifones, cocinas, cadenas

y herraduras, construcciones metálicas, máquinas, molinos, construcciones de hierro, herrerías y herradores, hojalaterías, lámparas, li-
mas, ballenas de acero y puntas de París, mos-
tradores de estaño, cerrajeros, norias, sacabo-
cados, envases, prensas, pasadores, telas mecá-
nicas, tejidos de alambre — hay empleados
1.386 menores de 16 años, de los cuales 15 son
mujeres y 281 varones.

En las industrias artísticas y de adornos—ta-
lleres y fábricas de biselados y de adornos, ni-
quelado, cerería, construcción de altares, coro-
nas y medallas, tolderías, escultura, esmalte,
grabados, flores artificiales, plumas, joyerías,
platerías, relojes, pintura, cerámica, orfebrería,
espejos, tornerías de madera, hueso, marfil y
carey, trabajos en cabello, paspartouts, decora-
ciones de vidriera—se emplean 296 menores de
16 años, de los cuales 16 son mujeres y 281 va-
rones.

En las artes gráficas, papel y anexos—carto-
nería, papel, tarjetas, encuadernación, carte-
les, cartón, naipes, fotografías, grabados, cli-
sés, imprentas y litografías,—hay empleados
1.136 menores de 16 años, de los cuales 336
son mujeres y 802 varones.

En la industria de tejidos y pieles—fábricas
y talleres de bolsas, correas, cojinillos, cur-

tiembres, peleterías, lavaderos de lanas y pelos, manufactura de cerda, pecheras, tacos, carteras, talabarterías, trabajos en cuero, tejidos de punto, lonas y lonetas—se emplean 2.047 menores de 16 años, de los cuales 794 varones y 1.253 mujeres.

En las fábricas y talleres de artículos sanitarios y productos químicos trabajan 561 menores de 16 años, de los cuales 255 mujeres y 276 varones.

En empresas industriales varias trabajan 191 menores, de los cuales—siempre según los datos del Departamento del Trabajo—111 empleados en la fabricación de vidrios.

Como se ve, en la Capital, los menores tienen participación en todas las industrias.

No existe estadística de los menores que trabajan en la vía pública. Los vendedores de frutas, los «canillitas», lustrabotas y los empleados en otros quehaceres propios de la calle, forman legión, y está comprobado, por la vida que llevan estos menores, que los trabajos que efectúan son duros y penosos.

Lo que más apena es ver niñas de 7 a 14 años en nuestras grandes avenidas, a deshoras de la noche, vendiendo cigarrillos y postales. Son generalmente estas criaturas candidatos al vicio y a la degeneración, cuando no sirven

en plena Avenida de Mayo para repartir, tal vez inconscientemente, anuncios dudosos.

Distinguidos hombres, cuya palabra merece confianza, han denunciado que niños pequeños se dedican (sin que las autoridades se preocupen de contrarrestar este grave mal) después de las doce de la noche, cuando los restaurantes y «cabarets» abren sus puertas a la gente maleante y de mal vivir, en atender vergonzantes mandados. Y estos niños son empleados en hacer estos mandados durante todas las noches en el lugar donde el vicio triunfa en todas sus formas.

¿Qué decir de los niños sirvientes?

Son muchos los niños que los jueces de menores entregan a aquellas familias, y que, no pudiendo permitirse el lujo de sirvientes, explotan a los pequeños en este sentido. Muchas veces, hablando con algunos de ellos, me denunciaron castigos corporales a que sus «educadores» los someten.

Conozco muchos casos en que vecinos han tenido que intervenir en defensa de estos pobres niños, y he hecho personalmente dos denuncias en este sentido.

Conocí a una niña que estaba al servicio de una familia compuesta de once personas; no tenía más que trece años, y todos los que-

haceres de la casa—incluso los más pesados—correspondían a ella. Estaba sometida a los caprichos de las niñas de la casa; dormía en un jergón tendido en la cocina, donde la señora la encerraba con llave, para evitar, decía, «algo que pudiera sucederle por parte de sus hijos varones, por cuanto la niña, siendo hija de quien era, no fuera de extrañar que se perdiese».

Todos los niños, entregados por los jueces de menores al servicio de familias, están en malas condiciones. Los varones se fugan, y de las niñas da cuenta la «Maternidad». ¡Cuántas de ellas son víctimas de los «niños» de la casa! Niñas de trece y catorce años—hasta de doce he visto en la «Maternidad»—son víctimas en esta forma de los caprichos de los patrones! Luego las entregan de nuevo al juez «porque no se puede con ellas, dan malos resultados».

¿Cómo no explicarnos el paso extremo a que algunos de estos niños llegan?

Se ha dado el caso de dos suicidios de niños, que sólo han merecido una lacónica nota policial, de parte de los diarios locales.

¿Qué sombras morales habrán cruzado por el alma de estos niños, que debió ser blanca, inmaculada, para que adoptaran una resolución

extrema? ¿Cuáles habrán sido las torturas físicas y morales a que se les ha sometido?

La noticia de estos dos suicidios, sólo ha merecido una lacónica nota policial, cuando encierra todo un problema que aún no ha sido resuelto, porque el hombre egoísta, encastillado en sus intereses de clase, no quiere resolver: la participación de los menores en la industria; cuando ella encierra en su simbolismo toda la vida de martirio de los pobres niños que en cualquier rincón del país constituyen una «mercancía» codiciable para los capitalistas.

Aquiles Loria nos demuestra con argumentos sólidos la explotación inicua a que se sometió a los niños cuando la libertad económica comenzó su desarrollo en Inglaterra. Y si en aquellos tiempos—época sin embargo cercana—ocurría esto, ¿qué decir de lo que ocurre con el suicidio de estos niños, que constituye un llamado a los que luchan en favor de las mujeres y de los niños que marchitan y sacrifican su alma y su cuerpo en aras del capital? Constituye esto lo que bien podríamos llamar el suicidio de la raza.

¿Cómo pretender que se mantenga en estado normal, física y moralmente, aquellos que

la codicia humana ha convertido en carne de taller?

Y luego, ¿cómo justificar los odios, los rencores que, forzosamente, han de hacer mella en estos pobres niños, tan maltratados por la codicia humana. No sembremos vientos para recoger tempestades. No mantengamos el ambiente propicio para el desarrollo de las vibras que luego forzosamente han de morder, inyectando su veneno.

La miseria, mala consejera, es la autora de tantas rebeliones, que no vienen con los extranjeros, como alguien ha afirmado.

Este estado de cosas exige la intervención inmediata en pro de todos los niños que la industria explota y que no podemos descuidar, so pena de decretar el suicidio de la raza.

VI

ACCIDENTES DEL TRABAJO Y PARTICIPACION DE LOS MENORES EN DIVERSAS HUELGAS

El menor está expuesto mayormente a los accidentes que los mayores mientras se halla en el desempeño de su labor.

La mayoría de las veces se debe esto a las malas condiciones en que realiza su trabajo.

A pesar de que la ley determina que, donde trabajan mujeres y menores las poleas de las fábricas y talleres deben estar munidas de una protección eficiente, muchos patrones hacen caso omiso de esta disposición.

Si se permitiera inspeccionar a los que en realidad tienen interés en que se cumpla las leyes, muchas fábricas y talleres habrían de tomarse en contravención en este sentido.

La estadística del Departamento Nacional del Trabajo acusa en estos últimos tres años 555 accidentes ocurridos en el trabajo a los menores de 16 años.

En 1910 ocurrieron 158 accidentes a menores de 16 años; en 1911, 166, y en 1912, 191.

Como se ve, lejos de disminuir, han aumentado de año en año.

De 1910 a 1911 tenemos una diferencia de 12 accidentes más en favor de este último año; y de 1911 al 12 tenemos una diferencia de 25 accidentes más en este último año.

En estas cifras no van incluídos los accidentes a los menores que trabajan en la vía pública.

En 1907 han participado en huelgas 8.439 menores sobre un total de 155.348 huelguistas. En 1908 han participado 1.179 niños sobre un

total de 3.890 adultos en huelga. En 1909 han participado 359 niños sobre un total de 389 adultos en huelga. En 1910 sobre un total de 18.136 obreros adultos en huelga han participado 9 menores. En 1911 sobre un total de 26.687 obreros adultos en huelga han participado 105 menores, y en 1912 sobre un total de 8.515 obreros en huelga han participado 187 menores.

Dan un porcentaje en este sentido de 4.2 por ciento.

VII

Si en otra parte de este libro no nos refiriéramos a las leyes reglamentarias del trabajo de las mujeres y los niños, correspondería hablar de ellas en este capítulo. Para no incurrir en redundancia, omito la parte que se refiere a la ley 5.291 y a la forma en que se aplica.

Pero repito que, para ser eficaz como en otros países la aplicación de la ley, la inspección y vigilancia de fábricas y talleres debería encomendarse a personas capaces y a los obreros, por tener éstos mayor interés en que se cumpla sus leyes defensivas.

Mas si no se quiere dar una parte de inspección a los obreros, que por lo menos se ocupe estos puestos por concurso. Recién en-

tonces, estoy segura, habríamos de tener inspectores, pues el cumplimiento de la ley es casi un mito. Resumiendo, la ley 5.291 se aplica en una forma deficiente. Deseamos que se cumpla, pero debemos tener buen cuidado en aumentar el número tan exiguo de escuelas.

Recordemos que los niños no necesitan «caridades», como las otorgadas en una fecha fija del año; ellos deben estar bien los 365 días para que puedan aspirar a ser hombres fuertes y sanos, capaces de labrar al país un porvenir fecundo.

CONCLUSIONES

1.º El primer congreso nacional del niño hace votos porque se nacionalice la ley reglamentaria del trabajo de las mujeres y de los niños y recomienda a las legislaturas provinciales la adopción de la ley 5.291.

2.º Considerando que se ha adoptado para el trabajo de los menores—en forma oficial—la jornada de ocho horas de acuerdo con las necesidades de los adultos:

El primer congreso nacional del niño resuelve, con el objeto de proteger la salud de los menores, pedir al Congreso Nacional la modificación de la ley 5.291, estableciendo la jornada de seis horas para éstos.

3.º El primer congreso nacional del niño pide que se modifique la ley 5.291 en el sentido de que se establezca como *mínimum* de edad para el trabajo los 14 años en lugar de 12.

4.º El congreso nacional del niño propone que la mitad del cuerpo de inspectores del Departamento Nacional del Trabajo esté compuesto por obreros, llamándose para ocupar los puestos de la otra mitad, a concurso.

5.º El primer congreso nacional del niño pide que se reglamente el trabajo de los menores en la vía pública.

Alimentación deficiente, fatiga, mal alojamiento, ambiente de la fábrica

(Conferencia leída en la Universidad Libre)

I

Causas complejas y múltiples, derivadas de un sistema impositivo hecho a base de extorsión, que especula sobre el hambre del pueblo, sobre la miseria, contribuyen a la alimentación deficiente que tan graves trastornos causa a la gente de trabajo.

De tal modo pesa el sistema impositivo, llamado indirecto, sobre los que producen la riqueza social, que bien podemos designar a esta fuente de recursos para el estado, que impone impuesto al más elemental derecho a la vida, la especulación sobre el dolor.

Es tan anacrónico el sistema impositivo vigente en nuestro país, tan viejo concepto se tiene sobre la forma en que el estado ha de allegar recursos para su subsistencia, que el

proteccionismo, en su forma más arcaica, en su concepción más inhumana, tiene arraigo, al parecer inmovible, en los «financistas» que hacen lucubraciones especulando con cuanto es necesario a la subsistencia de aquellos que, produciéndolo todo, carecen de lo más indispensable para vivir.

De tal modo se especula con el hambre, con la miseria del pueblo, de tal modo se considera inatacables los privilegios de los que viven ociosamente, que un legislador decía, en una conferencia que diera sobre el sistema impositivo argentino, «que no nos resultaría difícil demostrar que en esta tierra de promisión se paga tanto de impuesto por cada latido del corazón y por cada ampliación de nuestro pulmones, pues aportamos nuestra contribución a las rentas fiscales cada vez que respiramos».

Y tan viejo es el concepto que se tiene con respecto al régimen impositivo, que, en homenaje a la industria nacional, so pretextó de protegérsela, día a día encarecen los artículos de consumo y de trabajo por las gabelas que pesan sobre ellos. De manera que hay, en lo que respecta a la llamada protección, evidente interés en proteger a determinadas empresas, a determinadas personas, que tienen sus voceros o representantes en el parlamento nacional.

Por eso, cuando se incorporara al parlamento nacional la representación que tiene una manera racional de proponer la fuente de recursos atacando el privilegio, cuando denunciara que se está jugando con lo que es de más vital importancia para el país, cuando se demostró la extorsión que encierra el proteccionismo azucarero, por ejemplo, con contracanto se elevó allí la voz de las personas directamente interesadas en las empresas azucareras, socios o propietarios de ingenios donde se comete el crimen de inutilizar la parte superabundante de la caña de azúcar que pudiera determinar la baja del precioso alimento, para mantener el precio que lo hace menos accesible a las personas que más necesitan de él.

¡No representaba esa voz, defendiendo el privilegio de especular sobre el hambre y la miseria en pleno parlamento, el ogro, del que muchas veces nos hablaran cuando éramos pequeños, el de las grandes fauces de apetito insaciable, mientras que en cada hogar la madre se ve obligada a mezquinar la cantidad de azúcar necesaria al organismo de los niños?

En la República Argentina tenemos un promedio de 31 por ciento en el sistema de impuestos, sobre el valor de lo que en general

se consume, y ocupamos con tal índice, después de Rusia y España, el tercer puesto.

Alemania, nación eminentemente proteccionista, da un promedio de 8 por ciento; Francia, de 7 por ciento; Inglaterra, de 5.3 por ciento; el Japón, de 7.5 por ciento; los Estados Unidos, de 24.4 por ciento.

Nos hallamos, pues, con un promedio de impuestos superior al de los países proteccionistas por excelencia, países donde el proteccionismo se justifica en virtud del desarrollo económico por ellos alcanzado.

País eminentemente productor de trigo, ha tenido, hace poco, que apelar a un recurso puramente electoral, por la especulación de los que cimentan su fortuna en el dolor ajeno. Y en este mismo país, llamado por ironía el país por excelencia del ganado vacuno, la intendencia municipal ha tenido que «apelar» al recurso de autorización de la venta de carne de caballo.

El privilegio que, como un vampiro, se prende al pueblo cebándose en su sangre, mantiene libre de gravámenes, o por lo menos les atribuye un leve recargo, a los objetos de lujo. Los objetos de lujo, generalmente oro, platería y encajes, que sirven para demostrar hasta

qué punto la dulce humildad de Jesús es imitada por los que han hecho un medio de explotación del sentimiento religioso, se ven libres de gravámenes, mientras que el arroz, los porotos, los tejidos de algodón, cuanto es necesario para la subsistencia de los humildes es recargado por gabelas que pesan enormemente sobre los mismos.

Las sedas, que sirven para realzar la belleza de las damas ricas, están casi exentas de impuestos, mientras que los tejidos de algodón, que sirven para la vestimenta del pueblo que trabaja, tienen un 70 por ciento de recargo por parte del fisco. El alimento, las herramientas, y en general los artículos de primera necesidad del pueblo obrero, pagan al fisco cantidades extorsivas, mientras que, como he dicho, los artículos de lujo están casi exentos de recargo, cuando no libres del todo.

En la aduana las rejas de arado, las agujas, el hilo, las máquinas de coser que sirven a la obrera para ganarse el pan de cada día, están gravados con fuertes derechos.

Y así podríamos continuar con todos los artículos indispensables y de primera necesidad, para demostrar que, mientras el salario de los trabajadores se ve constantemente amenazado

por las gabelas gubernativas, las fuentes del privilegio permanecen incólumes.

Al sistema impositivo vigente, que basa sus recursos en el consumo de cuanto es necesario a la población, y que en buen romance llamaríamos especulación sobre el hambre, hay que agregar la extorsión, verdadera extorsión fiscal, que realizan los gobiernos de provincia y las municipalidades.

La municipalidad de Buenos Aires recaudó en los últimos años de seis a siete millones de pesos moneda nacional, anuales, a título de impuestos indirectos—impuestos en realidad al consumo—sobre la venta de carne, frutas, verduras, carbón, etc.

De manera que, gráficamente, podemos demostrar la exacción legal en esta forma: de cada plato de alimentos—a los que ya el fisco nacional había tomado una buena parte—la municipalidad quita una nueva parte, teniendo esto todo el aspecto del derecho que sobre el resultado del juego tienen ciertos individuos maleantes y típicos de una ciudad europea.

El encarecimiento de los artículos de consumo ha determinado en la mayoría de las familias la limitación de alimentos, y a diario—en los

conventillos especialmente—nos es dado asistir a escenas en realidad dolorosas, al ver que la madre se ve obligada a acallar las necesidades imperiosas de alimentación de los niños con palabras, con promesas, y muchas veces con palizas...

De una investigación oficial hecha por el Departamento Nacional del Trabajo sobre los efectos del encarecimiento de los artículos de primera necesidad, sacaremos el siguiente párrafo, que por tener sanción oficial no se tachará de exagerado: «Los pequeños centavos de cada artículo pesan sobre el presupuesto en una forma decisiva, porque traduce un aumento diario en razón de tratarse de artículos de primera necesidad que, como el pan, la carne, la leche y las verduras, constituyen un consumo de todos los días, que es menester realizar».

Esta investigación fué realizada por el Departamento del Trabajo en 1912, de manera que los que tienen el argumento de la guerra para oponerlo a cuanto ocurre en el país ,quedan desarmados de argumentos.

Desde entonces no se ha realizado, en este sentido, ninguna otra investigación oficial, a pesar de que la misión de esta institución (si ella estuviera inspirada en los destinos para

que fué creada y si no tuviera al frente personas que pretenden solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo inspirándose en el «Rerum Novarum», la famosa encíclica de León XIII, que pintó de modernismo al viejo lobo) es la de informarnos constantemente sobre el estado de las clases trabajadoras. Pero no obstante el silencio oficial a este respecto, los hechos nos demuestran que el problema de la alimentación es, hoy por hoy, uno de los más difíciles, acaso el más difícil de resolver.

La tentativa de venta del pan de afrecho—afrenta que el pueblo no debió tolerar—como solución empírica al problema del encarecimiento del pan en un país productor de trigo, la autorización de la venta de carne de caballo para suplantarlo a la de vaca, que constituye hoy un artículo de lujo desterrado del frugal menú popular, remedio igualmente empírico propuesto por los que se ven a cubierto de tener que consumirla, son la prueba evidente de la deficiente alimentación de nuestro pueblo.

Y coronando a esto, día a día, pérdidas entre policiales, las noticias de suicidios por miseria y las muertes por inanición están proclamando a gritos que nuestras decantadas ri-

quezas sólo son un oropel, necesario para aplacar el delirio de los que sienten manías de grandezas...

De no poner remedio al mal, pronto tendremos en el continente la triste gloria de ser los primeros en cuanto al pauperismo se refiere... En el mes de febrero de 1915, en el país de la riqueza, de extensas e incultivadas tierras, de miles de miles de cabezas de ganado, de millones de hectolitros de trigo, una pobre mujer enloqueció por no poder procurar el sustento a sus seis niños. Y a poco de suceder eso, la historia se repitió en otra madre de familia.

Demostrada la dificultad de la adquisición de alimentos por parte de las clases pobres en virtud de un régimen impositivo anacrónico; no entraremos a demostrar cómo la depreciación de la moneda por su inestabilidad y por la inferioridad del peso papel sobre el tipo peso oro contribuye a disminuir el poder adquisitivo del salario.

Pero nos detendremos a demostrar las relaciones existentes entre la alimentación deficiente con la inferioridad de las clases pobres.

Problema es éste que ha ocupado a gran cantidad de higienistas y economistas que trataron de estudiar la cantidad y calidad de los alimentos ingeridos por los obreros, rela-

cionando la cantidad de materia que el cuerpo necesita acumular para reponerse del desgaste físico que las toxinas producidas por el exceso de trabajo han realizado, y la que en realidad consume el obrero por las causas arriba señaladas.

Ellos pueden apoyarse en la fría y grande elocuencia de los números, por cuanto poseen gran cantidad de estadísticas que les permiten establecer la relación íntima existente entre la alimentación, el esfuerzo realizado en el trabajo, el exceso de resistencia y la mortalidad adulta e infantil, y la natalidad sujeta a las condiciones de vida llevadas por los padres.

La alimentación deficiente de las clases populares, es una de las causas poderosas de la inferioridad física de las personas pertenecientes a ellas, y dice Nicéforo que ella ataca no sólo al físico, sino que debilita la resistencia a las enfermedades. Y cita la opinión de dos sabios, opinión basada en la experiencia, la de Topinard y Le Bon. Dime Topinard: «No siendo otra cosa el crecimiento de los huesos que la expresión del exceso de asimilación, es racional que una buena o mala alimentación, en todo lo referente a las condiciones exteriores a la vida, tenga influencia sobre dicho crecimiento y su rapidez... También la estatura

puede ser considerada como consecuencia de la nutrición y de sus efectos sostenidos y acumulados en los individuos».

Y Le Bon: «Se puede, mediante el régimen alimenticio, modificar rápidamente el carácter, el pelo y, hasta cierto punto, la forma de un animal».

Podemos deducir de cuánta importancia es la alimentación. Y de que ella tiene especial influencia sobre los caracteres físicos de los niños, puede dar fe la comprobación de niños débiles y retardados concurrentes a nuestras escuelas que en su mayoría están deficientemente alimentados. Deficiencia de alimentación que ha comenzado en sus padres, que les ha acompañado en su vida intrauterina y que sigue eternamente persiguiéndoles.

Podríamos citar estadísticas, a este respecto, hechas por los estudiosos de otros países—por cuanto en el nuestro únicamente preocupan las incipientes estadísticas agropecuarias,—pero el temor de hacer demasiado extenso este trabajo nos exime de la cita.

Son precisamente las clases que mayor alimentación requieren, en virtud del esfuerzo físico que ellas realizan, las que se ven obligadas a una exigua alimentación, que no restaura el desgaste muscular producido por el

exceso de trabajo debilitador. En tal forma, los medios naturales de defensa para resistir a las enfermedades pierden su eficacia, y los microbios patógenos vencen fácilmente a los fagocitos. Es así cómo se desarrolla en forma alarmante la tuberculosis, la mortalidad infantil y de los menores, y es así, en una palabra, cómo degenera la raza.

Muy bien lo dice Aquiles Loria: «la alimentación será siempre la síntesis de la cuestión social».

II

La resistencia muscular, puesta a prueba por una jornada excesiva de trabajo y por una mala y deficiente alimentación, produce en el obrero un desequilibrio orgánico que le conduce a la ruina física.

Desde que científicamente se ha tratado el estudio sistemático del trabajo considerándolo como función social, ni un solo momento cabe dudar de la limitación de la jornada de trabajo para evitar el «surmenage» o fatiga.

La acumulación de toxinas, que el organismo no ha podido desasimilar por falta material de descanso, determina el mal funcionamiento de los órganos que habitualmente eliminan las ma-

terias tóxicas: riñones, hígado, vejiga, etc., por manera que se llega en esta forma a la autointoxicación del organismo y se debilita órganos como el corazón, el cerebro, estómago, etcétera, y el sistema nervioso sufre hondas y graves perturbaciones.

Las toxinas que produce la fatiga y que no han podido ser eliminadas por falta de descanso, ponen desde luego a prueba la resistencia física, que día a día será menor en relación directa con el esfuerzo realizado y las toxinas ingeridas.

La experiencia nos demuestra que la disminución de la jornada de labor redundan directamente en el aumento y en el mejoramiento de la producción, por cuanto, hallándose el obrero libre de las toxinas que el anterior día acumulara, no sólo tiene mayor soltura en sus músculos, sino que su sensibilidad psíquica e intelectual le pone en condiciones de poder prestar mayor atención, mayor dedicación a su trabajo.

Y es evidente la relación de la fatiga sobre la alteración de las funciones psíquicas y cerebrales, que sufren directamente la influencia del desgaste orgánico, mayor a sus fuerzas, realizado al efectuar el proceso de desasimilación de las toxinas.

Mosso dice: «cuando la fatiga es algo fuerte, se produce un cambio en nuestro humor, haciéndose irritable; parece que nos falta aquella cualidad generosa que distingue al hombre civilizado del salvaje; no nos podemos dominar y nuestras pasiones presentan tal violencia, que no podemos refrenarlas por medio de la razón; el hábito de ser dueños de nuestros movimientos reflejos desaparece y descendemos algunos escalones en la jerarquía social, nos falta la resistencia al trabajo intelectual, la curiosidad y la fuerza de atención que distinguen al hombre superior del ignorante».

Si tanta influencia tiene la autointoxicación del organismo, por el exceso de trabajo y la falta de descanso necesario, es de imaginarnos cómo ha de ser una generación engendrada por individuos agotados, intoxicados por la fatiga. Y no sólo nos es dado imaginárnosla, sino que, echando una mirada a nuestro alrededor, podemos cerciorarnos de la miseria orgánica y psíquica que heredan los hijos de aquellos que acumularan en la fábrica, en el taller, las toxinas y los males que, como triste herencia, les legaran.

Y continúa este desgaste físico y psíquico en los niños que tienen la desgracia de contribuir al trabajo de la fábrica, del taller y de la vía

pública, por cuanto la jornada excesiva, la explotación sin tasa, se ceba en ellos, desde que el hombre creyó al niño «propiedad de alguien».

En mi trabajo «El niño y el menor obreros», demuestro cómo las fábricas de vidrios y de botellas de Avellaneda y de Berazategui cifran sus grandes dividendos en el exceso de resistencia de los pobres niños que, divididos en tres turnos, día a día, con nuestra complacencia y con la de las autoridades, rinden tributo a la tan decantada civilización de la sociedad, la que hipócritamente lanza gritos de horror ante una guerra que ella misma ha provocado, y cierra los ojos ante estos establecimientos industriales, tragaderos de pobres vidas que, según opiniones autorizadas, no podrán llegar a los veinte años!

La fatiga contribuye grandemente a la mortalidad, a la disminución de la natalidad y a la mortalidad infantil, causas de degeneración de la raza.

Las estadísticas de los países que se preocupan de hacerlas, nos demuestran la gran influencia que la fatiga tiene sobre la menor estatura, la menor resistencia orgánica, la menor capacidad física, la inferioridad, en una palabra, de aquellos niños que han sufrido las con-

secuencias de las toxinas, de la fatiga, primero en sus antepasados, luego en sus padres, y más tarde en ellos. Es evidente la inferioridad física y psíquica de estos niños sobre los niños de las clases acomodadas, cuyos padres y antepasados no rindieron tributo a la fatiga.

Comprobado que una jornada de trabajo excesiva agota las fuerzas del obrero en detrimento de su salud, de la especie y de la producción, los trabajadores, asesorados por los higienistas, han reclamado constantemente las 8 horas de trabajo con dos de descanso al mediodía.

Así lo han entendido muchos estados previsores y a su legislación social han incorporado una ley que establece la jornada de 8 horas.

Es de esperar que el nuestro, de acuerdo con el pedido constante de los trabajadores, agregue este renglón importante a la incipiente legislación social ya iniciada en nuestro país.

III

¿Es menester que describamos lo que constituye la vivienda denominada conventillo, donde en promiscuidad espantosa, careciendo de aire, de luz, «viven» enteras familias numerosas, en su mayoría gente de trabajo, obli-

gada a una vida dura por la exigüidad del salario?

¿Es menester que repitamos una vez más que todas las predisposiciones morbosas estallan por la forma bestial en que «viven» las familias obreras que habitan en los conventillos?

¿Es menester que recordemos todas las degeneraciones físicas y morales a que esta forma de «habitación» condena?

A todos los que nos preocupamos de estos problemas dolorosos nos ha sido dado ver las «habitaciones» que miden 4x4, cuando son grandes, donde el pobre mobiliario lo constituyen, a lo sumo, una cama y una mesa y donde tiene cabida la familia, compuesta a veces hasta de once personas.

Al horror de las malas condiciones de la vivienda se une el mayor: en la cama del matrimonio, joven éste generalmente, tres, cuatro hijos más tienen cabida, hacinados unos a la cabecera, otros de costado, otros a los pies... obligados a presenciar las expansiones íntimas, obligados a los contagios!

Y todavía se tiene la osadía de llamar a esto «familias»! Es que de una vez por todas la sociedad no quiere desengañarse a sí misma; de ahí que no trate de reflexionar y ajustar

el término que merecen ciertos hechos que ella misma produce...

La habitación es la que mayormente tiene influencia en el desarrollo físico y moral del individuo y en la determinación de la costumbres.

Cuando los higienistas, en sus tratados, en sus conferencias, especifican la cantidad de metros cúbicos de aire de que cada individuo debe disponer en su habitación; cuando llegan a la conclusión de que una habitación llena de aire, de luz y de sol, es indispensable para cada individuo, cuando establecen una cantidad necesaria indispensable de habitaciones para cada familia, se nos ocurre pensar ingenuamente que estos individuos que viven hacinados en los conventillos no constituyen una «familia» de seres «humanos»... Ellos se hallan en peores condiciones que las bestias, las cuales — ¡afortunadas ellas! — tienen sociedades protectoras. El hombre, a fuerza de sutilizar su amor por las bestias, ha perdido la noción del deber para con sus semejantes y se ha convertido en el más «perverso lobo» devorador de hombres...

Por esta razón digo en mi trabajo «La mortalidad infantil como un elemento de bancarrota social», que resulta contraproducente el

esfuerzo que algunas personas bien intencionadas, por cierto, realizan para combatir la tuberculosis, enfermedad social que tiene su origen, su asiento, en los conventillos y en los lugares donde se hacina la gente de trabajo.

¡Humana y santa tarea es la de combatir la tuberculosis! Hay que atacar la base para que merme este mal, que hace estragos entre los trabajadores.

En las escuelas, los médicos del Consejo Nacional de Educación están cansados de señalar los estigmas que la habitación del conventillo va dejando en los niños que habitan en ella.

¿Y qué decir de los estigmas morales?

En uno de los tantos conventillos de la ciudad he podido comprobar las condiciones especiales, agravadas por la ausencia de la madre que va al trabajo, que el conventillo acentúa y crea en los niños. Entre muchos, cuatro (han sido fotografiados) dejan ver todas las miserias acumuladas, especialmente en uno de ellos, en que la avariosis hereditaria ha hecho estragos; permanecen todo el día vagando en el conventillo o en la calle.

En la escuela no se les acepta (con razón) porque están siempre llenos de granos; en establecimientos y hospitales, tampoco, porque su mal es crónico y el reglamento de los ins-

titutos «piadosos» no admite su estada. Pues bien; el conventillo no sólo los ha degenerado físicamente, sino que, despertando en los padres todo instinto ancestral de animalidad y las predisposiciones morbosas, los ha degenerado moralmente. Jamás «familia» más amorál pudo incubarse en otro ambiente que no fuera éste especial de los conventillos. Sólo a otro hay que ceder la derecha en este caso—triste privilegio—y es al ambiente que incubara a los cardenales degenerados y a las Lucrecia Borgia...

Horroricémonos al pensar que esta «familia» tiene sanción legal: el padre alcoholista, la madre obligada a abandonar su «hogar» para ir a la fábrica, un padre incestuoso y escenas de celo que los niños están obligados a presenciar a diario, a la vuelta del trabajo...

Claro está que causas complejas determinan el hacinamiento de la población en las ciudades industriales, pero aquéllas, por la acción inteligente de los gobiernos, pueden atenuarse y hasta desaparecer.

Un ensayo de barrio obrero, inteligentemente administrado por la comuna, esto es, no entregando su administración a ninguna secta religiosa, habría de dar excelentes resultados.

La prueba ha sido hecha ya, pero tan mal,

que deseamos no se repita en la misma forma, para evitar los males que trae aparejados. Nos referimos al ensayo de casas para obreros hecho por la municipalidad en el barrio denominado Nueva Pompeya, cuya administración fué entregada a una junta de damas encumbradas, asesoradas por un sacerdote.

Necesitamos, sí, muchos miles de casas para obreros, con aire, luz y sol, donde no se ponga reparo a los trabajadores, al cederles las habitaciones, ni en sus ideas, ni en la cantidad de hijos.

¿Necesitamos decir que obtendremos en esta forma un promedio halagador de superioridad física y moral para nuestros niños?

Otra de las causas que determinan el hacinamiento de la población en las ciudades populosas como la nuestra, donde se hace difícil la lucha por la vida en condiciones normales para gran parte de ella—en especial a las mujeres y a los niños—es la que tiene estricta atinencia con la tierra, que algunos privilegiados han acaparado en detrimento de la gente de trabajo.

Hemos demostrado en el capítulo «Alimentación Deficiente» cómo es un régimen impositivo anacrónico el que produce en la actualidad la fuente de recursos para el estado. He-

mos demostrado cómo el salario de los trabajadores se ve constantemente amenazado por las gabelas del fisco, mientras que el latifundio, que se valoriza merced al esfuerzo de los trabajadores que construyen el camino y el riel por donde ha de pasar la riqueza destinada a los señores, que la mayor parte de las veces desconocen la ubicación de sus improductivas tierras, permanece libre de todo gravamen.

La fuente de recursos para el estado está, pues, en el hambre del pueblo, en su mala habitación, en sus herramientas, y para nada contribuye el que, sin esfuerzo alguno, halla valorizada día a día su tierra improductiva.

Hay que atacar de lleno al privilegio. De una vez por todas, dejando de lado la «libertad económica» y pensando únicamente en el mayor bienestar del pueblo, que se ataque al privilegio de la tierra, para que los que deseen vivir de acuerdo con sus aptitudes, esto es, trabajándola, tengan un pedazo de ella, donde establecer su hogar y trabajar.

Lloyd George, el ministro inglés que hiciera exclamar a alguien acerca de su obra: «Este no es un presupuesto, es una revolución», dice: «Oponerse al gravamen del privilegio de la tierra es algo tan absurdo como

tasar los alimentos del hijo del obrero, para dejar al propietario recrearse en grandes espacios de terreno, que el colono puede hacer fructificar; es condenar al hambre a toda la clase trabajadora». «No gravemos los alimentos de las clases trabajadoras—agrega,—porque en ese caso les hundiríamos más en la miseria. La tierra es la única que puede darnos ese dinero; pensar en otras bases de imposición, es inútil; todas ellas son menos equitativas».

El tiempo no permite explayarnos demasiado sobre este tema; por lo demás, las ideas expuestas son lo suficientemente claras como para no detenernos mayormente en él.

Al abogar por el impuesto al privilegio, digamos con Lloyd George: «Por algo llamamos madre a la Tierra», y una madre—agreguemos—no puede ser mala con sus hijos, sino cuando en diversas formas la sociedad la «hace mala».

Aparte de los beneficios enunciados, propenderemos en esta forma a la defensa inteligente de la nacionalidad, poniendo a los padres en condiciones de asegurar la vida del niño, la del hijo, la del futuro hombre, despertando en éste el amor a la tierra en la forma más noble y más humana.

CONCLUSIONES

Necesidad de establecer las siguientes mejoras:

ALIMENTACION DEFICIENTE

- 1.º Se acreciente el poder adquisitivo de la moneda, dándole estabilidad.
- 2.º Se derogue los impuestos que gravan los artículos de consumo y de trabajo.
- 3.º Se establezca el libre cambio para cuanto es necesario a la subsistencia.

MAL ALOJAMIENTO

- 1.º Con el objeto de borrar el baldón que constituyen en nuestro país los conventillos, y en los otros países los lugares donde se hacina la gente de trabajo en las ciudades industriales, se propenda al desarrollo de los barrios obreros, administrados inteligentemente por la comuna, esto es, no entregando a secta alguna su administración.
- 2.º Se exima de gravámenes a los materiales de construcción con destino a las cooperativas obreras.
- 3.º En los países como el nuestro, donde existen grandes extensiones de tierra sin cultivar, que se valorizan día a día—sin que sus

propietarios hagan nada por su valorización—; donde existen grandes centros cuya población es densa, haciéndose difícil para gran parte de ella—en especial a las mujeres y los niños—la lucha por la vida en condiciones normales, es necesario:

1.º Que se grave el privilegio de la tierra para que los que deseen vivir de acuerdo con sus aptitudes tengan un pedazo de ella donde establecer su hogar y cultivarla.

2.º Se propenda en esta forma a la defensa inteligente de la nacionalidad, poniendo a los padres en condiciones de asegurar la vida del niño, la del hijo, la del futuro hombre, despertando en éste el amor a la tierra en la forma más noble y humana.

AMBIENTE DE LA FÁBRICA

1.º Se dicte leyes en todos los países concurrentes al congreso, sobre higienización de fábricas y talleres.

2.º Que las asociaciones gremiales, por medio de la acción sindical, impongan las mejoras pertinentes al caso.

3.º Se prohíba terminantemente el trabajo de la mujer en las industrias en que peligre la maternidad.

4.º Se prohíba terminantemente el trabajo de los menores en las industrias nocivas a su salud.

FATIGA

1.º Se dicte leyes estableciendo el horario máximo de trabajo y el salario mínimo: 8 horas para los adultos, con dos de descanso al mediodía. Seis horas para los menores, con dos de descanso al mediodía.

Por qué el trabajo de los niños no beneficia a la sociedad ni económica ni moralmente

Cuando hablamos del niño, nos referimos a ese pequeño sér que ha menester de especiales cuidados para su desarrollo físico, en primer término—por cuanto lo que primordialmente interesa es conseguir un cuerpo sano y más o menos perfecto—para luego ocuparnos de su educación, de su desarrollo moral. Es algo así como la tarea previa de la roturación de la tierra, donde luego ha de echarse la simiente para su germinación, su desarrollo. Si la tierra es fértil y es preparada para poder recibir en su seno propiciamente la semilla, no hay duda de que los frutos apetecidos, corolario del esfuerzo realizado, han de ser óptimos y de inmejorable calidad; pero si a la siembra no ha precedido la tarea previa de abonar, fertilizar y mejorar la tierra, la simiente se malogra, y si por casualidad llega a germinar, ha de dar luego una cosecha

ínfima, de mala calidad y de inferior especie.

Idéntico es el resultado que han de darnos la instrucción, la educación, las ideas morales que han de inculcarse a la niñez, si antes no hemos preparado el «buen animal», capaz de hallarse en condiciones de asimilar cuanto se le predique con la palabra y con el ejemplo. De nada valen los buenos programas escolares, de nada valen los esfuerzos realizados por que los niños asimilen en mayor escala la cantidad de conocimientos que se trata de transmitirles, si ellos no están preparados, físicamente, para realizar el esfuerzo que se les exige para las importantes funciones cerebrales a que hacemos referencia.

El esfuerzo se malogra, y si por casualidad germinan en ellos, como en la tierra no preparada la simiente, los principios que se les inculca, la tarea por su asimilación ha de resultar en sumo grado fatigosa, y el resultado no ha de ser, por cierto, el esperado.

De suerte que no todos los niños que en nuestras escuelas ponen poca atención en lo que se trata de enseñarles, son retardados por taras hereditarias: muchos de ellos se encuentran imposibilitados de poder realizar el menor esfuerzo de atención, por cuanto han realizado una fatiga muscular mayor a sus fuer-

zas, fatiga que es producida por la cantidad de toxinas—adquiridas por alimentación deficiente, exceso de trabajo, etc.—que el organismo trata de eliminar.

Y esas toxinas son adquiridas, como decimos más arriba, en la habitación del conventillo, en el trabajo de la fábrica, del taller y de la vía pública.

Es que en nombre de la libertad económica, tergiversada, malogramos, al incorporar a la industria, al trabajo en general, el alma del niño, considerado, como la mujer, como el obrero mismo, virtualmente máquina.

Aquiles Loria, al hablar de las terribles consecuencias que reporta la libertad económica en una sociedad de seres económicamente desiguales—válvula de escape del capitalismo—nos narra que en holocausto a esta misma libertad económica y «con el objeto de obtener obreros dóciles y poco retribuídos, el ardor diabólico de los capitalistas dedicóse al reclutamiento de niños». Entonces era corriente ver trabajar a niños de seis y siete años, y agrega que el suicidio de los niños, que alguien declaró imposible, se convirtió en normal y frecuente fenómeno.

Y si esto ocurría entonces, época, sin embargo, cercana, ¿qué decir de lo que ocurre

hoy con los niños que trabajan y que también se «ven obligados», impelidos fatalmente al suicidio, como suprema liberación, como justo término a una vida de sufrimientos incompatible con la infancia?

Es que se ven obligados a soportar, con estoicismo, toda una vida de amarguras, adultos sin haber vivido la infancia, viejos, por toda una eternidad de sufrimientos, sin haber dejado su envoltura exterior de niños.

¿Puede imaginarse algo más horrible que una infancia envejecida—paradoja real—que sabe de todos los dolores de los hombres, sin saber una, tan siquiera una sola, de sus alegrías?

¿Puede imaginarse algo más horrible que la condena a que se ven sometidos los niños, alejados de los juegos propios de la edad, sepultados en los albores de su vida por su propio dolor?

¿Qué sombras morales han de cruzar por el alma de estos niños, que debió ser blanca, inmaculada, al contaminarse de todas las impurezas de la vida!

Al incorporarlos a la industria, al comercio, al trabajo en general, se atenta a su condición de niños, haciéndolos materia codiciable para el capital «beneficiado» por la

competencia ruinosa que se establece al incorporarlos al mercado del trabajo.

El progreso de la mecánica aplicada a la industria ha simplificado el manejo de la máquina, requiriendo, por lo tanto, un menor despliegue de fuerza muscular; de ahí que el capital, en su afán incesante de multiplicación, intenta lucrar con este menor despliegue de fuerza requerido por la máquina, y haya reemplazado, y trate incesantemente de reemplazar, al obrero varón adulto con las mujeres y los niños.

Claro está que al incorporar a las mujeres y a los niños a la industria, sacando la mayor ventaja posible de ellos, tiene en cuenta otro factor poderoso, y es el de la desorganización completa del trabajo de las mujeres y de los niños, los que al ingresar al mercado del trabajo determinan la depreciación de los salarios masculinos, estableciendo una competencia ruinosa.

El capital adquiere la fuerza de trabajo como mercancía; siendo cotizabile toma la ofrecida en mejores condiciones para la industria, esto es, a más bajo precio, y se emplea a las mujeres y a los niños, los cuales, con un rendimiento mayor de producción en su jornada de labor, perciben un salario en mucho inferior al de los hombres.

Establecida la competencia ruinosa a que hacemos alusión en este trabajo, el niño, el hijo, es el que «disputa» el trabajo al hombre, a su propio padre, y toda tentativa de defensa del salario ha de fracasar si no se aleja de la fábrica al niño, si no se organiza al menor, tratando de que forme parte de su sindicato de oficio para defender y uniformar el salario conjuntamente con el obrero adulto.

Claro está que, incorporado el niño a la industria, desalojado el adulto de su trabajo, va a engrosar la fila de los desocupados, que pesan enormemente en la riqueza nacional. De ahí que el trabajo de los niños, lejos de beneficiar a la sociedad, la perjudique en sus intereses mayores aún. Se sacrifica, pues, en aras de intereses particulares, como son los de los capitalistas, los intereses generales de la sociedad.

Cuanto menor sea el número de los privilegiados que acaparen la división de la riqueza, mayor será el número de los que tengan que luchar desventajosamente para adquirir lo más indispensable para el sustento cotidiano. De suerte que, contribuyendo el niño, con su trabajo, al acaparamiento de la riqueza por parte de algunos privilegiados, ahonda más las dificultades que se oponen a los obreros al

luchar, como decimos más arriba, con toda desventaja en defensa de su salario.

Esta situación anormal creada al obrero adulto, obligado, la mayor parte de las veces, a verse suplantado en el trabajo por sus propios hijos o hermanos (niños), redundan directamente en perjuicio de la economía nacional, (pues ésta se ve engrosada como un caudaloso río por la gran cantidad de afluentes, que en este caso están representados por los individuos), y como la mayoría de una nación la constituye la gente de trabajo, resulta evidente que al mermar el salario, mermará el consumo, el beneficio de la misma producción; inferior será el producto del trabajo en malas condiciones, y todo ello, lejos de producir, por así decirlo, una creciente en el río de la economía nacional, produce una baja, o, por lo menos, un estancamiento que redundan en perjuicio de la colectividad.

Y en lo que respecta a nuestro país, donde el industrialismo no está aún desarrollado inteligentemente, la situación se agrava con la desorientación por que atraviesa el país en estos momentos de crisis intensa en todo sentido. El alejamiento de los obreros de la fábrica y del taller, suplantados por las mujeres y los

niños, llega en estos momentos a su punto culminante.

Es que nuestra burguesía sólo ha asimilado de la europea sus vicios de origen, eso sí, aumentándolos. Carece del sentido inteligente del industrialismo; es por eso que siempre prefiere a los obreros inferiores en el sentido técnico, con tal de obtenerlos a más bajo precio, no importándole absolutamente que esto resulte en detrimento de la calidad de los productos fabricados.

Sabemos que en Europa las organizaciones obreras imponen a los patrones el empleo en sus industrias o comercios de obreros del sindicato, implicando esto que han de ser buenos técnicos y expertos operarios; no porque ello vaya a beneficiar directamente a los industriales, sino porque, teniendo conciencia de su capacidad, jamás se prestarían a la rebaja del salario, como es de suponer lo hicieran los que que no se hallan en tales condiciones: las mujeres en algunos países, y los niños.

La defensa de los intereses proletarios redundando en cierto modo en beneficio de la técnica; por eso nos explicamos perfectamente que la población de ciertos países de Europa y de algunos estados de Norte América reclame productos que llevan la estampilla de

la organización del gremio que los ha fabricado, por cuanto ello implica, no sólo el despertamiento del espíritu de agremiación, sino una garantía de buena confección y de buen proceder.

En nuestro país, sólo los gráficos se permiten el «lujo» de imponer a sus patrones el empleo de obreros organizados. Es éste el único gremio que, organizado inteligentemente, con su sistema de comisión mixta de patrones y obreros, vela por que se respete la ley reglamentaria del trabajo de las mujeres y de los niños en los talleres gráficos que dependen de la Unión Industrial Argentina.

A los gremios obreros es a los que mayormente incumbe velar por las leyes defensivas de los obreros.

Pero, ¿qué decir de lo que ocurre aquí, en nuestro país, con respecto a las mujeres y a los niños que trabajan, que contrarrestan toda acción de mejoramiento gremial en que están empeñados los hombres? Y si pensamos que existe una ley que protege a las mujeres y a los niños trabajadores, nos resulta doblemente contraproducente la pasividad de las mujeres que no tratan de acogerse a los beneficios de la ley.

El trabajo de los niños es algo tan anacró-

nico (un mal y, como tal, innecesario) que no debe reglamentarse, sino prohibirse terminantemente.

Debemos colocar al niño en su verdadera situación de tal, permitirle su desarrollo físico, para que luego no caiga en terreno infecundo la semilla de la educación y de la instrucción.

Al que debemos colocar en situación de ganar el sustento para sí y para sus hijos es al padre, al adulto (comprendida la mujer entre éstos). A él corresponde manejar inteligentemente las fuerzas que la historia pone a su alcance, y el primer punto, el esencial, por cuanto con él defiende su vida, la de sus hijos, y, por consiguiente, la grandeza del país, es lo que tiene estricta atinencia con el salario.

Y el estado, inteligente a su vez, al ser formado por ciudadanos íntegros, bien alimentados, sanos de cuerpo y de espíritu, debe velar por lo que constituye el capital de reservas, precioso capital de toda nación: por los niños. Creemos que es sencillamente ridículo preocuparnos únicamente de la instrucción de algunos niños. Como si antes de esto no fuera menester todo un proceso previo para preparar el surco donde se ha de arrojar la simiente! Es necesario crear un ministerio de menores que

tenga a su cargo todo lo que se refiera al desarrollo integral del niño.

He demostrado a grandes rasgos por qué el trabajo de los niños no beneficia económicamente a la sociedad. Es menester señalar por qué no la beneficia moralmente.

En primer lugar, para hacer resaltar la inmoralidad de un sistema anacrónico, señalaremos algo que resultará muy gráfico: describamos la situación de nuestros niños.

En una de las sesiones preparatorias del Congreso Nacional del Niño, el profesor Ernesto Nelson dijo, refiriéndose a un trabajo mío que figuró en la exposición anexa, que es altamente humano y patriótico demostrar las condiciones de vida, de trabajo, etc., de nuestros niños, a fin de reparar las deficiencias. «Hay que demostrar—agregó—la forma en que viven y trabajan los niños, sin reticencias de ninguna especie, mostrando la llaga en toda su desnudez».

Nada más eficaz, pues, que las fotografías tomadas en el trabajo, en la calle y en el lugar mismo donde se ven obligados a delinquir.

He tenido oportunidad de ver, una vez más, las miserias morales y materiales que acechan a los niños de las clases pobres. Ellos, que ya vienen al mundo cargados de taras heredita-

rias, permanecen, en la mayoría de las familias obreras, exentos de cuidados.

Los niños que, acumulando taras, llegan a vivir, prosiguen su triste destino: primero el conventillo, luego la fábrica, el taller y el trabajo de la vía pública.

Los niños más o menos sanos concurren a las escuelas comunes por espacio de poco tiempo, siendo la instrucción primaria obligatoria. Pero ¿cómo explicar la enorme cantidad de niños en edad escolar que pululan por las calles en las horas de clase?

Es que la instrucción primaria obligatoria sólo existe en el espíritu generoso de la ley. Faltan escuelas.

Luego, más grandecitos, los niños del medio obrero se dedican a una ocupación que permita algunas entradas más a la casa, en donde es menester que el pobre presupuesto haga equilibrios.

Pequeños que, desde la más tierna edad, se ocupan en tareas difíciles y penosas. En primer término, están los canillitas, bautizados con este nombre por el hermano de bohemia y de bondad: Florencio Sánchez. Son innumerables, de todos los tamaños y de todas las edades. Viven en contacto inmediato con las

clases de los bajos fondos sociales y constituyen la mano derecha del periodismo local. Comen donde pueden y duermen donde el sueño los sorprende. Tienen por techo el cielo tachonado de estrellas o cubierto de nubes tormentosas.

Los he visto, algunos de siete y ocho años, a las cuatro de la mañana, cargando paquetes de diarios y revistas. Entre ellos no faltan niñas que ya se dedican a este duro y penoso trabajo.

Muchos de estos canillitas quedan inválidos a raíz de accidentes y caídas de los tranvías. Como protestas vivientes prosiguen aún después de la invalidez en la venta de diarios.

Las penas y martirios de estos niños, soportadas con el estoicismo de los avezados, son inauditas. En su pintoresco lenguaje denominan «pasadores de mala» a los que llevan una vida harto aventurada.

Los lustrabotas, también como los canillitas, de las más variadas edades, llevan una vida indigente, por demás precaria. No es menester detallarla, porque a todos nos es dado conocer la vida de estos pequeños «industriales». Ha tiempo, el mismo día en que una hermosa leyenda atribuye el reparto de juguetes a los reyes magos, eternamente parciales, al volver de una fiesta que en el teatro Colón

realizara la simpática «Casa del Niño», un gentío enorme—mujeres, en su mayoría madres llorosas—que se aglomerara a las puertas de una comisaría, llamó mi atención. Supe que un niño había sido muerto por un tranvía.

Valiéndome de mi «carnet», entré en la comisaría para ver de cerca a aquel a quien los reyes magos no visitaran jamás. ¡Nunca espectáculo alguno me emocionó tan hondamente como aquél!

En una camilla, un niño de facciones hermosas, rubio, de dorada cabellera desgredada, dormía un sueño plácido, crispada una de sus manecitas sobre el cajón de lustrabotas hecho pedazos, y en la otra los restos de sabrosa golosina. La muerte le sorprendió cuando se hallaba entregado al único placer que le fuera dado: comer.

¡Era tan hermoso el niño, se dibujaba en su rostros tal expresión de dulzura y placidez, que parecía agradecer la fatalidad que pusiera fin a su desventurada existencia!

Hace aproximadamente tres años, a las 3 a. m., vi a un niño durmiendo sobre los escombros de las casas demolidas para dejar paso a la diagonal sur. Interrogado el niño por qué se encontraba allí, contestó que no había ido a su casa por no desafiar la ira de su padre, a

quien debe entregar todos los días nueve pesos, producto de la venta de billetes de lotería. Agregó que su padre obtuvo de las piadosas damas que los reparten, los billetes para la venta, merced a las recomendaciones de un señor que reconocí como a un prestigioso caudillo del viejo régimen.

Los vendedores de frutas, baratijas, etc., forman legión.

No me refiero a los niños empleados en fábricas y talleres, porque sería repetir cuanto digo en mi trabajo presentado a la sección legislación industrial de este congreso sobre «El trabajo de los niños y los menores». Las niñas que a deshoras de la noche venden cigarrillos y postales a las puertas mismas de los lugares donde el vicio triunfa en todas sus más bajas formas, los niños entregados por los jueces de menores a las familias que, no pudiendo permitirse el lujo de sirvientes, los explotan; los niños que van dejando día a día jirones de carne y de alma en la fábrica y en el taller, son la manifestación latente, palpitante, de la inmoralidad de un régimen social anacrónico.

Que el niño sea alejado de la fábrica, de los talleres, de todo lugar donde se atente a su

condición de niño. Que no se le aleje de un peligro para arrojarle a otro mayor: la calle.

Es menester que señalemos otras causas para demostrar que, lejos de beneficiar moralmente este estado de cosas a la sociedad, la proclama profundamente inmoral. Inmoral es todo lo que trata de desviar aquello que sabiamente la naturaleza ha trazado.

Inmoral es la paradoja real que a cada paso vemos: la vejez de la infancia que es adulta, prematuramente adulta, sin haber vivido un solo minuto de su niñez, viviendo toda una eternidad de sufrimientos, sufriendo la condena horrible de vivir en promiscuidad en «habitaciones» donde se le niega hasta la luz, el sol, el aire, que también parecen privilegio de los ricos.

Inmoral es la condena del trabajo perpetuo, donde van adquiriendo toxinas que no sólo minan su físico, sino que dañan su espíritu. Inmoral es arrebatarse a la infancia sus momentos de expansiones, de juegos, de aire libre; inmoral es, en una palabra, la riqueza adquirida sacrificando lo que constituye el porvenir de una nación.

Contribuyamos a que se asegure el desarrollo normal e integral del niño de hoy, hombre mañana, llamado a cimentar la grandeza de la

patria en los campos del trabajo creador, que eleva y dignifica a los pueblos.

CONCLUSIONES

Considerando: que, al incorporar a los niños a la industria, al comercio, al trabajo en general, se atenta a su condición de tales haciéndolos materia codiciable, presa fácil, para el capital «beneficiado», por la competencia ruinosa que se establece al incorporarlos al mercado del trabajo, el primer Congreso Americano del Niño aboga:

1.º Por que se establezca, en todos los países concurrentes al congreso, una corriente de opinión favorable a los ministerios de menores.

2.º Por que las asociaciones gremiales traten de alejar, de la fábrica y del taller, al niño, cumpliendo en esta forma uno de los puntos defensivos del salario.

3.º Por que al alejar a la infancia de un peligro, no se la arroje a otro mayor.

4.º Por que sea alejado de la fábrica, del taller, de todo lugar donde se atente a su integridad física y moral, a su condición de niño. Para ello es menester difundir la enseñanza primaria, aumentar el número de escuelas y costear la educación y el cuidado de lo que constituye la esperanza del país.

La mortalidad infantil como un elemento de bancarrota social

De palpitante actualidad es en nuestro país este tema, por cuanto existe una relación íntima entre el estancamiento, o más bien, retroceso numérico de la población de la república y la elevación del índice de mortalidad infantil, que llega a su punto culminante en algunas provincias del norte.

Claro está que las cifras que el censo revela, y que tan justamente nos preocupan a los que no somos gobernantes del país, no dependen única y exclusivamente de este fenómeno de morbilidad y mortalidad infantil. Otras causas, como el estancamiento de la inmigración, que no viene a nuestras playas por la perspectiva poco halagüeña de las condiciones anormales por que atraviesa el país—situación creada por los malos gobiernos que se suceden de un tiempo a esta parte y que no se preocupan en absoluto de ofrecer garantías que

hagan agradable la estada, al vivir los seres con la amenaza de la espada de Damocles, de las leyes de excepción, llamadas de orden social y de residencia,—determinaron el estancamiento de la población; de manera que a los siete millones de habitantes que el censo atribuye a nuestro país, hay que restar la cantidad considerable de ciudadanos de los países en guerra que marcharon, apenas estalló ésta, a alistarse en las filas de sus respectivos ejércitos.

Si, como dijera nuestro gran pensador el insigne tucumano Juan Bautista Alberdi, «gobernar es poblar», convengamos en que nuestro país no ha tenido gobernantes. El pueblo sabe perfectamente la definición, el calificativo que merecen estos hombres.

Nos hallamos, pues, a los cien años que nos separan de la jura de la independencia, como nación constituida, con siete millones de habitantes y con un índice de natalidad que nos coloca a la altura de los pueblos donde se verifica menor número de nacimientos.

Y pensar que hay aún quien habla de «selección» de la inmigración, pero de selección al revés, con el objeto de que «los hombres de buena voluntad que quieran habitar en este suelo argentino» se resignen a su triste condición de parias, eternamente sometidos. De ahí que

tengamos leyes de excepción como las de residencia y social, que castigan y persiguen y expulsan del territorio argentino a los hombres que tienen la valentía de defender su salario, de defender lo que constituye su «capital», con el que ha de proporcionar alimentos e instrucción a sus hijos; a los que tienen la valentía de soñar para esta tierra un porvenir luminoso, porque un pueblo bien alimentado física y moralmente ha de conducir al país a los más grandes destinos.

La mortalidad infantil constituye un factor primordial de bancarrota social; todo pueblo que quiera salvaguardarse de este factor especialísimo de degeneración debe poner especial cuidado en el aumento de la natalidad, y no sólo en el aumento, sino poner especial empeño por que aquélla se efectúe en buenas y normales condiciones.

La mortalidad infantil, consecuencia directa del desequilibrado régimen social actual, se debe a una serie de factores económico-sociales derivados de un cúmulo de circunstancias que comienzan durante la gestación del individuo, siguen con el nacimiento, le acompañan durante el desarrollo y se transmiten luego por herencia, y tienen su origen en la mala alimentación, en el exceso de trabajo, en la fal-

ta de higiene y de comodidades en la vivienda —a esto hay que agregar el alcoholismo, la avariosis, etc., por parte de los padres,—lo cual redundando en la falta de cuidados, de alimentación, etc., en los niños; cuidados, alimentación, que la sociedad les arrebatara en múltiples formas: en primer lugar incorporando a la mujer madre a la industria, con toda desventaja, al ser considerada, virtualmente, máquina.

Por esto vemos que la mortalidad infantil en las ciudades industriales está mucho más desarrollada en los barrios pobres, donde vive la gente de trabajo, que en los barrios aristocráticos.

La mortalidad infantil, pues, tiene su origen en el desequilibrio económico, derivado del acaparamiento de la riqueza social por algunos privilegiados. Cuando se estudia los medios para combatir los efectos de la mortalidad infantil sin atacar las fuentes de origen, pensamos que ocurre con esto lo que con la lucha cruenta por combatir la tuberculosis: camas en los hospitales, sanatorios, etc., alimentación abundante para los atacados del mal, pero hay resistencia por parte de la sociedad en atacar las fuentes de origen. Dar una jornada humana de trabajo a los obreros, higienizar las fábricas y los talleres donde trabajan, elevar

el salario y el poder adquisitivo de la moneda a fin de que puedan tener una sana y abundante alimentación y que puedan vivir en habitaciones llenas de luz y de aire, en donde entre el sol a raudales: así, sólo así, atacando las fuentes del mal, podrá combatirse eficazmente la tuberculosis.

Idéntico es el resultado de la lucha contra la mortalidad infantil, si no atacamos la base del mal, que parece sólida e incommovible.

Cierto es que la ignorancia de las madres contribuye en gran parte a agravar el mal. Pero, ¿basta, acaso, que se anuncien conferencias sobre puericultura, si la madre que ha debido abandonar a sus hijos para ir a la fábrica, al taller, para subvenir con su mísero salario a las necesidades de su casa, no puede concurrir a ellas, porque al llegar a su hogar comienza la otra tarea, la de atender a sus hijos, robando el tiempo necesario a su descanso? ¿Podemos culpar a esta madre de ir extinguiendo la vida de sus hijos con su ignorancia y con sus prejuicios?

¿Qué ha hecho la sociedad por ella, al imponerle el sacrificio de ser madre? ¿La ha preparado, acaso?, ¿la ha ayudado, la ha colocado en condiciones de poder ser en realidad tal?

¡Ah! es que en este país, donde existe tanta preocupación por obtener un plantel de animales finos, «eugénicos», diríamos, nada importa el desarrollo del capital humano, el desarrollo normal e integral de la infancia.

El niño de la clase pobre jamás ha de tener cuidados especiales; ni aún en la vida intrauterina tiene los cuidados más elementales que la higiene y la seguridad exigen.

II

Cuando un organismo requiere el reposo, porque en el gran laboratorio de la vida hay en gestación un sér; cuando sus nervios exigen calma, porque su sensibilidad psíquica y nerviosa ha aumentado considerablemente; cuando su estado reclama una sana y especial alimentación, la mujer obrera está condenada—horrible pena—a acumular todas las toxinas que física y moralmente han de dañar—si no destruir—toda una vida futura.

La madre obrera, cuando debe ser rodeada (más que por ella, por el hijo que va a nacer) de los más solícitos cuidados, está condenada a acumular todos los males, que luego, como triste herencia, ha de legar al hijo.

Más tarde, los asilos, los hospitales y los

cementerios, dan cuenta de lo que debiera ser la esperanza del país.

Nacido el niño en una familia obrera, en la más triste de las condiciones, la fábrica y el taller le persiguen, implacables, aún en los primeros meses de su vida. La madre obrera, forzosamente ha de dejar a su hijo lactante al cuidado de otras personas; la hija mayorcita que aún no va a la fábrica suele cuidar del hermanito en ausencia de la mamá.

Se alimenta al pequeño, generalmente, con biberón mal preparado: de ahí que la gastroenteritis haga estragos en los niños de las clases trabajadoras. El cartel de la asistencia pública, muy bien intencionado, por cierto, que dice «la leche de la madre pertenece al hijo», constituye una ironía... ¡Véase hasta qué punto pertenece a los niños de la clase trabajadora!

El problema económico es, pues, el factor primordial de los fenómenos de esta naturaleza, y los que se asustan del término «lucha de clases», tratando de engañarse a sí mismos, haciéndose la ilusión de que esto es creación de los elementos avanzados en ideales, no tienen más que dar una mirada muy a la ligera a las causas de estos fenómenos para

convencerse de que ellos tienen en realidad su origen en las señaladas.

Cuando un obrero reclama aumento de salario, con el que defiende su vida y la de sus hijos; cuando reclama disminución de horas en su jornada de labor, que le han de permitir mayor descanso que eleve su condición física y moral; cuando pedimos—dadas las condiciones fisiológicas de la mujer—tres días de descanso por mes para la mujer trabajadora, empleada, maestra; cuando pedimos el reposo para la mujer embarazada y puerpera, etc., y todo esto halla resistencias por parte del Estado y de los capitalistas, ¿no resulta evidente la lucha en favor de los privilegiados, los que a diario ven supeditarse a su afán incesante de riqueza lo que constituye el porvenir de la nación?

¿No hemos sacrificado, en esta forma, dañando o malogrando, una vida futura en holocausto a intereses particulares?

Muy bien demuestra Aquiles Loria en «Problemas sociales», al citar los versos de Horacio, de que la muerte hoy ya no es imparcial. Ella ha brindado un privilegio a los ricos, y su guadaña simbólica también se ha vuelto parcial al segar cotidianamente mayor núme-

ro de pobres. La muerte, pues, también está supeditada a la «lucha de clases»...

Y dice el gran sociólogo italiano que tan cierto es esto, «como que el rico alcanza una existencia media de 55 a 56 años, mientras que la del pobre sólo es de 28».

Y agrega que en las familias nobles de Alemania la mortalidad de los niños menores de cinco años es de 5,7 por ciento, mientras que entre los pobres de Berlín es de 34,5 por ciento en las familias de los capitalistas, y 54 por ciento en las familias de obreros y criados.

Vemos entonces que, por las causas señaladas, la mortalidad infantil está mucho más desarrollada en los barrios obreros de Boca, Barracas y San Cristóbal, que en los barrios aristocráticos del norte.

Los cuadros demográficos de nuestra ciudad nos dan un porcentaje elevado de mortalidad infantil.

En mi trabajo «El menor y el niño obreros», de la sección legislación industrial, llego, en el capítulo de la morbilidad y mortalidad infantil, a algunas conclusiones dolorosas, que repito:

En las provincias argentinas, donde el pauperismo en todo sentido llega a su punto cul-

minante, los efectos de éste se hacen sentir principalmente en la disminución de la natalidad y en la alarmante mortalidad infantil. En Salta y Tucumán toma este fenómeno caracteres gravísimos, en especial en esta última provincia, donde ya comienzan a hacerse sentir sus efectos.

El doctor Biale Massé, en el informe presentado al ministro González sobre el estado de las clases trabajadoras en el interior, refiriéndose a Tucumán, dice: «En Tucumán se extrema la explotación del pobre, el martirio de la mujer y la primera fuerza del niño. Los niños se acaban en flor, si es que salen vivos del claustro materno».

Nos explicamos perfectamente, después de leída esta frase dolorosa, la espantosa mortalidad infantil que ha hecho presa del jardín de la República. ¡Y pensar que se festeja allí con grandes fiestas y hasta derroche de fuerza física importada—pues en conmemoración de nuestra gran fecha nacional tuvieron allí lugar, ¡oh, ironía!, torneos de box y de lucha romana—la primer centuria de la jura de nuestra independencia como nación!

Se hablará mucho de patriotismo, se invocará los pliegues de la bandera azul y blanca para cubrir muchas impotencias, pero, estoy segura,

ni una sola voz de gobernante ha de elevarse, ni una sola mente oficializada ha de preocuparse para buscar la solución del problema, para oponer un dique a la espantosa mortalidad infantil que azota a Tucumán...

III

Señalada la causa principal de la mortalidad infantil, esto es, el problema económico, menester es recordar que otras causas contribuyen a la misma. El doctor Delio Aguilar, no hace mucho, denunciaba desde las columnas de la prensa metropolitana hechos concretos referentes a la mortalidad infantil. Titulaba sus artículos «Las matadoras de niños», y exponía, con toda autoridad al par que sencillamente, que en «nuestra capital sufren horriblemente y mueren al año muchos cientos de niños entre los primeros días y los primeros meses de la vida, y esos niños se extinguen asesinados. Asesinados, esa es la palabra!».

Y con valentía señala las fuentes «donde se mata los niños», fuentes la mayoría con apariencia de sanatorios—privilegio de los ricos—y valientemente fustiga la cobardía de algunos médicos—la mayoría,—que por el hecho de ver en su profesión un medio mecáni-

co de explotar el dolor, callan lo que jamás debieran callar...

Y termina, como terminamos todos los que nos preocupamos, sin ser gobernantes, de los intereses vitales del país, reclamando «a la brevedad posible se dicte una ordenanza, un simple decreto, una ley a semejanza de la de Roussell, que impida, mirando siquiera una faz de tan importante asunto, que esos pobres, que esos inocentes seres, mueran sin siquiera poder tener fuerzas para llorar sus desdichas».

Unida al factor económico otra cantidad de factores derivados de éste, que atentan a la vida intra y extrauterina de los niños, nos explicamos perfectamente que los cuadros demográficos den un porcentaje alarmante de mortalidad infantil. Este problema preocupa a los estudiosos, a los que aman a la patria y trabajan por su engrandecimiento sin chauvinismo y sin ostentación desmesurada de símbolos, a los que, en su afán de oponer un dique a tan terrible mal, señalan la fuente, el origen que hay que atacar de lleno si se desea disminuir sus efectos.

Una jornada excesiva de trabajo, la exigua alimentación, porque el salario es mísero, la habitación que obliga a la más espantosa promiscuidad posible; la miseria moral que lleva

a la taberna y al libertinaje al padre, al futuro padre; el trabajo excesivo, que agota las fuerzas de la obrera y que hace estallar en ella todas las predisposiciones morbosas; la falta de reposo en la mujer embarazada y puérpera: he ahí las causas principales de la mortalidad infantil, causas de bancarrota social.

Necesitamos, pues, que la legislación social siga su curso normal. Salvemos al país de la bancarrota que significa la mortalidad infantil. Que no se oponga a las legítimas aspiraciones de los que desean conservar y mejorar la especie humana, la aspiración de la cría de ganado fino que nos ha de dar un primer puesto entre los países reproductores...

Por esto, toda iniciativa que tienda a la conservación de la especie y al desarrollo normal e integral de la infancia, ha de merecer nuestro estímulo, nuestro aplauso y nuestro apoyo en la medida de las modestas fuerzas que poseemos. Y acompañando a la acción desarrollada en este sentido por las fuerzas avanzadas populares, está la acción de los dispensarios de lactantes, protección a la primera infancia e institutos de puericultura que dependen de la asistencia pública, acción simpática, puesto que ella está inspirada precisa-

mente en salvarnos de la bancarrota social que significa la mortalidad infantil.

Los institutos de puericultura, dispensarios de lactantes y protección a la primera infancia constituyen una de las notas más simpáticas—y poco conocidas, desgraciadamente—de la asistencia pública de esta capital.

La tarea que desempeñan los médicos de estos establecimientos no sólo se concreta a la curación física, mecánica, diría, sino que tiene también a destruir los prejuicios que pesan sobre las mujeres del pueblo, con respecto al cuidado, alimentación e higiene de los niños.

Los médicos de estos institutos ejercen ampliamente su misión reportando a la clase trabajadora grandes beneficios en todo lo que a primera infancia se refiere. La misión social del médico halla en estos establecimientos digna aplicación. Diariamente se reúnen en ellos todas las miserias que afligen a los niños pobres, ya sea por falta de alimentación, cuidados, ignorancia de las madres, etc. Algunos niños llegan casi intoxicados por el exceso de alimentación.

No termina la tarea del médico con la curación momentánea del niño; es menester que él llegue a ser un hombre fuerte y útil a la socie-

dad. Y para hacerle fuerte y bueno moralmente, es menester hacerlo fuerte físicamente, dándole una sólida base de nutrición, ayudando por medio de la asistencia social, que es la forma más elevado de la solidaridad humana, a las madres que necesitan para sus hijos cuidados y alimentación.

Se atenúa en esta forma la morbilidad y mortalidad infantil que tantos estragos causa en los niños de las clases pobres, empenándose una gran batalla en la que el médico trata de conservar una vida—más tarde útil al consorcio humano—acechada por las mil miserias derivadas del formidable enemigo: la pobreza.

El médico, entonces, se remonta a los antecedentes de familia. Para curar al niño no sólo es necesario un tratamiento que influya en lo físico, sino también en lo moral, y como sus miserias físicas y morales dependen, en gran parte, de las de sus antepasados, la investigación dirá el tratamiento a seguir.

En las historias de cada niño enfermo que se asiste en los dispensarios de lactantes se observa estos requisitos y no sólo se considera las herencias fisiológicas, sino que también las psíquicas, y se lleva estadísticas sobre las condiciones de vida y de trabajo de los padres y antecesores del niño.

Estas estadísticas, aunque incompletas porque hace poco que se llevan, son, a no dudarlo, las más importantes del país, por cuanto por ellas podemos saber cómo son nuestros niños y cómo serán nuestras futuras generaciones. Alfredo Nicéforo encuentra en estos establecimientos digna aplicación de sus doctrinas sobre antropología de las clases pobres.

En las historias clínicas de cada uno de los niños que se asisten en estos establecimientos se observa notas importantes. En la parte comprendida en los antecedentes de familia, no sólo se tiene en cuenta la nacionalidad, salud y profesión de los padres—datos importantísimos—sino que se consigna la ganancia que reporta la profesión del padre, por lo que se ha de deducir las condiciones en que vive y se alimenta la familia.

En los que se refieren a la madre, encontramos datos de tanta importancia como los siguientes: «¿Trabaja la madre fuera de la casa?» «¿Cuántas horas?» «¿Cuánto gana?». No es necesario detenernos en un comentario especial de estas preguntas, por cuanto lógicamente se desprende de ellas toda su importancia.

El médico sabrá en esta forma los trastornos que ocasionan en el organismo de los niños el excesivo trabajo de la mujer y una larga se-

paración, que no le permite amamantar debidamente al hijo, sugiriendo así a los legisladores la sanción de leyes que pongan, si no término—puesto que para ello habría que revolucionar completamente el actual sistema social,—por lo menos remedios a estos anacronismos.

Otro de los puntos importantes es el que se refiere al hogar. La mala habitación tiene especial influencia sobre el niño y desarrolla en él infinidad de miserias físicas y morales.

No menos importantes son los datos que se refieren a la higiene, cuidados, etc.

Todo esto se completa con el estado que se lleva del niño: peso, talla, circunferencia del tórax, del abdomen, etc.; duración de una lactada, peso antes y después de la lactada, etcétera.

Cada historia clínica tiene su correspondiente diagrama, donde se va anotando mensualmente los datos pertinentes al enfermito. Cada una de estas historias, dolorosas la mayor parte de ellas, parece que fueran protestas airadas de aquellos que han de pagar culpas ajenas por haber venido en malas condiciones a la vida.

Entre todas, me llamó la atención una: «nacimiento sifilítico», decía; tuve oportunidad de

conocer al niño y a su madre, ¡jamás se presentó a mis ojos miseria orgánica mayor! Macilenta, llena de manchas amarillas, la madre amamantaba trabajosamente a un niño arrugado, con pronunciada expresión de viejo, a pesar de sus veinticinco días de nacimiento!

Los labios de él penosamente recogían el «néctar de vida» que la madre, atendida y cuidada por el médico, ofrecía a sus labios.

Por asociación de ideas, al observar al médico que con dulzura femenina, diría, alentaba a esa pobre madre a tener confianza en el tratamiento, asegurándole que ese trocito de carne arrugada sería más tarde un niño lozano y fuerte, recordé a los griegos que arrojaban a los niños deformes al Taijeto...

Es necesario, para ser buena madre, no sólo una gran dosis de ternura, sentimiento innato en la mujer, que mal encauzado arruina a los hijos, sino instruirse y desarraigar todos los prejuicios que pesan sobre la mayoría de las mujeres con respecto a la cría de los nenes.

Tres son nuestros formidables enemigos, me decía uno de los médicos del dispensario número 1. En primer término, la exigua cantidad que se asigna a esta gran obra en el presupuesto; y luego los consejos de la vecina y el empirismo de los farmacéuticos y parteras

al pretender curar las dolencias de los niños con exceso de drogas.

Grandes carteles con leyendas alusivas colocados en esos establecimientos van rasgando la maraña de prejuicios, y poco a poco se hacen carne en las madres los preceptos de la ciencia con respecto a los cuidados de los hijos.

«La leche de la madre pertenece al niño», dice el primer cartel. Es crimen arrebatar al bebé lo que por derecho le corresponde, por lo menos, en los primeros meses de su vida.

Y este cartel, que tiene la virtud de hacer comprender a las humildes mujeres del pueblo los derechos del niño, espera aún convencer a los legisladores que, para no convertirse en ironía—como decimos más arriba,—es menester sancionar una ley que establezca las salas-cuna anexas a las fábricas y talleres.

Las salas-cuna rigen anexas a las fábricas y talleres en Alemania, Suiza y hasta en España, donde la legislación social recién comienza a esbozarse.

Tal es, a grandes rasgos, la obra magna y silenciosa que realizan los institutos de protección a la primera infancia, en su lucha constante y tenaz contra la morbilidad y la mortalidad infantil. Obra grande y meritoria, por

cuanto en el presupuesto, que asigna tanto dinero para cosas inútiles, ocupa un modestísimo renglón.

Obra de solidaridad social, completamente distinta y ajena a las fórmulas del concepto arcaico de la caridad, debe merecer el apoyo y el aplauso de cuantos luchan por el mejoramiento humano.

Señores congresistas: Contribuyamos a que las leyes sociales, las verdaderas leyes de previsión, sean un hecho en todos los países y en especial en el nuestro.

Si de la espantosa hecatombe que ocurre en el otro continente pueden deducirse, a costa de tanto dolor, enseñanzas provechosas, sean los países de esta joven América, que asiste horrorizada al desmembramiento de la vieja Europa, los que las recojan y sepan aplicarlas. Desgraciadamente, los ideales generosos no se imponen si una fuerza numérica considerable de hombres no los sostiene.

Y ojalá esté muy próximo el día en que podamos brindar hospitalidad a todo el que quiera venir a habitar en este suelo argentino, al amparo del triple grito de ¡libertad! de nuestro himno, que no constituirá entonces una ironía, por cuanto habremos devuelto a nuestro pueblo lo que la constitución le acuerda:

pensar y emitir su pensamiento con libertad. Y apresuremos así el advenimiento de la Atlántida soñada, «promesa de oro que presintió Platón». Y abiertos los brazos fraternalmente a los que quieran habitar en este suelo, hemos de esperar una doble cosecha: la una que inunde de dorado trigo a nuestras tierras, y la otra que ha de poblar de adorables niños al país, salvándonos en esta forma de la tristeza de festejar otro centenario con tan pocos habitantes.

CONCLUSIONES

Considerando: Que la mortalidad infantil constituye el factor primordial de bancarrota social;

Que es debida a una serie de factores económico-sociales;

Que la principal causa de la degeneración de la raza, y, por consiguiente, de la mortalidad infantil, deriva de un cúmulo de circunstancias que comienzan durante la gestación del individuo, siguen con el nacimiento, le acompañan durante el desarrollo y se transmiten luego por herencia;

Que ellas tienen su origen en la mala alimentación, en el exceso de trabajo, en la falta de higiene y de comodidades en la vivienda—a

esto agréguese alcoholismo, avariosis, etc.—por parte de los padres, y que ello redundo en la falta de cuidados de alimentación, etc., en los niños; cuidados y alimentación que la sociedad les arrebató al incorporar a la mujer-madre a la industria, con toda desventaja al ser considerada virtualmente máquina; el primer Congreso Americano del Niño, aboga:

1.º Por que se sancione leyes, en todos los países concurrentes al congreso, que aseguren el desarrollo normal e integral de la infancia, comenzando por poner a los padres en condiciones de serlo, protegiéndose a la madre antes de la maternidad, y asegurando higiene, cuidados y alimentación a los niños en su vida intra y extrauterina.

El mejor factor eugénético

I

Siempre consideramos oportuna la discusión de estos tópicos que interesan a la colectividad. Lejos de nosotros la idea de que deban limitarse únicamente a los universitarios. Creemos que la ciencia se aprende, más que en los libros, en la vida misma. No es privilegio de universidad.

Sin embargo, bueno es hacer notar que algunos médicos, celosos de su título universitario, creen que la discusión de tales temas debe limitarse exclusivamente a ellos.

Como si el eugenismo, o sea la tendencia que pregona el mejoramiento físico y mental de la raza, no preocupara por igual al sociólogo, al educador, al legislador, al estudioso!

Esa manía de querer limitar la discusión de temas que, más que a nadie, interesan al pueblo mismo, nos recuerda el procedimiento

de los antiguos sacerdotes guardianes de «la sabiduría», que herméticamente cerrada en cofres la entregaban a la adoración del «ingenuo pueblo», en fechas fijas, sin jamás explicarle su contenido.

Hoy, por fortuna, desde que las bibliotecas han abierto sus puertas y los libros esperan en los estantes que una mano generosa los aparte y una mente ansiosa de saber se impregne de ellos, desde que el libro se ha popularizado por su baratura, el espantajo de la ciencia oficializada ya no tiene razón de ser.

Por eso vemos que en los congresos y en los diarios populares se comienza a abordar estos temas, por más que el amor propio de los universitarios se resienta de la discusión que pueda suscitarse entre los «no universitarios».

Hecho este pequeño exordio, entremos en materia.

Sabido es que la eugenesia, doctrina fundada por Francisco Galton, tiende al mejoramiento físico y mental de la raza mediante la selección de los individuos aptos para la procreación eficiente y en buenas condiciones. Para evitar la procreación de seres inferiores, los secuaces de esta doctrina proponen una serie de medidas que varían desde la inhibición

de las funciones procreadoras hasta el total anquilamiento de las relaciones sexuales en los individuos considerados inferiores.

Sostienen que los individuos que dan el porcentaje más elevado de inferioridad física y mental deben extinguirse sin haber procreado, sin tener descendencia que aumente la degeneración de la especie.

Vale decir, que estos grupos deben aislarse para que sucumban totalmente.

Pero no es posible explayarse sobre este tema sin haber antes separado los grupos que fatalmente, por causas sociales y físicas, están degenerando la raza.

Sostenemos que todas las causas de degeneración de la raza responden a un anacrónico orden social, vale decir, que son causas sociales las que las determinan.

La mayoría de los eugenistas hace hincapié en el aislamiento de criminales, degenerados, etcétera, para evitar su reproducción.

Esos grupos sociales, por fortuna, no son los más numerosos, y como al hablar de criminales y degenerados se refieren a individuos que la sociedad ha segregado en establecimientos donde no les es posible la procreación, vemos que ellos se van eliminando de por sí. Es que los eugenistas que hacen hincapié en esto de de-

lincuentes natos son secuaces de las teorías lombrosianas.

Por lo demás, creemos que es el medio, el ambiente, el que puede modificar y hasta eliminar taras hereditarias perniciosas.

Se da demasiada importancia a la extinción de estos grupos, que son los menos numerosos, y la raza degenera por la miseria moral y material de sus clases más numerosas: las clases productoras.

En dos grandes grupos podemos dividir las causas de degeneración de la raza: pauperismo material, pauperismo mental. De estos dos grandes grupos emanan las enfermedades que minarán y empobrecerán cada vez más el organismo social si no se pone especial empeño en que desaparezcan las causas que las producen, intereses creados que no permiten a muchos entusiastas eugenistas tratar de resolver el problema con toda amplitud.

La tuberculosis y el alcoholismo constituyen el binomio, base de la degeneración de la especie.

Atacar las fuentes de origen de estas terribles enfermedades debe ser preocupación constante de los eugenistas, en lugar de perderse en disquisiciones profesionales de si conviene o no esterilizar, o aplicar otros medios expe-

ditivos a cuantos contribuyen a la degeneración de la raza. Esto equivaldría a aislar de sus funciones procreadoras a la gran masa de población, por cuanto la mayoría de los individuos de las clases populares, ya sea por exceso de trabajo, por influencias de la mala habitación, de la exigua y detestable alimentación, o por intoxicación alcohólica o sifilítica, estimuladas por la ignorancia, están marcados por estigmas que rinden imposible la descendencia en buenas condiciones.

De manera, pues, que en lugar de interesarnos aquellos factores de degeneración humana que ya se van eliminando de por sí, como ser criminales y degenerados, o de interesarnos grandemente la suerte de aquellos que perteneciendo al grupo social de posición desahogada que conoce y tiene nociones de química, ve con terror aumentar su especie degenerada, nos interesa mayormente aquel grupo social más numeroso, agotado por exceso de trabajo, obligado a una mala alimentación y a verse hacinado en habitaciones estrechas y que se somete a la naturaleza y da al país, por lo tanto, una considerable descendencia.

Es este grupo social el que debe interesar nuestra atención. Demostraremos que el me-

por factor eugenético está en la elevación y en la educación de las masas populares.

II

El axioma de Darwin, del triunfo de los más aptos en la lucha por la existencia, ha despertado en las clases dominantes la íntima convicción de que ellas son en realidad las más aptas en el grupo humano.

Este preconcepto, esta tergiversación de una doctrina matemática, les ha servido a las mil maravillas para justificar el dominio que ejercen sobre la enorme masa de la población supereditada, no a los más aptos, sino a los más astutos.

Obligado este grupo social numeroso a producir cuanto le es negado para su subsistencia, o a regañadientes concedídoles en mínima parte, ha ido degenerando física y moralmente por el estado inferior de vida a que se ve sometido.

Productor de la riqueza social, no sólo se ve desposeído de lo que legítimamente le corresponde, sino que es menester se resigne a un nivel de vida inferior, hacinado en habitaciones cuyas dimensiones obligan a una promiscuidad repugnante, obligado a una deficiente alimentación y sin gozar de satisfacciones mora-

les superiores que distinguen al hombre civilizado del salvaje, por cuanto el medio de vida contribuye a la atrofia moral o a su más bajo nivel.

Este grupo social, el más numeroso, por su método de vida y por la poca cultura que posee, debido a que la mayoría de sus componentes son analfabetos, va difundiendo—si no se aplica remedios eficaces—en su descendencia, una inferioridad física y mental que mina certeramente el organismo social.

«El obstáculo fundamental que limita el crecimiento continuo de los hombres es la dificultad de encontrar su subsistencia y vivir desahogadamente», dice Carlos Darwin. Y en este sintético párrafo del gran naturalista hallamos el por qué de un alto índice de despoblación, ya sea porque la natalidad se efectúa en malas condiciones y la mortalidad infantil, por consiguiente, es considerable, ya sea porque la mortalidad adulta lo determina.

Mas conjuntamente con la mortalidad, el índice de inferioridad física y psíquica de las clases populares está pidiendo a gritos eficientes medidas eugenéticas que, a mi modo de ver, en estos casos consisten en la elevación de las condiciones de vida en general.

En un trabajo mío presentado al Congreso

Americano del Niño, leído en la Universidad Libre y publicado por «La Vanguaddia», demostraba cómo la habitación y la alimentación deficiente tienen especial influencia en el organismo humano.

Los higienistas y los sociólogos han demostrado cuál ha de ser la alimentación que repare las fuerzas después de una jornada excesiva de trabajo, cómo ha de ser la habitación que permita descansar debidamente al obrero, a su mujer y a sus hijos, pero los intereses creados de determinadas clases sociales no permiten que esto se lleve a la práctica.

Una alimentación que no restaura el desgaste físico ocasionado por las toxinas, el reducido cuartujo donde el poco aire existente es viciado por la cantidad de personas que lo habitan, el exceso de trabajo, contribuyen a debilitar la resistencia a las enfermedades: de ahí que las clases pobres paguen mayor tributo a la muerte.

Minado físicamente este tipo humano, por la fatiga, por su mala alimentación y por su pésimo medio de vida en general, llega a la edad de la procreación habiendo no sólo conservado las taras hereditarias, sino aumentado considerablemente el caudal de las que va a legar.

¡Nos imaginamos en qué condiciones ha de

llegar su descendencia? ¿Cuál ha de ser la dotación de los nuevos seres procreados inconscientemente?

Pero, examinemos así sumariamente el estado general de los padres en la época de la procreación. Ya nos hemos referido a la habitación, a la alimentación, que tienen especial influencia en los caracteres físicos y morales de los padres. El hombre, cuando generalmente no obedece a instintos alcohólicos, tiene sus facultades sensoriales exacerbadas por una larga jornada de trabajo. La madre, sometida ella también al doble trabajo brutal y extenuante de la casa y de la fábrica, generalmente débil y afectada por graves trastornos en su principal función fisiológica de mujer. Y así dos agotados en plena juventud, viejos prematuramente, se entregan únicamente a sus instintos, sin conciencia de la gran función que la naturaleza les tiene encomendada: la perpetuación de la especie.

¡Por eso nos explicamos que los niños que vemos a cada paso tengan una expresión prematura de cansancio!

¡Y pensar que la enorme mayoría de los que procrean se hallan en iguales, idénticas condiciones!

¡Cómo pedir a los que carecen de lo más in-

dispensable para su sostén que estén en condiciones de procrear seres física y moralmente superiores?

¿Cómo pretender que esos padres practiquen la «puericultura antes de la procreación» si se ven condenados por el medio, por el ambiente, a estar librados sólo a sus instintos?

¿Cómo es mayormente digno de atención este numeroso grupo social que produce riqueza e hijos que aquel otro, numéricamente inferior y obligado a extinguirse por la misma segregación social en que vive, y que tanto preocupa a muchos distinguidos eugenistas: los criminales!

Pero demostraremos cuáles son las enfermedades, hijas directas de la miseria, causa y efecto al mismo tiempo del dolor social, que van minando la raza y que conspiran constantemente contra ella.

Ya hemos dicho que ellas forman el binomio base de la degeneración humana y que constituyen el sostén de un anacrónico sistema social que perjudica a la colectividad. Es que ciertas armas no se las esgrime impunemente: se vuelven contra el que las maneja.

Queremos demostrar elocuente y sintéticamente quiénes son aquellos que deben merecer

preferente atención a los que se preocupan por el mejoramiento humano.

III

Sentado el precedente de la inferioridad de vida de las clases populares, nos explicamos que ellas no puedan alcanzar un desarrollo individual completo, y por lo tanto no sólo el índice de mortalidad es elevado, sino que también la resistencia a las enfermedades es sumamente débil.

Pasaremos por alto en este estudio las diversas enfermedades profesionales que se adueñan del organismo de los trabajadores, deteniéndonos a hablar sobre aquellas enfermedades generales que tienen su origen directo en el sistema social en vigor, para demostrar que atacando únicamente la fuente de origen de ellas podremos elevar las condiciones físicas y morales de las masas populares.

Las estadísticas nos demuestran, muy elocuentemente, que la tuberculosis, el alcoholismo y la sífilis, tienen su asiento en la masa de población donde todo elemento indispensable para una vida regular falta indefectiblemente. Se podrá objetar que entre las clases altas, donde la abundancia y la fastuosidad

tienen su asiento, también suelen contarse víctimas de las enfermedades que enumeramos. Lejos de debilitar nuestra tesis con esta objeción, ésta la robustece, por cuanto la disolución y la dilapidación del capital humano en fiestas, en orgías, conduce al mismo agotamiento, al mismo aniquilamiento orgánico que se produce en los individuos agotados por jornadas excesivas de trabajo, que viven hacinados en habitaciones reducidísimas y que se ven fatalmente impelidos a la taberna y al prostíbulo.

La estadística, fría y elocuente fuente informativa de los estudiosos, nos demuestra que la tuberculosis se propaga y hace estragos entre los individuos que ofrecen menor resistencia orgánica.

De ahí que la salud obrera, puesta a prueba por una jornada excesiva de trabajo, por una deficiente alimentación, perturbada, a veces, por libaciones alcohólicas, sea el más fácil blanco de la tuberculosis.

Hemos demostrado en algunos trabajos que tiene nuna íntima relación con el presente, cuál es el legado que ofrecen las clases populares a sus hijos.

El agotamiento extremado del padre, el «surmenage» hace estallar todas las predisposi-

posiciones morbosas en la madre, las cuales dan un porcentaje alarmante de niños predispuestos por su propia miseria orgánica a la tuberculosis.

Predisposición que la sociedad hace efectiva al condenar a esos seres que en otro medio, en otro ambiente más sano, podrían libertarse del terrible mal.

Obligados desde pequeños a habitar en el el único cuartujo que a duras penas pueden costear sus padres, hacinados conjuntamente con siete, ocho o más personas en la mísera habitación, obligados a compartir el mismo lecho de sus padres, rara es la vez que escapan al terrible mal, si no han pagado antes su tributo a la guadaña de la muerte. ¡Y cuidado que ésta tiene demasiado que hacer! Por respetar la vida del niño privilegiado, del niño rico, es menester que se sacrifique la de tres, cuatro o más niños, que son los que inocentemente pagan la culpa de las desigualdades sociales.

Los que consiguen escapar a la muerte se entregan desde pequeños a trabajos mal remunerados; llegan a la adolescencia, cuando recién debieron comenzar a aprender un arte o un oficio, agotados, por el trabajo agobiante, y más tarde, hombres ya, se encargarán la taberna (donde encuentran un fácil halago en la

copa de alcohol que les brinda el olvido y la inconciencia) y el libertinaje (al que recurren primero porque no le es dado formar el hogar humilde con el que tantas veces soñaran, y luego por vicio), de coronar la tarea destructiva.

Las estadísticas de tuberculosos dan un porcentaje elevado de obreros atacados de este mal. En el informe publicado el año 1916, en «La Nación», por el director del hospital Tornú, podía leerse lo que hasta entonces los intereses creados habían ocultado en los informes oficiales. Decía que le era muy doloroso dar de alta a sus enfermos (tuberculosos) para que de nuevo fueran a destruir en sus hogares todas aquellas mejoras que la terapéutica puesta en juego en estas ocasiones (luz, aire, descanso, sana alimentación) consiguiera. De suerte que no era un solo caso que se presentaba de enfermos que entraban y salían del hospital varias veces. Señalaba certeramente las fuentes de mal, se refería a la alimentación deficiente y a esas covachas donde el sol y el aire tímidamente asoman, para concluir reclamando de las autoridades y de la colectividad entera un poco más de atención hacia esos desgraciados que todo lo han sacrifica-

do a la riqueza social, privilegio de pocos, hasta su propia salud.

IV

Por lo demás, contribuye a debilitar excesivamente el organismo el alcohol, que, ingerido en dosis diarias por la creencia de que estimula las fuerzas vitales, conduce a la miseria fisiológica.

La alimentación, que no restaura en debida forma las fuerzas gastadas por el obrero durante el trabajo, esa habitación que no tiene sobre él ningún atractivo y parece empujarle hacia afuera, hacia la calle, lo conduce al centro de reunión más inmediato: la taberna, el despacho de bebidas del almacén, donde, so pretexto de estimular sus energías, en cada copa que bebe va dejando jirones de su salud y de su dignidad, y, lo que es peor, conjuntamente con ella, va comprometiendo la salud y la dignidad de la especie.

La falta absoluta de higiene, la educación deficiente, la ignorancia, son causas que, unidas a las anteriores, han acelerado la extensión del flagelo alcohólico en proporción tan alarmante.

«Todo lleva, pues, a la conclusión de que la causa de los más diversos fenómenos de la

vida social contemporánea es el factor económico», dice Aquiles Loria en su libro «Problemas sociales contemporáneos». Sostiene el gran sociólogo italiano—y con razón—que el alcoholismo sólo es producto de un desequilibrio que impele al hombre «a buscar en la bebida embriagadora el olvido de su condición y un restablecimiento ilusorio de sus fuerzas agotadas».

Desequilibrio económico que no permite la conveniente instrucción de los proletarios, instrucción que habría de enseñarles a ahorrar su «economía animal», dedicando, por consiguiente, las horas perdidas en la taberna a trabajar por su propia elevación y liberación.

Y es tan cierto que el obrero busca el olvido de sus propias desesperantes condiciones en el alcohol, que en Australia, dice Loria, los vendedores de aguardiente al menudeo luchan con mucho ardor contra la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas. En nuestro propio país nos es dado ver la tenacidad con que apoyan los expendedores de alcohol cuanta medida reaccionaria impongan los patrones en detrimento de sus obreros.

De esta manera vemos intoxicarse por el alcohol no sólo al obrero de nuestra ciudad:

en la campaña, donde la miseria es mayor, el porcentaje es mucho más alarmante aún.

¿Y cómo no ha de ser así, si el número de tabernas se multiplica donde el índice de la miseria se eleva?

Del discurso pronunciado por el diputado Justo, al discutirse la patente a los despachos de bebidas alcohólicas, en la cámara de que forma parte, entresacamos estos datos estadísticos sumamente elocuentes: «En la capital hay una taberna por cada 200 habitantes de todo sexo y edad, lo que equivale a una taberna por cada 77 varones de más de 15 años, y en los territorios nacionales había en 1914 una por cada 107/73 habitantes, o una por cada 39/10 varones de más de 15 años».

¿Nos imaginamos qué porvenir está reservado al país si no se pone urgentemente remedio al mal?

¿Que se lesiona intereses particulares de industrias y comerciantes? ¿Acaso son más respetables los «derechos» de esta minoría que se enriquece a costa de la salud del pueblo, que los derechos del pueblo mismo a conservar su salud?

Si para el porvenir de la República fuera necesario el «sacrificio» de los taberneros y estuvieran ellos condenados a la ruina, bien

venido sea aquél en nombre del mejoramiento de la especie.

La descendencia que producen los individuos alcohólicos es inferior, llena de taras que agravan el mal, y ha de contribuir, fatalmente, en breve término, a su propia extinción.

La peor de las herencias alcohólicas—porque ella no parece de por sí tan grave como para segregar a los individuos atacados—es la transmitida a los llamados «hijos del domingo». Engendrados en un momento de inconsciencia alcohólica, a que las constantes libaciones del domingo han conducido al padre, son nerviosos, maniáticos, impulsivos, con tendencias a beber y sumamente pendencieros. Generalmente, su resistencia a la fatiga es muy exigua, razón por la que, viéndose obligados a trabajar, rinden tributo, antes que nadie, a las mil miserias orgánicas que los conducen a morir prematuramente. Pero no tan prematuramente como para que no hayan engendrado a su vez hijos a quienes dejen en herencia sus males agravados y aumentados.

¿Qué decir de los heredo-alcohólicos atacados en su integridad física e intelectual?

Legrain dice, en su libro «Degeneración social y alcoholismo», que la tríada sintomática

del heredo-alcoholismo la constituyen la eclampsia, la epilepsia, la meningitis.

Y estudiando en la obra citada los caracteres generales de la herencia alcohólica, desde la primera generación hasta su extinción, nos hace asistir al desarrollo del proceso heredo-patológico que se produce rápidamente en la familia de bebedores.

En la cantidad de observaciones que acompañan los comentarios de este precioso libro, encontramos en la primera generación que de las 215 observaciones que fueron hechas sobre 508 individuos, todos se hallaban perturbados, ya sea en su estado general, en el sistema nervioso o en sus facultades mentales. Y de los 215 casos en 168 se han hallado individuos degenerados; degeneración que recorre toda la gama de anormalidades, desde el aborto hasta la excesiva mortalidad infantil, desde los retardados hasta los perturbados en sus funciones sexuales, etc.

En la segunda y tercera generación abundan los desequilibrados, los idiotas, etc., ausencia absoluta de moralidad, etc. Y, por último, la extinción absoluta de la especie bajo su doble faz física y moral.

«Puede hacerse la descripción del descendiente de alcohólicos—dice Legrain en la obra

citada—en cinco palabras: es un degenerado, débil, alcohólico, convulsivo, alienado. ¡Cuadro bien triste! En razón de este quintuple producción de fenómenos patológicos, el alcohol debe considerarse como causa de degeneración para el individuo y para la especie, como causa intensa de despoblación, como un peligro para la sociedad, y como fuente de gastos inútiles en el presupuesto».

Claro está que no sólo estos dos flagelos, la tuberculosis y el alcoholismo, únicamente contribuyen a minar el organismo social. Ya me he referido a las enfermedades profesionales, que no trataremos en este estudio. Y aparte de éstas, otra enfermedad, cuya fuente de origen reside en la prostitución, contribuye poderosamente a la obra de disolución social. Me refiero a la avariosis.

Una vez más se llega a la conclusión de que la causa de los más distintos fenómenos de la vida social es de origen económico.

«Es la prostitución el tributo impuesto a la belleza plebeya por el poder del dinero, para que las mujeres de la clase alta puedan conservar su calculada castidad»—dice el doctor Justo en su libro «Teoría y Práctica de la Historia».

Ya hemos demostrado la dificultad, por la

inferioridad económica, que tienen los individuos de las clases pobres para formar un hogar regular. Primero la falta de éste y luego el vicio, los llevan fatalmente a la dolorosa pendiente de la terrible enfermedad que enunciaremos, enfermedad que hace estragos no sólo en el individuo que la ha contraído, sino en su descendencia.

El doctor Telémaco Susini dió, en el anfiteatro de la Facultad de Medicina, bajo el patrocinio de la Universidad Libre, una serie de conferencias sobre la profilaxis de estas enfermedades, haciendo la historia detallada de las causas sociales-económicas de su origen. Los que no han asistido a las conferencias habrán, por cierto, leído, en el extenso resumen que los diarios hicieron de ellas, cuanto con tanta autoridad y competencia dijo el profesor Susini acerca del tema enunciado.

En síntesis, pues, las causas poderosas de disolución social son de origen económico.

V

Veamos ahora cuáles han de ser las medidas que tiendan al mejoramiento humano en su doble faz física y moral.

Ya hemos dicho que el grupo social que ma-

yormente nos interesa es el más numeroso, el que está destinado por su propia condición al mayor porcentaje de descendencia, descendencia que deseamos venga en las mejores condiciones a la vida.

Pues bien, ¿puede la nueva ciencia de por sí resolver este problema? ¿Cuáles son los medios que propone para que el ideal de una descendencia mejor dotada pueda ser efectivo?

Examinemos así, «grosso modo», los medios que hasta ahora propone para que el mejoramiento y la conservación de la especie sean realidad.

Ya he demostrado en el capítulo «Consideraciones generales», que muchos eugenistas hacen demasiado hincapié en los grupos de criminales, anormales y degenerados en cuya segregación la sociedad ha pensado, o debe pensar, recluyéndolos en cárceles, asilos, manicomio, etc., donde la vida regular que llevan hacen que la procreación les sea imposible.

Lejos de nosotros la idea de que estos grupos merezcan descendencia, mas sí sostenemos que no son los que mayormente deben merecer la atención de los que se dedican al mejoramiento de la especie, mientras el más numeroso grupo social, por sus malas condicio-

nes de vida, languidece y se reproduce en las peores condiciones.

Para obtener descendencia bien dotada la ciencia eugénica se basa en la selección artificial, vale decir, que todos aquellos individuos no aptos para la reproducción en buenas condiciones deben ser inhibidos en sus funciones sexuales mediante medidas que varían desde la segregación de grupos hasta la esterilización completa de las funciones genitales. Para la buena dotación de la especie propone una serie de medidas que varía desde los matrimonios eugénicos, vale decir, padre y madre perfectamente sanos y aptos para la reproducción en condiciones eficientes, hasta la selección de plantales reproductores (!).

Y para que no se nos tache de exagerados transcribimos el siguiente párrafo, que entresacamos del libro «Razas superiores y razas inferiores», de Napoleón Colajanni, párrafo que de por sí nos da la medida de los extravíos a que puede conducir la exageración de algunas doctrinas. Hablando de la escasez de los arios en la raza humana, combatiendo las teorías de Lapouge, que a toda costa pretende se obtenga el aumento del tipo humano que él conceptúa superior, dice así: «Por esto, para evitar la gran desventura que su desaparición

significaría para la humanidad y para la civilización, Lapouge aconseja los matrimonios llamados eugénicos—entre los mejores campeones del arianismo,—la elección por las mujeres de los más acreditados hombres sementales, y hasta la venta de sus elementos simples reproductores... ¡y la fecundación artificial!» Y agrega inmediatamente Colajanni esta nota, que compartimos: «En la segunda edición de «Mi Socialismo» (Roma 1898, edición de la «Rivista Popolare») he hablado más extensamente de las extrañas, de las locas—por no decir inmorales—proposiciones de Lapouge y de otros «educadores» de la raza humana».

Y decir que se piensa estos «disparates» con respecto a determinados grupos, mientras se deja languidecer y empeorar otros.

La ciencia eugénica, pues, aconseja la selección de los más aptos para la reproducción, inhibiendo en sus funciones procreadoras a todos aquellos cuya integridad física y fisiológica esté atacada, vale decir, que tengan algún signo de inferioridad que se transmita por herencia.

Sostenemos, como lo hemos demostrado en capítulos anteriores, que la mayoría de los individuos del grupo social más numeroso se ha-

lla colocada en tal situación de inferioridad física.

¿Qué medidas adoptarían los eugenistas para con ellos? ¿Las que hemos expuesto más arriba?

En este caso la sociedad se aprovecharía doblemente del individuo al hacerle trabajar largas jornadas, otorgándole una pésima remuneración que lo obliga a vivir en una mala vivienda y a ingerir una peor alimentación, factores que lo llevan fatalmente a pagar tributo a las enfermedades profesionales, a la tuberculosis, etc., para llegar hasta inhibirlos en sus funciones vitales.

¡Vale decir, que se «degenera», sin piedad, al individuo, para lanzar luego el grito de terror ante su descendencia, efectuada en pésimas condiciones!

Sostenemos que las mejores medidas eugénicas que puedan adoptarse en este caso son las que coloquen al individuo en condiciones de mejorar física y moralmente.

El sociólogo, el higienista, el educador, el estudioso y el sindicato deben conquistar mejoras que permitan al proletario vivir en sanas y limpias habitaciones donde el aire, el sol y la luz entren libremente, que le permitan alimentarse y reparar sus fuerzas desgas-

tadas, que disminuyan las horas de labor y eleven el salario. Los que resuelvan el pavoroso problema alcohólico aniquilando su poderío; los que consigan la instrucción para el pueblo y eleven el método de vida del grupo social a que hemos hecho referencia, serán los que más eficazmente trabajen en pro de reales medidas eugenéticas.

Y cuando hayamos conseguido esto, entonces estará también de más la invocación de algunos médicos al clamar contra congresos que no resolvieron a satisfacción el punto del derecho al aborto en los individuos tuberculosos, etc. Como si esto, aunque la ley lo combatía, no fuera facultativo. De todas maneras, el doctor Delio Aguilar ya ha señalado valientemente, desde las columnas de la prensa metropolitana, los «sanatorios» y «maternidades» donde se practica libremente, sin responder a medidas eugenéticas, por cierto. Por lo demás, para demostrarlo, ahí están los avisos que los grandes diarios insertan en la página pertinente, avisos de profesionales que «garantizan el efecto rápido», sin que ningún congreso científico haya autorizado tal cosa. ¡Pero bueno es decir que esto es privilegio—triste privilegio—de ciertos ricos, que no seleccionan la especie, pero la mutilan!

Elevar, pues, las condiciones de vida de las clases populares ha de ser la primordial, la fundamental medida eugenética que se adopte.

Colocado el individuo en buenas condiciones físicas, se preocupará de su educación, y éste es el complemento necesario para que la especie vaya mejorando cada vez más y se coloque en el camino franco del vencedor.

El vencedor ha de ser el hombre (hombre especie: varón y mujer), que ha de transformarse merced a su propio esfuerzo, a su voluntad disciplinada; que ha de ver en la reproducción, no la resultante casual de un acto instintivo no premeditado, sino la resultante de un hecho consciente y trascendental como es la perpetuación de la especie en buenas y normales condiciones.

El mejor factor eugenético, pues, lo constituye la elevación moral y material del grupo social más numeroso y que contribuye doblemente a la riqueza social: con trabajo e hijos.

La acción negativa y la acción eficaz

Las amargas palabras que Rusiñol pone en boca del personaje de su profunda obra «El místico», acaban de confirmarse una vez más. Los premios a la «virtud» corroboran lo que el pensamiento del poeta español ha expuesto en su obra teatral.

¿Es que, tal vez, se piensa que estos premios a la «virtud» tienen la eficacia de un lenitivo para la humanidad doliente? ¿Es que la magnificencia, el lujo y la ostentación han de seguir siempre azotando, con su humillación infligida a sabiendas o no, a las clases desheredadas?

En realidad, se premia precisamente la sumisión, que enseña la doctrina de Cristo: «si te azotan la mejilla izquierda, presenta tu derecha» y se cierra los ojos ante lo que no conviene verse: la infancia abandonada, la mujer arrebatada del verdadero lugar de sus intereses, dando a la industria su sangre, su vida,

el porvenir de la raza toda, en cambio de un mísero salario que ayude a la existencia de su familia.

Solemne «caridad», que perpetúa la inconsciencia característica de los vencidos y no permite volver nuestra atención hacia las clases pobres que gimen por falta de leyes benéficas que las amparen!

Ahí tenemos el ejemplo elocuentísimo que nos viene de la otra orilla del Plata, de esa nación surgida a nueva vida y denominada con razón «pequeña Francia», donde se sanciona leyes de protección al trabajo, donde se sanciona leyes que elevan y dignifican a la estirpe.

Y en nuestro país—¡oh! ironía!—a despecho de la única ley obrera existente, se instituye y se otorga un premio a la «virtud» de un niño menor de trece años que sostenga con su trabajo a una familia entera...

Y después de todo, los favorecidos—en condiciones de vida exactamente iguales a todos los que trabajan—¿tienen algún mérito especial que los haga acreedores a ello? ¿No trabajan bestialmente—tal es la palabra—porque necesitan hacerlo para obtener el sustento cotidiano?

Así como hay personas que pueden darse el lujo de envolverse en blandas pieles que valen

una fortuna, así hay miserables que necesitan robar un panecillo para refocilar su estómago.

Y de ahí que se piensa reparar en tan grande desequilibrio haciendo la «caridad» a uno solo entre tantos miles de desgraciados.

¡La caridad! ¡Cuán degradante es todo lo que se escuda bajo el degradante manto de la caridad! Se establece—aparte de que humilla, aniquilando la voluntad del individuo—entre el que la otorga y el que la recibe, una inferioridad deprimente.

Detengámonos un momento a reflexionar sobre los problemas sociales; hagamos siquiera una vez que no nos suceda como al personaje que cita Anatole France, cuyo estómago se le subía al cerebro, y encontraremos los verdaderos medios para elevar a las clases indigentes.

Bajemos al campo experimental comprobemos el método de vida, las condiciones de trabajo, etc., de las clases pobres; tratemos, ayudando con nuestra acción, de que se sancione leyes de saneamiento moral y de mejoramiento material, y sólo así contribuiremos a elevar la dignidad del país y el bienestar de sus habitantes.

Leyes que reglamenten, humanizándolo, el trabajo de la mujer; leyes que prohiban termi-

nantemente el trabajo femenino en las industrias en que peligra la maternidad; leyes que abaraten la vida y que eleven el poder adquisitivo del salario. He ahí lo que nuestro país necesita para que desaparezcan esas forzadas «virtudes» que se premian y para que sus habitantes sean más fuertes, más dignos, más honestos, más hombres, en un apalabra!

Y éstas deben complementarse con otras leyes. El pueblo necesita que se le devuelva lo que la Constitución le acuerda: pensar y emitir su pensamiento con libertad.

Es necesario dictar leyes que consoliden la familia, tales como el divorcio.

Y ante todo y sobre todo, para dignificar a la mujer, es necesario una ley que investigue la paternidad; una ley que coloque a la mujer madre, esposa o no, en condiciones de persona. Haría esta ley que desaparecieran las casas de expósitos, por cuanto ellas constituyen un atentado a la infancia, pues el hecho de nacer implica el derecho a la vida.

Y así desaparecería esa falange de «hijos de nadie» que se coloca en escenario el 2 de Octubre—triste exhibición de un cáncer social—en escenarios de teatros donde se premia las «virtudes» (incluso la «virtud» de los caballeros, muchos de ellos padres de esos expó-

sitos y que abandonan a la mujer apenas la madre ha suplantado a la amante) y donde impera la fastuosidad, el lujo y la riqueza más desenfrenados, cuyo eco resuena aún tristemente, como el chasquido del látigo que castiga.

La maternidad no es delito

Hace varios años que la doctora Elvira Rawson de Dellepiane viene trabajando por la instalación de un hogar de madres, idea magna que más me ha hecho simpatizar con la distinguida señora.

Es un proyecto que se define a sí mismo: todo amor, todo bondad.

Muchas veces, al pasar por el edificio de ese establecimiento irónicamente titulado «Cuna», frío y cerrado como una tumba, pensé en las pobres madres abandonadas para quienes la sociedad no tiene ni una sola palabra de consuelo. Y he pensado asimismo, muchas veces, al leer la crónica y las estadísticas de infanticidios y de abortos, que en todo ello no hay culpabilidad individual, sino colectiva: de la sociedad.

La maternidad ha sido considerada y sigue considerándose delito. ¡Delito prolongarse física y moralmente en un hijo!

La mujer madre, sin embargo, de acuerdo a un criterio de alta y humana moral, debe ser acreedora a toda clase de consideraciones. Pero hoy se la acosa por un crimen que no es tal. Crimen es suprimir una vida. No comete crimen, por cierto, quien, lejos de suprimirla, la crea.

El proyecto de hogar de madres, ese hogar donde hallarían seguro refugio aquéllas a quienes se las acusa en el momento más santo de su vida, no puede menos que ser apoyado por todos los argentinos que tienen un concepto racional de la existencia y que ven en la maternidad y en la infancia el verdadero porvenir de la patria. Y así como merece apoyo ese proyecto, merecen ser combatidas las inmóviles casas de expósitos y erigirse en su lugar cátedras populares para enseñar a afrontar las consecuencias de un acto tan grande y trascendental como es la maternidad.

Bien venida sea también una ley que investigue la paternidad. Hoy todo el enorme peso del «crimen» recae sobre la mujer, cuando bien sabemos las tentaciones a que generalmente está expuesta por su ignorancia.

No hemos adelantado absolutamente de aquellos tiempos en que se consideraba a la mujer como un vil elemento de perdición.

Con una ley que investigue la paternidad estarán de más las casas de expósitos. El hecho de nacer debe implicar necesariamente el derecho a la vida. Desaparecerá, entonces, la triste falange de hijos de nadie, que, para vergüenza humana, se exhibe en los escenarios a las miradas piadosas de los ricos, cuando se distribuye los premios a la «virtud»...

El espíritu nuevo y el prejuicio

Es evidente que entre los progresos efectivos de que puede enorgullecerse la República Argentina no es posible contar en manera alguna los que se refieren a la elevación de la mujer en general, a su acción para libertarse de los prejuicios, fanatismos y usos inveterados que la estrechan en un inflexible círculo de hierro, manteniéndola, por tanto, esclava del dogma religioso.

No nos sorprende gran cosa, pues, a pesar del dolor que ello nos causa, ver que solamente dos mujeres, contestando al referéndum de una revista popular, se declaren partidarias de las ideas de Agustín Alvarez, ideas que, como es sabido, representan la tendencia racional.

Nunca, antes de ahora, se nos había presentado la ocasión de analizar el pensamiento de la mujer argentina por medio de una encuesta, y debemos confesar que en la mayoría

de las contestaciones no hallamos indicio alguno que demuestre una sensible evolución hacia las nuevas tendencias. Observamos que el dogma religioso domina a la mujer argentina. Por ejemplo, a la pregunta: «¿Cuál es su libro favorito?», encontramos trece respuestas, sobre un total de cincuenta, que dan una nota francamente dogmática, designando como libro favorito la Biblia, que tan mal trata a la mujer, el Evangelio, la Imitación de Cristo, etc.

Esto significa que el 25 por ciento de las respuestas representa la tendencia clerical y y este promedio llega al 75 por ciento en las respuestas a otras preguntas que tienen más directa atinencia con las ideas religiosas.

Nos explicamos, pues, que nuestro pensador Agustín Alvarez se complaciera leyendo, según sus propias palabras, «trabajos literarios de las mujeres argentinas, que han aprendido a usar su mente para volar fuera de la rutina y de la tradición colonial, que las condenaba a no saber escribir, para que no pudieran comunicarse con sus novios, como dice el doctor López».

Hay quien sostiene, sin embargo, que es obra de mal gusto educar a la mujer fuera de toda sujeción religiosa... ¡Mal gusto combatir una tendencia negativa que ha mantenido a los

hombres durante tantos siglos en la más espantosa abyección, anulando la voluntad, la independencia, la personalidad!

Así, entonces, sería de mal gusto querer cumplir la noble empresa de abatir los prejuicios, de señalar caminos de verdad y justicia que deberán conducirnos a la conquista de más belleza moral y material, destinada a establecer sobre bases sólidas nuestro verdadero paraíso, en la tierra, donde trabajamos y sufrimos.

Ha sido necesario que el gran Agustín Álvarez restituyera su materia a la madre tierra para que su pensamiento se expandiera más allá del estrecho círculo de estudiosos e intelectuales y se propagara entre el pueblo, que es el más indicado para llevar a la práctica las grandes ideas.

Muchos lo conocían mientras vivió como el «general» Agustín Álvarez, otros como el «doctor» Álvarez, pocos lo conocían como el *pensador* Agustín Álvarez. Y es este, en realidad, el título que verdaderamente le corresponde. Toda su obra desborda de pensamiento sano, vigoroso. Podemos repetir con Joaquín González: «Sin exagerar comparaciones y siempre dentro de la discreta relatividad de las cosas, puede decirse que al leer sus conversaciones—

dispersas en una decena de volúmenes—se evoca a veces la compañía ideal de los que se llaman Emerson, Ruskin, Huxley, Harrison, Lubbock, Leck y tantos otros, entre quienes también asoman rostros conocidos de más cerca, de Sarmiento, de Alberdi, de Vélez Sarsfield, los que atacaron recio el prejuicio moral e intelectual de todos los tiempos, los que entre nosotros enseñaron a luchar, a criticar, a sonreír, sin miedo al ridículo, a la persecución, ni a la erudición pegadiza de la ignorancia fogada».

Toda su vida de apóstol fué consagrada a la difusión de ideas que desparramó a manos llenas, con gesto generoso y noble, como se desparraman por el camino del vencedor las rosas augurales. Y el vencedor para Agustín Alvarez es el hombre, que debe transformarse merced a su propio esfuerzo, libertando de la tradición rutinera su propio espíritu, elevando su propia personalidad hasta llegar al conocimiento de su propio valor como individuo, sin atribuir jamás a hechos sobrenaturales los fenómenos de la naturaleza, explicados o por explicar, pero siempre explicables.

Cuando las ideas de Alvarez sean asimiladas por nuestro pueblo, podremos decir que la democracia en el orden político, el racionalismo

en el orden educativo y la escuela laica en el orden moral, tendrán un contenido positivo. Cuando nuestro pueblo abandone toda especie de fanatismo para examinar libremente los fenómenos naturales y sociales, la larva—de que nos habla en «Creación del mundo moral».—se transformará en libélula perfecta. Cuando se deja de practicar el libre examen de las ideas y se permite que éstas se estanquen, sin recoger las reformas adaptadas a los tiempos que se viven, aquéllas se convierten fatalmente en dogma, ya sea negro o de otro matiz, mas siempre igualmente pernicioso.

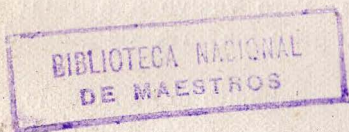
Un articulista en cierta revista popular aseguraba que las obras de Agustín Alvarez comenzaban a ser leídas. Así lo desearía para bien del país. Pero vuelvo a afirmar que las mujeres en su gran mayoría, desgraciadamente, no lo leen.

Dos de ellas solamente lo han citado en la encuesta referida: la señora Agustina Venzano de Alvarez y la que escribe. Sin embargo, son pocos los escritores argentinos que hayan deseado para la mujer de su país un porvenir mejor que el que le auguraba este insigne pensador.

Parangonemos su pensamiento con el de Pablo de Tarso. Dice Alvarez: «Una mujer infe-

rior no puede ser la verdadera mitad de un hombre superior; y el cónyuge que no halla correspondencia en su compañera permanece solitario y está obligado a buscar fuera del hogar la hospitalidad que no halla en el propio». Y dice Pablo de Tarso: «No se le debe permitir a la mujer que adquiera educación e instrucción; que obedezca, sirva y calle». Es evidentemente una aberración que la mujer prefiera esto a aquello.

¡Ella, que es la madre y la conservadora de la especie sostiene una doctrina cuyos fundadores y defensores consideran pecado su misión verdadera: la maternidad!



Indice

Datos biográficos	Pág.	7
La estadística social	»	13
La mujer y la guerra	»	19
Por la riqueza física y mental del pueblo.	»	30
Feminismo	»	42
Aspectos del trabajo femenino	»	59
La infancia abandonada	»	84
La solidaridad social	»	89

El menor obrero	Pág.	93
Alimentación deficiente, fatiga, mal alojamiento, ambiente de la fábrica	»	121
Por qué el trabajo de los niños no beneficia a la sociedad ni económica ni moralmente	»	147
La mortalidad infantil como un elemento de bancarrota social	»	164
El mejor factor eugenético	»	186
La acción negativa y la acción eficaz.	»	213
La maternidad no es delito	»	218
El espíritu nuevo y el prejuicio	»	221

TRABAJARON EN LA IMPRESIÓN
DE ESTE LIBRO, LOS OBREROS,
PABLO CALDERÓN, RUGGIERO
Y ANTONIO PAOLILLO, Y JOSÉ
CANO.

SA-03-08-40